

Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos

El ascenso de los Comnenos: Isaac I (1057-1059).

Autor: Guilhem W. Martín. ©
<http://imperio bizantino.wordpress.com/>

Extracto: *El breve reinado de Isaac I Comneno¹ (1057-1059), con el que la clase castrense pretendió apuntalar el poderío imperial, acabó en el infortunio cuando el basileo, medio enfermo y medio intimidado por sus rivales del partido civilista, adoptó los hábitos religiosos y se retiró como monje al convento de Studion, en 1059. Los burócratas civiles volvían a tomar las riendas del Imperio. Sin embargo, casi sin darse cuenta, Isaac había logrado mediante alianzas dinásticas con la poderosa familia Ducas dejar expedito a sus familiares el camino hacia las más altas esferas del poder.*

Contenido.

Parte I: Bosquejando el entorno.
Parte II: Batalla, derrota y negociación con los rebeldes.
Parte III: Resignación, tonsura y abdicación de Miguel VI.
Parte IV: El reinado de Isaac I Comneno. Primeros meses.
Parte V: Desgaste, declive y final.

¹ Isaac I Comneno fue ciertamente el primer emperador de la dinastía homónima. Hijo de un oficial del ejército imperial llamado Manuel, Isaac accedió al trono merced a una revuelta con la que depuso a Miguel VI. En el lapso que va desde la muerte de Basilio II hasta la ascensión de Romano IV Diógenes fue quizá el único de los basileos que se animó a confrontar la crisis con medidas muy resistidas, como la expropiación de bienes a monasterios y latifundios.

El ascenso de los Comneno. Isaac I (1057-1059). Parte I: bosquejando el entorno.

Introducción: la impresión de cada historiador respecto al primer Comneno y su época.

Veamos a continuación algunos jugosos pasajes al respecto de Isaac I Comneno, contenidos en las obras de destacados historiadores y cronistas.

Franz Georg Maier. “Bizancio”. Pág. 224. *“El nuevo Emperador había conseguido el trono como caudillo del partido militar, pero no cayó en el error de mostrar demasiado abiertamente su antipatía hacia los senadores y funcionarios del régimen eliminado. En muy poco tiempo recompensó a sus compañeros de batalla, e, inesperadamente, envió a las tropas que habían entrado con él en la capital de vuelta a sus posiciones en las provincias. Todos los que habían ayudado al emperador a hacerse con el poder fueron tomados por el Emperador a su servicio, siempre que resultaran aptos. Así, por ejemplo, Psellos y su amigo Leicudes obtuvieron bajo los Comnenos importantes cargos. Sin embargo, en el terreno de la política interior, el Emperador trazó sin vacilar nuevos caminos: por todos los medios posibles intentó llenar de nuevo las arcas del Estado, casi vacías, recurriendo incluso a la expropiación por la fuerza. Ni las propiedades eclesiásticas quedaron libres de esta medida, aún cuando Isaac Comneno, inmediatamente después de subir al trono, concedió a Santa Sofía una administración financiera independiente, haciéndolo constar en un documento”.*

Georg Ostrogorsky. “Historia del Estado Bizantino”. Págs. 333-334. *“El poder de la nobleza civil de la capital no había cesado de aumentar en el curso de los últimos decenios. Con la subida al trono de Isaac Comneno sufrió un revés. El gobierno de este primer representante de la casa de los Comnenos fue corto, pero sirvió para fortalecer militarmente al Imperio. Las fronteras orientales fueron defendidas con éxito, una incursión húngara fue rechazada e incluso la actividad pechenega –ante la cual sus antecesores se habían mostrado impotentes- fue limitada. [...] A los senadores que le visitaron tras su subida al trono los recibió fríamente, tal como antaño había sido recibida la delegación militar encabezada por él.”.*

Alexander A. Vasiliev. “Historia del Imperio Bizantino”. *“La victoria de los militares tuvo corta duración. Isaac Comneno solo reinó de 1057 a 1059, año en que renunció al trono y se hizo monje. Las razones de esto no están explicadas claramente. Acaso Isaac fuese víctima de una conjura organizada por aquéllos a quienes incordiaba su forma de gobierno, tan independiente y activa. Nos consta que Isaac anteponía los intereses de la tesorería y que, para aumentar sus rentas, llegó a confiscar las tierras seculares y eclesiásticas adquiridas ilegalmente por los grandes señores, reduciendo también los sueldos de los altos funcionarios. Parece probable que el famoso estadista y sabio Miguel Psellos participara hasta cierto punto en aquella intriga contra Isaac Comneno”.*

Carlos Diehl. “Grandeza y Servidumbre de Bizancio”. Págs. 143 y 144. *“En 1057 la aristocracia feudal y militar se desquitaba de las injurias y arbitrariedades de que habían sido objeto sus jefes. El día de Pascua trataron los principales generales, a cuya cabeza figuraban Isaac Comneno y Cecaumeno Catacalon, de exponer sus*

observaciones al emperador Miguel VI. Este solo respondió insultando a Cecaumeno, reprochándole el no haber pensado más que en enriquecerse, y cerró bruscamente la boca a los demás jefes que querían defender a su camarada. La respuesta fue tal como se podía esperar. Los generales se concertaron para una insurrección. Pronto, a su requerimiento, se sublevó el ejército de Asia para poner fin al régimen civil, y la proclamación de Isaac Comneno señaló la victoria del elemento militar y feudal. Es cierto que Isaac no hizo más que pasar por el trono. Pero después de él, reinando sus débiles sucesores, los progresos de los turcos y de los normandos y la lamentable anarquía del imperio demostraron de modo más evidente aún los servicios que prestaban al imperio aquellos grandes señores feudales, jefes del ejército y promotores de victorias. Y, llegado el desorden general, a ellos se apeló en 1081, y de ellos resultó la salud. El advenimiento de Alejo Comneno, como el de los Capetos en Francia, indicó el triunfo de la gran aristocracia feudal; fue la victoria del ejército sobre el elemento civil, de la provincia sobre la capital; y fue mucho más aún, la prueba de que, a pesar de los esfuerzos del poder imperial, el feudalismo seguía siendo omnipotente en la monarquía”.

Sir Steven Runciman. *Historia de las Cruzadas*”, Volumen I, Págs. 65 y 66. Isaac Comneno, igual que muchos otros nobles en Bizancio, era un aristócrata con un abolengo de solo dos generaciones. Su padre era un militar tracio, probablemente un vlaquio, que se había granjeado el favor de Basilio II y a quien el emperador había donado tierras en Paflagonia, donde erigió un gran castillo conocido como Castra Komnenon, y llamado hasta nuestros días Kastamuni. Isaac y su hermano Juan heredaron las tierras de su padre y su destreza militar y ambos se casaron con damas de la aristocracia bizantina. La esposa de Isaac era una princesa de la antigua casa real de Bulgaria; la de Juan era una heredera de la gran familia de los dalasseno. Pero a pesar de su riqueza, poder, y del apoyo del ejército, Isaac tropezó en su gobierno con la mala voluntad de los funcionarios civiles. Después de dos años de reinado, abandonó la lucha y se retiró a un monasterio. No tenía hijos; por eso nombró heredero a Constantino Ducas. Su cuñada, Ana Dalasseno, nunca le perdonó”.

Emilio E. Cabrera. “*Historia de Bizancio*”. Pág. 207. “Teodora² había designado como sucesor a un antiguo funcionario de palacio, que accedió al poder con el nombre de Miguel VI (1056-1057), el cual favoreció descaradamente al partido civil y provocó la animadversión de la aristocracia militar. Entre los miembros de esta última surgió el descontento y uno de sus más activos representantes, Isaac Comneno, era proclamado emperador en Asia Menor, un año más tarde. El apoyo que encontró el nuevo candidato a la púrpura tanto en determinados círculos de la capital como en el propio patriarca, Miguel Cerulario, le condujo, sin más, al trono. No había llegado aún, sin embargo, la hora de los Comneno ni tampoco había de consolidarse, por el momento, el poder de la aristocracia terrateniente y militar. En efecto, como consecuencia de la deposición del orgulloso patriarca, Miguel Cerulario, y a causa de la confiscación de bienes eclesiásticos practicada por Isaac, surgió el descontento en el seno de la Iglesia bizantina, y ello produjo su alianza con la aristocracia de funcionarios con vistas al destronamiento de Isaac”.

E. Platagean, A. Ducellier, C. Asdracha y R. Mantrán. “*Historia de Bizancio*”. Pág. 161. “Pero esto no significa que la lucha contra los poderosos cesara, aún cuando

² Teodora, hermana de Zoe, era hija del emperador Constantino VIII y sobrina de Basilio II el Matador de Búlgaros.

no se den ya nuevas disposiciones legales: todavía en 1057-1059 Isaac Comneno hizo confiscar, para reorganizar el ejército, importantes bienes monásticos, volviendo a emprender así la lucha contra los monjes que estaban ebrios de una rapacidad que había alcanzado el nivel de la pasión”.

John Julius Norwich. *“Breve Historia de Bizancio”*, Pág. 233. *“A las pocas semanas de la muerte de Isaac resultó evidente que su breve reinado solo había marcado una pausa momentánea en el declive imperial. Ahora, con Constantino X Ducas³, ese declive alcanzó su nadir. No había nada malo en él; era erudito, intelectual y descendiente de una de las familias más antiguas y ricas de la aristocracia militar. Si hubiera permanecido fiel a sus antecedentes y hubiese continuado la obra de Isaac durante su reinado de ocho años, fortaleciendo al ejército para los retos futuros, podría haberse salvado la situación. Pero prefirió las comodidades de Constantinopla y pasó el tiempo en discusiones eruditas y en redactar disertaciones interminables sobre los puntos más sutiles de la ley. El precio que pagó el imperio fue bien caro. Una vez más la burocracia era todopoderosa, pues el Imperio, aún siendo una monarquía absoluta, dirigía su economía según directrices socialistas. [...] La consecuencia era una ingente horda de funcionarios civiles a quienes el emperador imbuyó un principio rector: recortar –cuando no destruir realmente- el poder del ejército. Había que reducirle los fondos, limitar la autoridad de los generales, reemplazar a los antiguos campesinos-soldados por mercenarios extranjeros. Lo que Constantino y su gobierno de intelectuales no supieron nunca comprender es que primero no se puede confiar en mercenarios, y, segundo, el enemigo, el más formidable que Bizancio había visto en cuatro siglos, estaba a las puertas⁴”.*

³ Constantino X Ducas fue el sucesor de Isaac I Comneno. Ascendió al trono en noviembre de 1059 tras la abdicación del emperador Comneno.

⁴ El autor se refiere aquí a los turcos selyúcidas, procedentes del Este y mahometanos de religión, ni más ni menos que los futuros vencedores de Mantzikert (1071). La tarea de esbozar la aparición y encumbramiento de este pueblo en unas pocas líneas es una misión harto complicada aunque necesaria para entender tanto el significado de Mantzikert como las consecuencias directas de la gran batalla. Hacia el año 1000 los turcos habían fundado algunos estados entre Europa y China y el de los qarajani había sido, sin lugar a dudas, el primero en adoptar el Islam. Sin embargo, no serían sino los selyúcidas quienes erigirían el primer estado turco e islámico, de características eminentemente no regionales.

El Turkestan, la comarca originaria de los pueblos turcos, siempre había cobijado dinastías y linajes con escasa o casi nula propensión hacia algún progreso cultural. En determinados momentos de la Historia llegaron a prender en su áspero suelo algunas ciudades e, inclusive, incipientes entidades políticas que quedaron a medio camino en su desarrollo institucional. Hacia el siglo X a la comarca le tocó el turno de asistir al advenimiento del Islam por obra de la dinastía persa de los samanidas, la misma que debió contemplar su propia extinción a manos de aquéllos a los que había llevado la palabra del Profeta. Triste paradoja del destino. Desde entonces, casi todas las poblaciones afincadas en el Turkestan voltearían sus miradas indefectiblemente hacia Mesopotamia y la cuenca del Mediterráneo Oriental, es decir, las mismas latitudes de donde les había llegado el Islam.

A partir del establecimiento del estado islámico de los ghasnávida o raznevies, que se extendía entre Lahore, al Este, e Ispahán, al Oeste, la presencia turca en Mesopotamia se fue consolidando progresivamente. Los emires de la región, e inclusive el propio califa, comenzaron a contratar bandas de turcos como guardia de corps o como mercenarios para sus ejércitos regulares. Con el paso del tiempo, los grupos de emigrantes empezaron a aspirar a algo mejor que conformar meros contingentes complementarios. Al promediar el primer cuarto del siglo XI, la familia de un viejo líder uguz llamado Selyuq, originaria de la zona de Djand (al este del Mar de Aral), sumándose al proceso migratorio, cargó sus petates a través de Transoxiana, adonde entró al servicio de un emir samani, primero, y de un qarajani después. Desde esa cómoda posición los recién llegados aventureros pudieron admirar los progresos que habían alcanzado algo más al Sur sus primos cercanos, los raznevies de Ghazni. La visión de tales logros les hizo emigrar una vez más y establecerse en el Jurasán (1025), adonde ocuparon el espacio vacío que había dejado otra tribu de turcomanos que ahora viajaba rumbo a Mesopotamia. Pronto seguirían camino

Warren Treadgold. *“Breve Historia de Bizancio”*, Págs. 203-204. *“Isaac Comneno, aristócrata anatolio de unos cincuenta años de edad, era el emperador más capacitado para el cargo desde Basilio II; no obstante, debía enfrentarse a un ejército en decadencia, un tesoro público en bancarota, una corrupción y una inflación desenfrenadas, las incursiones de los selyúcidas en Anatolia y las victorias normandas en Italia. Sin poder contar con el apoyo de sus burócratas ni tampoco con muchos de sus generales, Isaac decidió abordar sus problemas financieros antes que los militares. Sus esfuerzos para frenar las exenciones fiscales, reducir sueldos y reclamar tierras imperiales, le granjearon la impopularidad de sus súbditos; finalmente, desalentado y enfermo, abdicó en el año 1059. Isaac no tenía hijos; nombró como sucesor a un colega, el general anatolio Constantino Ducas”*. El mismo autor, en su obra *“A History of the Byzantine State and Society”*, pág. 599, ofrece más detalles acerca de cómo Isaac pretendió conjurar la angustiante asfixia financiera que atravesaba el Imperio hacia 1057 y 1058: *“Después de pagar a sus tropas los usuales donativos, Isaac decepcionó a muchos de ellos, que esperaban verse favorecidos con incrementos en sus soldadas. Al mismo tiempo, el emperador redujo el salario de algunos funcionarios civiles degradándoles en sus cargos, y hasta parece que les suspendió las pagas a los oficiales de honor por completo. Designó entretanto a nuevos inspectores para los distritos impositivos, quienes se ocuparon tanto de la recolección de los tributos como del recupero de una larga acumulación de atrasos”*.

Joseph M. Walker. *“Historia de Bizancio”*, Pág. 73. *“El ascenso a la corona de Isaac Comneno vino a representar el triunfo de la oligarquía, tras el derrocamiento de Miguel VI Estratiota, si bien consiguió mantenerse solamente dos años en el poder. Deseando poner término al dominio del funcionariado y del clero, trató de resucitar el poder absoluto del “basileus”⁵. Disgustado por la creciente oposición, abdicó a favor de su ministro de hacienda, Constantino (1059)”*.

Como se puede observar, existe un consenso generalizado entre los principales historiadores, que no dudan un instante en resaltar las brillantes cualidades del general Comneno y sus aptitudes para ejercer el cargo de basileo. Habría que considerar también qué pensaban al respecto los hombres más influyentes de la historiografía bizantina de su tiempo. Para el caso que nos ocupa, la mención de Miguel Psellos, una de las mentes más brillantes del siglo XI, se torna una referencia obligada en este punto. Lo mismo que la de Miguel Ataliates.

Miguel Psellos, una especie de súper primer ministro, consejero y cortesano de primera línea, refiere párrafos sobre Isaac Comneno que son invaluable a la hora de conocer la personalidad y el carácter del general asiático. No obstante, sería conveniente situar primero a Miguel en el contexto político que atravesaba el Imperio hacia mediados del siglo XI, para poder comprender los matices pro-civilistas de sus apreciaciones. Y es que nuestro historiador de cabecera había quedado inmerso dentro de una de las facciones que pugnaban por el control del poder, tras la muerte de Basilio II. La lucha tenía como protagonistas al estrato integrado por los ricos magnates, poseedores de grandes extensiones de tierras, por un lado, y a los funcionarios,

hacia el Oeste y chocarían con las avanzadillas del Imperio Bizantino y de los dominios fatimíes, tras someter a Bagdad.

⁵ Basileus: término que significa “rey de reyes”.

senadores y burócratas capitalinos, por el otro, hallándose Psellos enrolado entre estos últimos.

Miguel Ataliates, por su parte, era un patricio, procónsul y juez⁶ que, al igual que Psellos, también se propuso dar a conocer los hechos de su tiempo a través de las letras. Entre varias obras de su autoría, su “*Historia*” es una fuente que, como la “*Cronografía*”, resulta de consulta indispensable para conocer en detalle los avatares imperiales en el siglo XI. Escrita quizá bajo el reinado de Nicéforo Botaniates (1078-1081), la “*Historia*” de Ataliates comprende el período que va entre los años 1039 a 1079, aunque el autor cierra su relato más que narrando, redactando un encomio sobre la figura de Nicéforo Botaniates.

Es muy posible que Psellos y Ataliates cruzaran sus caminos en palacio o en los ámbitos geográficos que solían frecuentar las destacadas personalidades de su tiempo: vivieron en la misma época y, lo que es más, ambos desempeñaron trabajos de importancia en la administración pública. A través de la lectura de sus obras surge que, tanto uno como el otro, en calidad de consejeros, solían proclamar a viva voz lo mucho que los basileos apreciaban y agradecían sus consejos. Y hasta parece muy plausible que llegasen a compartir un espacio común en las primeras dos expediciones que levantara Romano IV Diógenes contra el invasor selyúcida, antes del desafortunado derrape sufrido por las fuerzas imperiales en Mantzikert (1071). Por esa razón no deja de sorprender que mientras que Ataliates menciona a Psellos en su “*Historia*”, no suceda lo mismo en “*Cronografía*” con el primero. Sin embargo, puede que la falta de “*reciprocidad*” demostrada por Psellos solo obedezca simplemente a motivos de orgullo.

Origen y causa de los enfrentamientos entre civilistas y magnates.

En una economía como la bizantina, donde las regulaciones estatales estaban a la orden del día, había muy pocas posibilidades para el dinero ocioso de las clases pudientes. La política económica dispuesta por el gobierno central corría siempre tras una realidad incontrastable: al bizantino le fascinaba la idea de que todos los pueblos del mundo accediesen a las ciudades del Imperio y a su capital, para intercambiar sus exóticas mercancías con los productos que llegaban desde el interior, procedentes de las manufacturas locales o del campo. A ningún habitante del Imperio se le pasaba por la cabeza la idea de desarrollar mercados en el extranjero, siguiendo el ejemplo fenicio o cartaginés. En consecuencia, el estado se había visto obligado a elaborar el marco legal dentro del cual tales actividades tendrían lugar. Y se controlaba todo: la industria, el comercio, los gremios, los salarios, los precios, las importaciones, las exportaciones, las actividades financieras y de intermediación; la magnitud del esfuerzo requirió a poco no solo una batería intrincada de normas regulatorias sino también los recursos humanos necesarios para ponerlas en práctica, primero, y controlar su ejecución, después. Fue tan minucioso el desempeño del estado en este sentido, que en las aduanas y los puertos se requisaban inclusive los cargamentos y equipajes de embajadores y notables del extranjero. Todo lo cual explica la magnitud descomunal alcanzada por la legión de funcionarios consagrados a las tareas de fiscalización, en los siglos X y XI.

⁶ Miguel Ataliates proclama su dedicación a la función pública en uno de los pasajes de su obra “*Diataxis*”.

Está claro que semejante grado de proteccionismo pronto derivó en un monopolio estatal del que inmediatamente se vieron favorecidos aquellos personajes más inescrupulosos de la sociedad imperial; corrupción y privilegios se transformaron en moneda corriente, en una especie de rampa a partir de la cual muchos elementos relacionados con la burocracia comenzaron a proyectar sus carreras hacia el pináculo de la estructura social. Y claro, con las actividades financieras vedadas al igual que el préstamo a interés, la acumulación de tierras se presentó como la alternativa lógica para los sobrantes de dinero. El terrateniente surge, se consolida y se potencia precisamente gracias a los excedentes monetarios logrados previamente a partir de una posición privilegiada en el monopolio ejercido por el estado. En Asia Menor, permanentemente expuesta a la voracidad del Islam, tal proceso de acumulación de bienes rústicos se potenció debido a la necesidad de los campesinos más indefensos de ponerse bajo la protección de los poderosos. Un efecto funesto que los emperadores de la dinastía macedonia pronto advirtieron y se propusieron mitigar mediante nuevas regulaciones que prohibían a los poderosos adquirir nuevas tierras de manos de los pobres y que, en algunos casos, inclusive les obligaba a devolver aquellas ya compradas de ese modo, en años anteriores.

El sistema de *themas*, impulsado desde el siglo VII como una manera de fortalecer la administración y la defensa del imperio, a su vez se servía de campesinos libres y estratotas para lograr fronteras más estables. Nuevas regulaciones fueron dictadas en este sentido y nuevos cargos y puestos fueron creados para cumplirlas. Muy pronto, a la par de una aristocracia militar que basaba su prestigio en la defensa de las fronteras y alimentaba su poder merced al desposeimiento de los más débiles, surgió un funcionariado muy sensible para con sus privilegios y “*derechos adquiridos*” y muy celoso para con sus obligaciones que, de paso, eran las mismas que minaban las fuentes de poder del latifundio. Con el correr del tiempo estos burócratas conformarían a su vez una aristocracia de suaves modales pero iluminado y punzante razonamiento, los civilistas, que alcanzarían en el reinado de Constantino IX Monómaco (1042-1055) altos puestos en la administración y en el senado.

Funcionarios y burocracia versus aristocracia militar. Civilistas versus *dunatoi*.

En la persona de Basilio II Bulgaróctonos (976-1025), el Imperio Bizantino encontró la figura de uno de esos extraños personajes que cada tanto arroja la Historia, cuyas obras y logros obligan a establecer bisagras en la evolución de los estados. Como usualmente se suele decir, existió un Imperio antes de Basilio, que alcanzaría la cúspide de su poder con él y que radicalmente cambiaría en un breve lapso de tiempo tras su muerte. Hasta el año 1025, Bizancio se nutrió de la sabiduría de los grandes soberanos de la dinastía macedónica, aquéllos mismos que, legislación y justicia mediante, se consagraron a la tarea de mantener y consolidar la pequeña propiedad. Asegurarse la supremacía y el apoyo de los estratotas permitía al mismo tiempo socavar el creciente poderío de los terratenientes, todo lo cual redundaba en una autoridad central mucho más saludable y omnipotente. No se trataba pues de suprimir a la aristocracia militar, ya que, en definitiva, la salud externa del imperio dependía de ella; muy por el contrario, el objetivo era establecer un equilibrio de fuerzas entre las partes de modo que el principal beneficiario fuera el estado.

Basilio II consideraba que los pequeños propietarios enrolados como estratiotas eran campesinos sujetos a servicio militar permanente. En tanto que labradores dueños de su propio tiempo y de su propia tierra, constituían una valiosa herramienta para frenar el mecanismo de leva feudal que el propio Basilio había tenido la oportunidad de conocer en los territorios de Eustacio Maleinos, un rico terrateniente de Capadocia. El poder de los terratenientes, en consecuencia, guardaba una relación directamente proporcional a la miseria de los soldados campesinos. Cuando ésta aumentaba como resultado de la desidia del poder central, el latifundio renovaba sus intentos por ocupar las tierras de los arruinados campesinos⁷. Y es que las actividades estaban a la sazón tan reguladas por el estado, que el dinero ocioso de los poderosos siempre iba a parar a lo mismo: la adquisición de tierras, en muchos casos a valores de bagatela, dada la necesidad apremiante de los vendedores (estratiotas en la mayoría de los casos).

Al morir Basilio II Bulgaróctonos el 15 de diciembre de 1025, el Imperio Bizantino se hallaba en la cúspide de su esplendor. Sus fronteras se extendían desde la península de Crimea y el río Danubio, al Norte, hasta el mediodía de Siria, al Sur, y desde el Lago Van, al Este, hasta los principados de Salerno y Benevento, al Oeste. Todos los enemigos externos, sin excepción habían sido vencidos sino humillados: el Imperio Búlgaro del zar Samuel y los territorios servios hasta los límites con Hungría. Era la primera vez en siglos que la península balcánica volvía a quedar unificada bajo el dominio de los emperadores. Al Este, entretanto, los musulmanes fatimíes de Egipto habían sido contenidos cerca de Emesa y Baalbek, en el Orontes, mientras las armas y la diplomacia bizantinas, en forma conjunta, sometían los reinos armenios ubicados al sur de Georgia. En el interior, la amenaza latifundista había sido momentáneamente conjurada al contraponérsele una constelación de pequeñas propiedades a cargo de campesinos o estratiotas y una legislación acorde a las necesidades del poder central. Pero la bonanza no duraría mucho. La voracidad del elemento terrateniente muy pronto se cobraría su principal víctima: el sistema de *themas*.

Creados para facilitar la defensa militar de las fronteras imperiales más expuestas y favorecer la administración civil de dichos territorios, los *themas* también se constituyeron rápidamente en las preesas de una incipiente aristocracia provincial que se valió de sus privilegios, jerarquías y oportunas victorias en el campo de batalla para despegar de la igualdad del llano, donde pululaban los pequeños labradores libres y los soldados campesinos. Los jefes militares, aprovechando precisamente las ventajas de su posición, pronto empezaron a concentrar el poderío económico de los *themas* mediante el sometimiento de aquéllos que debían generar, con su trabajo personal, los medios suficientes para pagar los impuestos (pequeños cultivadores) o costear el equipamiento bélico (*stratiotas*). Estos jefes militares obtuvieron tales beneficios que pronto llegaron a constituir una alternativa de poder al mismo gobierno central.

Para colmo de males, los sucesores del Bulgaróctonos fueron casi todos soberanos ineptos, sobre los cuales recayó la pesada herencia de resolver la contradicción interna surgida en torno al poder centralizado y los grandes terratenientes, o mejor dicho, entre la burocracia civil de la que formaban parte y la aristocracia militar que abastecía su

⁷ El mismo Basilio II había tenido que lidiar en los comienzos de su reinado contra poderosos latifundistas de Asia Menor, Bardas Focas y Bardas Scleros, cuyos levantamientos casi le hicieron perder el trono. La oportuna llegada de 6000 rusos (núcleo de la futura guardia varega) despachados por su aliado, Vladimiro I de Kiev, salvaron finalmente la jornada para el basileo.

poder merced a los minifundios, desvirtuando la naturaleza del esquema de *themas*. Pronto se dieron cuenta que el sistema económico y de distribución de tierras que tan celosamente habían defendido los emperadores del siglo X estaba siendo minado desde sus mismas entrañas por la ambición de la nobleza militar que el mismo sistema había engendrado⁸. La miseria de muchos estratigotas, especialmente de las regiones fronterizas de Anatolia, había sido aprovechada por estos magnates, quienes a poco se apropiaban de sus tierras y los degradaban a la condición de colonos. Cada vez más encumbrados por tales maniobras, estos poderosos señores despertaron el recelo de los funcionarios civiles de la corte -entre los que se encontraba Miguel Psellos-, que se sentían naturalmente amenazados en su privilegiada posición. Durante años habían manejado los asuntos administrativos del Imperio, y de ellos dependía en definitiva el erario, puesto que el enorme ejército de recaudadores de impuestos que recorría el país de un extremo al otro respondía a sus órdenes.

La pronunciada cuesta abajo del Imperio, evidenciada en la desintegración de los *themas* y en el avasallamiento de la pequeña propiedad, obligaron a los sucesores de Basilio a adoptar medidas radicales. Si la consolidación del latifundio atentaba contra la autoridad del poder central entonces había que desmilitarizar al estado como una manera de atemperar la autonomía de los terratenientes. Curiosa medida que vino a tomarse justo cuando los enemigos del Imperio se aprestaban nuevamente a probar suerte contra sus fronteras⁹. En 1057, esta era precisamente la situación, con un Psellos enrolado entre los partidarios del bando civilista y un Isaac Comneno que procedía de la tan odiada casta militar y terrateniente: el primero dispuesto a hacer todo cuanto estuviese a su alcance para mantener las cosas como estaban; el segundo decidido a jugarse todas las cartas para lograr un cambio substancial que permitiera al Imperio recuperar la aptitud belicista de otrora, lo mismo que su capacidad económica y financiera.

Isaac Comneno irrumpe en el horizonte político del Imperio.

Hacia 1057 reinaba en Constantinopla Miguel VI el Viejo o Stratiota, un funcionario relacionado con la administración del sistema de *themas*. Psellos no ofrece muchos detalles acerca de las simpatías e ideología de Miguel, pero sí se puede inferir a través de sus palabras a qué intereses respondía el anciano emperador, a juzgar por su manera de acceder al trono. *“Una terrible enfermedad se apoderó pues de ella (Teodora). [...] Solo le quedó entonces un soplo de vida. Cuando todos vieron que su situación era desesperada, me refiero a aquéllos que formaban su entorno, se preocuparon enseguida del gobierno, pero también de su propia suerte, y comenzaron a deliberar al respecto. Digo esto no por que se lo haya oído a alguien sino por que yo mismo asistí a sus decisiones y conciliábulos, vi con mis propios ojos y escuché con mis propios oídos cómo la suerte del Imperio daba vueltas en sus manos como si de un juego de dados se tratara. El sol del mediodía no había alcanzado todavía su cenit, cuando la emperatriz, apenas con aliento vital, parecía próxima a fallecer. Los*

⁸ Para una lectura más detallada acerca del proceso de descomposición del sistema de *themas* remitirse a *“La Pronoia. Una institución con sello bizantino”*. Es posible la descarga en formato PDF de dicho artículo a partir de: <http://imperio bizantino.wordpress.com/descargas-de-pdf/>

⁹ A mediados del siglo XI los enemigos del imperio eran muchos y poderosos: en el Norte, los húngaros y pechenegos; al Este, los turcos selyúcidas, y al Oeste, los normandos (en el sur de Italia).

*servidores del trono, reunidos en una sala con su corifeo en el centro, estaban considerando a quién confiarían el gobierno por encima de los demás, de forma que después siguiera unido a ellos sin cambiar de propósito y garantizase su prosperidad*¹⁰. Las palabras de Psellos son por demás claras y dejan en evidencia varias cuestiones, a saber:

En primer lugar, el destacado político se refiere al final del reinado de la dinastía macedonia como un período caracterizado por la aprehensión y el desconcierto: Teodora, hija de Constantino VIII y sobrina de Basilio II está a punto de expirar y la consternación es muy grande en el círculo íntimo de sus colaboradores y funcionarios más incondicionales... tanto como la preocupación de todos ellos por mantener sus prebendas y concesiones. Y es que la cuestión sucesoria no era un factor menor a la hora de sopesar los riesgos que llevaba implícito un cambio de gobierno con respecto a las metas personales de cada cortesano, ya sea que se tratase de un senador, un funcionario de alto rango o del más recalcitrante partidario del poder de turno. Tanto más por cuanto si consideramos que sobre la cabeza de los civilistas oscilaba el siempre omnipresente péndulo de los *dunatoi*. No obstante, Psellos trata de mantener una distancia prudencial con respecto a aquellas personas que él señala como miembros del entorno de Teodora, pese a que él, mal que le pese, formaba parte del mismo. Las lecciones del pasado, sobre todo aquella que le tocara vivir en carne propia, en tiempos de Miguel V (1041-1042), han calado hondo en su ser y adosado otra capa invaluable de experiencia a su vida pública. Él sabe mejor que nadie que los errores en la elección de los consortes para las princesas imperiales se pagan muy caros, inclusive con revueltas populares y hasta asesinatos. En consecuencia, no duda un ápice en achacar la elección del sucesor de Teodora a sus colegas, al mismo tiempo que se desliga del asunto: *“Digo esto no por que se lo haya oído a alguien sino por que yo mismo asistí a sus decisiones y conciliábulo, vi con mis propios ojos y escuché con mis propios oídos cómo la suerte del Imperio daba vueltas en sus manos como si de un juego de dados se tratara”*.

La segunda observación que podría realizarse sobre ese mismo párrafo donde Psellos se desentiende de la designación de Miguel VI el Viejo es que ya que él no participa de la cuestión sucesoria, la suerte del imperio necesariamente ha de seguir los azarosos caminos de un juego de dados. Está claro que el hábil político, además de infravalorar las capacidades de sus pares, asocia la desgracia inminente que se cierne sobre el partido de los funcionarios a que las decisiones son tomadas sin tenerse en cuenta su calificada opinión. En otras palabras, lo que Psellos nos está tratando de decir es que el ulterior advenimiento de Isaac I Comneno y el consecuente derrape del partido civil, que tuvieron lugar casi un año después de aquel conciliábulo que designara a Miguel VI, se podrían haber evitado con una más activa participación suya. Curioso dato si se tiene en cuenta que, con todo, el grueso de los acontecimientos de relieve ocurridos en el ámbito del Imperio Bizantino durante el siglo XI, reconoce la mano de Psellos como artífice directo o indirecto de los mismos. En todo caso, su autoproclamada neutralidad en el asunto de la elección del sucesor de Teodora se hace añicos considerando que, a poco, nuestro historiador sería comisionado por Miguel VI para tratar de desactivar la revuelta contra su gobierno, que iniciarían los generales asiáticos en Asia Menor.

¹⁰ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Págs. 348 y 349. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

Habiendo sido escogido emperador con la venia de Teodora, Miguel VI Estratiota no tardó en quedar solo al timón del Imperio, ya que la última representante de la dinastía macedonia expiró tan solo una hora antes de finalizar 1056. A continuación, el nuevo basileo concatenó una serie de errores garrafales que, a la postre, le costarían la corona, cuestión que no solo es recogida por Psellos en su obra “*Cronografía*”, sino por otros historiadores bizantinos como Juan Skylitzes (“*Sinopsis de la Historia*”), Miguel Glykas (“*Crónica de eventos desde la creación del mundo hasta la muerte de Alejo I Comneno*”) y Juan Zonaras (“*Extractos de Historia*”). Lo peculiar de Miguel Psellos en este punto es su extraña manera de desdecirse de sus fuertes inclinaciones civilistas: “*A los que acaban de obtener el trono imperial les parece que para asentar su poder les basta con contar de algún modo con el aplauso de la clase política, pues, al estar en estrecho contacto con ella, creen que si sus reacciones le son favorables, la integridad de su poder estará asegurada. De ahí que, tan pronto como se apoderan del cetro, autoricen a hablar a estas personas en su presencia. Y ellas no tardan en realizar piruetas, decir bufonadas y pronunciar necias arengas, de forma que los soberanos, como si tuvieran asegurado el auxilio divino, no sienten necesidad de tener ningún otro apoyo. Por lo tanto, a pesar de que la garantía de su poder se apoya en tres principios, el pueblo, el orden senatorial y el estamento militar, los emperadores se preocupan menos por el tercero y no tardan en repartir con los otros dos los beneficios que dimanaban del poder*”.

La introducción que hace Psellos al Libro IX de su obra, “*Cronografía*”, precisamente está relacionada con el primer gran yerro de Miguel VI en su nuevo rol de basileo. Y es que en el momento de la distribución anual de cargos y presentes, realizada en tiempos de la Pascua, los senadores se llevaron la mejor parte. Tanto Psellos como Skylitzes, Glykas y Juan Zonaras ponen en evidencia la torpe maniobra de Miguel VI: según las crónicas de la época una constelación de funcionarios fue recompensada con creces en relación a sus expectativas originales. Psellos por ejemplo se refiere a este hecho como un exceso de prodigalidad por parte del soberano, que acabó desatando la ambición y envidia de los principales generales, muchos de los cuales pertenecían a la aristocracia terrateniente de Asia Menor. Juan Zonaras y Skylitzes, a su vez, mencionan que los senadores obtuvieron mejoras en el escalafón de dignidades, mientras que al populacho se le rendían inadecuados honores, llagándose al extremo de recordar ceremonias caídas en el desuso. Para peor, los primeros meses de la flamante administración del Estratiota se caracterizaron también por las concesiones obtenidas por el clero y numerosos monasterios, como Vatopedi y Laura, en el monte Athos.

Miguel Atalates, en cambio, menciona las desigualdades en el trato de los súbditos, incurridas por Miguel VI, en forma casi tangencial: “*Que el poder estuviera así repartido entre muchas y muy distintas personas y que todos sus ministros dejaran patente su sed de poder suscitó gran revuelo y confusión entre los aristócratas y el pueblo, quienes apelaban a los principios de la democracia, pues la prosperidad era privilegio exclusivo de aquella facción y de las personas de un modo u otro vinculadas al emperador, tanto si se dedicaban con empeño al interés general como si le aportaban solo perjuicios e ineficacia, mientras que los demás carecían de voz, aunque se sometieran a su estúpida inocencia y vanagloria*”¹¹. Con un relato casi retorcido y

¹¹ Miguel Atalates, “*Historia*”, Pág. 40, Cáp. VII, Miguel VI Estratiótico. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

confuso, Ataliates expone la misma conclusión que el resto de sus colegas: en primer lugar, que Miguel VI era un títere en las hábiles manos de sus consejeros y, en segundo término, que el basileo era tan corto de ingenio e inteligencia que en ningún momento se dio cuenta del conato que su torpeza estaba generando.

Las noticias sobre la munificencia del emperador no tardaron en llegar a oídos de los militares asiáticos, que acudieron en tropel a Constantinopla para reclamar su parte en el convite. Les esperaba una desagradable sorpresa sin embargo. Gracias al grado de detalle con que Psellos se despacha sobre el asunto, aún hoy podemos imaginarnos la cara de consternación y contrariedad que los altos mandos castrenses debieron haber puesto cuando el emperador se dirigió a ellos, luego de que finalmente se dignara a recibirles en palacio: *“Penetraron en la estancia hombres bravos, verdaderos héroes, y después de inclinar sus cabezas ante él y aclamarle como era costumbre, se fueron situando por turnos, a la señal del emperador, en una hilera. Luego, cuando hubiera sido preciso llamarles uno por uno y agasajarlos con palabras generosas, propias de un emperador, él comenzó a censurarlos a todos por su comportamiento ignominioso y, a continuación, después de colocar en el centro de la sala a su cabecilla Isaac Comneno, que estaba al frente de toda la delegación, y al inmediatamente subalterno, Cecaumeno el Coloniata, desató sobre el segundo un torrente de injurias porque poco le había faltado para echar a perder Antioquía junto con sus tropas, porque no había tenido un comportamiento ni noble ni marcial, porque se había apoderado además del dinero de muchas personas y había usado el poder no como fuente de gloria sino de lucro”*¹². Miguel Psellos, que asegura haber estado presente en dicha audiencia, identifica, pues, a dos grandes militares de su tiempo concurriendo a entrevistarse con el basileo: Isaac Comneno, sobre quien gira el presente trabajo, por un lado, y Catacalon Cecaumeno, un noble con ascendiente militar, que ya se había desempeñado en el intento por reconquistar Sicilia en 1042, por el otro. Juan Skylitzes, por su parte, coincide con Psellos en ambos nombres, pero además menciona los de otros tres destacados personajes: Juan Ducas, Constantino Ducas¹³ y Miguel Bourtzes¹⁴. Glykas y Zonaras, en cambio, solo hacen referencia a los dos primeros (Comneno y Cecaumeno), mientras que Miguel Ataliates únicamente menciona a Isaac Comneno.

Para hombres habituados a la guerra como forma y medio de vida, semejante desprecio fue un insulto imposible de sobrellevar. Los ánimos se caldearon inmediatamente y para algunos de los asistentes la osadía del emperador fue poco menos que una declaración de guerra. Así la tomaron y, de no haber mediado la capacidad conciliadora de Isaac Comneno, el reinado de Miguel VI habría terminado mucho antes que lo que efectivamente duró. Tal hecho nos lo vuelve a reflejar, muy gráficamente, un pasaje de la obra de Psellos: *“Pero les contuvo Isaac, diciendo que aquél asunto requería una prudente deliberación”*¹⁵.

¹² Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Pág. 352. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

¹³ El futuro Constantino X Ducas, sucesor de Isaac I Comneno y emperador entre 1059 y 1067.

¹⁴ Acorde con los dichos de Juan Skylitzes, Miguel Bourtzes era un encumbrado y valeroso lugarteniente que tenía su residencia en el thema de Anatolia o Anatolikon.

¹⁵ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Pág. 353. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

La revuelta de los generales.

El caso es que, tras la fallida asamblea de Pascuas, los generales y el resto de los hombres de armas procedentes de Asia decidieron cambiar de táctica y, en un segundo intento, buscaron la intercesión del protosynkellos¹⁶ León Paraspondylos¹⁷ en lugar de acudir directamente ante el basileo. El planteamiento era tan claro como sencillo: ¿Cómo ellos, que la pasaban de vigilia en vigilia, velando por la seguridad y el bienestar del Imperio, debían aceptar ser postergados mientras en la corte todo el mundo se beneficiaba de la generosidad de Miguel? La delegación había puesto muchas expectativas en esta nueva audiencia, pero ahora, como antes había sucedido con el mismísimo emperador, la respuesta fue tan ofensiva como decepcionante: todos, sin excepción fueron despedidos prácticamente con las manos vacías, y peor aún, con insultos¹⁸. Skylitzes llega a afirmar que el rudo trato propinado por Parapondylos encendió la cólera de Juan Ducas quien prometió vengarse al mismo tiempo que tomaba juramento para castigar a todos aquellos que le habían insultado¹⁹.

Luego de aprovechar el recinto de Santa Sofía para un conciliábulo secreto y de recibir el apoyo del patriarca Miguel Cerulario, la embajada castrense cambió de táctica. Puesto que la diplomacia, como herramienta para disuadir al basileo de su obstinada actitud había fracasado con estrépito, los asistentes decidieron poner en marcha un complot para provocar un cambio en el seno mismo del poder. Todos se mostraron de acuerdo con el asunto y, cuando le ofrecieron a Isaac Comneno ser el próximo emperador, este se rehusó de plano afirmando que ninguno de los presentes era menos que él y, que por tanto, cualquiera de ellos estaba en condiciones de asumir el control del Imperio. La negativa de Isaac no hizo más que ensalzar sus virtudes de líder a la vista del resto, que volvió a insistir con el ofrecimiento, en esta ocasión con mejor suerte que la anterior. Con los trazos generales de un acuerdo entre manos, la mayoría de los militares asiáticos dejaron la capital imperial y retornaron a sus tierras solariegas en Oriente para acometer la segunda etapa del plan.

Las fuentes de la época, especialmente Miguel Psellos, aseguran que nadie en Constantinopla se hizo cargo del difícil trance debido a que el proyecto de los complotados fue guardado en el mayor de los secretos. A lo que también debe haber ayudado sobremanera la incapacidad manifiesta del emperador para reaccionar en consecuencia con los sucesos que estaban teniendo lugar delante de su propia mirada: mientras Isaac desde sus tierras en Asia Menor iba organizando las líneas de aprovisionamiento de la fuerza que se proponía llevar contra Miguel, un nutrido grupo de partidarios procedentes de distintos puntos se le iba uniando incondicionalmente.

¹⁶ En la Iglesia oriental, cargo adjunto al del obispo, para ejercer la autoridad administrativa o asistir al obispo en dicho ejercicio. En la administración pública del Imperio, el protosynkellos era la persona encargada de lidiar con los asuntos de estado.

¹⁷ Juan Zonaras y Miguel Psellos se refieren al Protosynkellos llamándole León Paraspondylos. Skylitzes, por su parte, le llama León Strabospondylos. León Paraspondylos había empezado su carrera pública en tiempos de Miguel V, junto con Constantino Leicudes. Con el tiempo llegó a ganar mucho prestigio y peso político hasta que, bajo el reinado de Constantino IX Monómaco, perdió casi toda su influencia, llegando Psellos a interceder a su favor para ayudarle en el difícil trance.

¹⁸ Juan Zonaras, *Extractos de Historia*, 18.2.2.

¹⁹ Skylitzes también sostiene que esta aireada reacción fue imitada por el resto de los generales: Isaac Comneno, Catacalon Cecaumeno, Miguel Bourtzes y Constantino Ducas y que el juramento fue tomado en Santa Sofía.

Tuvo lugar además un suceso que sirvió para alertar a la corte imperial y hacerle tomar conciencia de la importancia de la rebelión que se estaba gestando en los temas asiáticos. Uno de los amotinados, “*adrinopolitano de cuna y de nombre Brienio*²⁰, a la sazón estrategos del thema de los Capadocios, después de maltratar, o mejor dicho, pisotear al delegado imperial encargado de la distribución de las soldadas²¹, lo arrestó y encadenó. Un grupo de soldados, sin embargo, se dispuso a vengar tal afrenta y al verse el enviado libre de sus cadenas capturó a su agresor y le privó de sus ojos. El miedo se apoderó así de los compinches del que había sido mutilado y les impelió a tomar las armas y a afrontar con premura el riesgo de un combate, para evitar, dispersándose, ser capturados y sufrir un daño irreparable”²². De manera que resulta cuanto menos extraña la afirmación de Psellos acerca de que en Constantinopla nadie estaba al tanto del serio problema que se estaba gestando al otro lado del Bósforo.

²⁰ Posiblemente el abuelo de Nicéforo Brienio, esposo de Ana Comnena.

²¹ Un individuo llamado Juan Opsaras.

²² Miguel Atalíates, “*Historia*”, Pág. 41, Cap. VII, Miguel VI Estratiótico. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

El ascenso de los Comneno.

Isaac I (1057-1059).

Parte II: batalla, derrota y negociación con los rebeldes.

Breve análisis comparativo de las fuerzas en pugna.

Ni bien los generales asiáticos estuvieron de regreso en sus respectivos territorios, la campaña contra Miguel empezó a tomar cuerpo. Quedó claro desde un principio que la lucha habría de dirimirse entre dos facciones del ejército; por un lado, las tropas de Asia Menor, procedentes de aquellos *themas* que desde los tiempos de Heraclio, habían provisto los mejores y más experimentados soldados y, por el otro, las fuerzas aportadas por las provincias europeas del Imperio. Desde la consideración misma de su origen, era evidente que los regimientos orientales llevaban la delantera, otorgando una ventaja considerable a los comandantes sediciosos: en Asia Menor, la autoridad de Bizancio nunca había sido puesta en entredicho, salvo por alguna que otra esporádica expedición persa o árabe. Lo que es más, en los momentos más difíciles vividos por el Imperio, sobre todo tras la irrupción de los eslavos, primero, y de los búlgaros, después, había sido precisamente de los *themas* asiáticos de donde Bizancio había extraído la vitalidad necesaria para soportar el difícil trance. La pérdida ulterior del noventa por cien de las provincias europeas había determinado que, aunque la capitalidad no se desplazase de Constantinopla, el corazón del Imperio hiciera escuchar con estrépito sus latidos hacia el naciente, donde la situación era radicalmente opuesta. Mientras en los Balcanes, eslavos y búlgaros llegaban a discutir la autoridad de los basileos inclusive sobre los mismos arrabales de la “Nueva Roma”, en Asia Menor una nueva modalidad de soldados se perfeccionaba bajo la protección de una verdadera batería de medidas anti-latifundistas. Creados a imagen y semejanza de aquellos colonos militares del siglo III, los soldados campesinos bizantinos demostrarían muy pronto el valor de la flamante institución que, reconociendo su basamento en el lazo establecido con el estado a través de la propiedad de la tierra, devolvería al Imperio su pretérito esplendor. Al asignárseles parcelas para su cultivo como propiedad hereditaria e inalienable, con beneficios fiscales y privilegios especiales, lo que pretendía la nueva legislación era generar un recurso de probado valor militar que no le costase a la tesorería lo que demandaban los ejércitos convencionales o la contratación de los poco fiables mercenarios.

Sin embargo, promediando el siglo XI, el sistema de *estratiotas* o campesinos libres estaba ya en plena descomposición. Los largos años de predominio civilista, caracterizados por la preponderancia de la aristocracia de funcionarios de la capital, no habían significado un fortalecimiento de la autoridad de los emperadores ya que también ellos eran terratenientes como sus rivales militares. Esta realidad se había notado especialmente en la falta de convicción de los sucesores de Basilio II para continuar defendiendo a la pequeña propiedad²³. Así, mientras que en los días del Bulgaróctonos se había visto a un emperador confiscando las tierras de un terrateniente

²³ Ya bajo el reinado de Romano III Argiro (1028-1034), eparca de Constantinopla antes de su casamiento con Zoe, la aplicación de la legislación contra el latifundio había recibido el primer golpe mortal con la supresión del impuesto adicional sobre las tierras campesinas abandonadas, en virtud del cual los poderosos debían afrontar al pago de tributos correspondientes a campesinos insolventes que se habían visto obligados a abandonar sus parcelas. Como miembro de la aristocracia civil, Romano III no se sintió motivado a continuar con una política que era contraria a sus intereses y a los intereses de la clase que representaba.

al cabo de un proceso tendencioso y reñido con la justicia y la ley²⁴, con sus sucesores la gran propiedad creció de manera alarmante. Uno de los motores principales que impulsó tan descomunal y desproporcionado crecimiento había sido la concesión de privilegios especiales, entre los cuales, los más deseados por el latifundio eran las inmunidades y exenciones fiscales. Y al encumbrarse su poder, al latifundio le tomó muy poco tiempo obtener también inmunidades judiciales, en virtud de las cuales, los propios terratenientes pasaron a desempeñarse como jueces de sus dependientes. La contracara de este proceso, entretanto, mostraba a un estrato de pequeños cultivadores libres cada vez más reacios a trabajar la tierra y prestar el consecuente servicio militar tal como lo habían hecho sus antepasados, algo similar a lo que había acontecido en tiempos de la Roma tardía con el colonato²⁵ y el *patrocinium*²⁶. Esta era precisamente la situación en Asia Menor al momento de estallar la revuelta de los generales; en otras palabras los sediciosos contaban con tropas históricamente mejor preparadas y cualificadas que, sin embargo, en los últimos años habían perdido el basamento tradicional que era su fuente de reclutamiento, el pequeño campesinado, en beneficio de un mecanismo más parecido al de la leva feudal.

Tal estado de cosas imperante en los temas asiáticos apenas tenía su grado de correlato en las provincias occidentales del Imperio, territorios que, a excepción de una parte de Grecia y Tracia, eran todos de reciente adquisición y, por lo tanto, no estaban tan contaminados por las apetencias latifundistas. Luego de la irrupción de los eslavos (siglo VI) y de los búlgaros (siglo VII) en los Balcanes, el establecimiento de un nuevo tipo de comunidad surgido a raíz del contacto con los invasores, había creado un organismo capaz de resistir el avasallamiento de los grandes terratenientes. Este nuevo tipo de comunidad bizantino-eslava se caracterizaba entre otras cosas por:

- Ausencia de repartos periódicos de tierras.
- Formación gradual de alodios o propiedades que estaban libres de cargas señoriales.
- Compra-venta casi nula de tierras.
- Práctica habitual del arriendo, la hipoteca y el cambio.
- Permanencia de vestigios de la esclavitud en su seno.
- Explotación libre de los bosques.
- Lucha contra la confiscación del Estado.
- Responsabilidad colectiva en temas tales como justicia, impuestos y administración.

En la segunda mitad del siglo X, la reconquista macedónica de las regiones comprendidas entre el Danubio, al Norte, y Tracia y Tesalia, al Sur²⁷, expuso a dichas

²⁴ El caso emblemático es el de Eustacio Maleinos, un rico terrateniente de Capadocia, a quien Basilio II despojó de sus bienes y condujo cautivo a Constantinopla por el simple hecho de haber impresionado con su poder al basileo.

²⁵ En virtud del colonato, un pequeño agricultor libre trabajaba las tierras de otro sobre la base de un acuerdo concertado, recibiendo por ello el nombre de colono. Con el paso de los años, dichos colonos acabarían dependiendo cada vez más de los latifundistas.

²⁶ El *patrocinium* era un sistema ampliamente difundido en el siglo IV mediante el cual un contribuyente, resistiéndose a ser absorbido por el latifundio, dejaba de pagar sus impuestos al fisco romano mientras se colocaba bajo la protección de un poderoso, muchas veces, un jefe militar. Otra definición, un tanto más simple, sería la siguiente: sistema por el cual las personas, en tanto que individuos o aglutinadas como comunidad, piden ayuda a aquéllos que le están haciendo la vida imposible.

²⁷ Los Balcanes acabaron incorporándose a los dominios de Bizancio en el tramo final del reinado de Basilio II Bulgaróctonos (976-1025).

comunidades a la influencia directa del latifundio. Minadas desde dentro por el desarrollo de la propiedad privada y por la creciente diferenciación social, la cohesión de tales comunidades no tardaría en decaer y finalmente sucumbir ante los grandes terratenientes y la servidumbre. La debacle dejaría grandes extensiones de tierra en manos de la aristocracia terrateniente de los funcionarios, aunque sus cabecillas jamás abandonarían sus bases de operaciones, que eran los pasillos palaciegos de Constantinopla, donde la posibilidad de quitar y entronizar emperadores les aseguraba una precaria supremacía sobre sus enemigos. Pero a la par de la aristocracia civil, la nobleza militar también echó raíces y se expandió en los Balcanes y un primer conato de golpe de estado partió de estas latitudes hacia 1047, aunque fracasó por la indecisión de sus líderes. Con todo, a mediados del siglo XI la situación imperante en estas regiones no se parecía ni de lejos a la verificada en Asia Menor, donde los funcionarios imperiales no podían incluso poner un pié en las grandes fincas.

Así, pues, en los previos de la revuelta, las fuerzas beligerantes involucradas representaban los intereses contrapuestos de la nobleza capitalina y de la aristocracia militar de Oriente. Aunque ni una ni la otra marchaban al encuentro esgrimiendo la bandera del fortalecimiento del poder central. Ambas eran aristocracias terratenientes, ambas perseguían como objetivo primero limitar la autoridad de los basileos tal como los señores feudales lo habían hecho en Francia con respecto al rey, y, finalmente, ambas, desde los días de Basilio II, venían luchando entre sí para dilucidar la cuestión de la preeminencia. Georg Ostrogorsky nos esboza magistralmente la situación de conflicto irremisible en el seno de las altas esferas sociales de Bizancio, con las siguientes palabras: *“La aristocracia terrateniente había ganado la partida y solo quedaba por decidir cuál de los dos sectores, los funcionarios o los militares, llegaría a imponerse. La historia bizantina de los siguientes decenios, que a primera vista solo parece ser una maraña de intrigas cortesanas, estará en realidad dictada por la lucha entre los dos poderes rivales: la aristocracia civil de la capital y la aristocracia militar de provincias”*²⁸.

La sublevación se pone en marcha. Reacción en Constantinopla.

Pese a que la descripción de los momentos iniciales de la revuelta, en especial de los preparativos de la misma, es un tanto vaga en la pluma de Miguel Atalíates, es posible avizorar en este punto una contradicción entre su obra y la *“Cronografía”* de Psellos. Por ejemplo, Atalíates nos dice que *“... cuando los rebeldes se levantaron en armas, muchos se unieron a ellos; al aumentar su número día tras día, consiguieron concentrar un gran contingente y dieron el rango de comandante en jefe a Isaac Comneno, el cabecilla de la conspiración. Sin embargo, muchos soldados del ejército de Oriente se pasaron al bando del emperador legítimo de Bizancio de modo que, mientras Comneno solo contaba con las tropas de Oriente, el emperador lo hacía con las que llegaban de allí sumadas a la totalidad de las fuerzas occidentales”*²⁹. A juzgar por la descripción que nos hace Atalíates, la propagación de los planes de Isaac Comneno despertó al principio una gran expectación entre la población. Muchos soldados, en un acto reflejo, corrieron a ponerse bajo los estandartes de dignatarios que,

²⁸ Georg Ostrogorsky, *“Historia del Estado Bizantino”*, Pág. 317, Akal Editor, 1984.

²⁹ Miguel Atalíates, *“Historia”*, Pág. 41, Cap. VII, Miguel VI Estratiótico. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

procedentes de rancias y destacadas familias de Asia, parecían encender con sus esbeltos y orgullosos portes la llama de una victoria segura. Pero a poco, sucede algo extraño, casi inexplicable; un gran número se evade del campamento de Isaac, pasándose al bando de Miguel VI. ¿Cómo se puede explicar tan singular cambio de lealtades si es que el mismo, tal como nos lo describe Ataliates, realmente existió? La clave quizá haya que buscarla en el segmento de pequeños cultivadores o estratiotas, cuya condición social se había degradado tanto que, hacia mediados del siglo XI, casi todos habían sucumbido ante la opción más apacible de trabajar para un patrono, en manos de quién pronto pasarían a un estado de dependencia. Regresando en vísperas de la crucial batalla al redil del legítimo emperador, estos cuasi siervos, antes pequeños propietarios, quizá buscaban recomponer su antiguo estatus social y recuperar el favor y la protección del poder central. En todo caso, lo que sí tenían asegurado ante un eventual triunfo de Miguel VI era la posibilidad de desquitarse de los poderosos linajes de terratenientes asiáticos bajo cuya ambición tanto habían padecido en los últimos treinta años.

Miguel Psellos, a diferencia de Ataliates, no ofrece ninguna pista acerca de las defecciones en el campamento de los generales rebeldes; todo lo contrario, su descripción se centra más en la alta moral y el espíritu combativo de las fuerzas congregadas por los revoltosos: *“Todavía no habían llegado a organizarse, cuando se les unió un bravo ejército de aguerridos soldados que en gran número confluyó hacia ellos y reforzó su determinación. En efecto, una vez que todos se enteraron de que un bravo general se había proclamado su emperador y de que las familias más poderosas se habían alineado con él –sus nombres eran conocidos-, sin perder tiempo marcharon enseguida a su encuentro, compitiendo todos por llegar los primeros como si fueran corredores a la carrera”*³⁰. En un siguiente párrafo, el súper ministro es aún más gráfico sobre este asunto: *“No obstante cuando observaron que Isaac –al que ni en sueños habían previsto que pudieran ver con los atributos del poder debido a los rigores que implicaba una empresa tal- se ponía al frente del proyecto de usurpación y dictaba las decisiones que luego habría que tomar, dejaron por completo de lado sus dudas y corrieron a unirse a él, marchando en viril formación y preparándose para la guerra”*³¹. No se sabe si Psellos ignoró concienzudamente la cuestión de las deserciones que aluda Ataliates o si las omitió simplemente por desconocimiento. Pero, considerando su crucial participación en la política gubernamental de los últimos decenios, parece claro que algo de intencional debió haber habido en su proceder. Dada la filiación civilista del ministro, reflejar el descontento de los reclutas de Isaac y su ulterior desbande hacia las filas de Miguel VI habría sido como aceptar ante la crítica mirada de sus detractores la gran injusticia cometida con los estratiotas a través del descuido de la legislación creada para tal efecto. Claro, esto en tanto y en cuanto la información incluida por Ataliates sea fidedigna y con basamento histórico y que nuestra interpretación de los hechos sea la correcta.

Una vez que hubo reunido una fuerza considerable, Isaac se dispuso a acometer los problemas relacionados con la logística, entre los cuales, los más acuciantes eran el avituallamiento de tantas bocas y el tendido de un cerco alrededor de Constantinopla. No se trataba de un asedio militar convencional sino más bien de estrangular económicamente a la capital de manera que, cerrando los caminos e impidiendo el paso

³⁰ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Pág. 354. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

³¹ *Ibid*, Pág. 354 y 355.

de los recaudadores de impuestos, Miguel tuviera problemas al momento de pagar las soldadas. Por boca de Psellos sabemos que Isaac colocó guarniciones en lugares estratégicos y que designó personal competente para percibir los impuestos públicos y registrar la correspondiente percepción para no dejar lugar a dudas de sus buenas intenciones. El general asiático no perseguía enriquecerse con los dineros del estado, aunque sí puede leerse entrelíneas del texto de Psellos, que no vaciló un instante en emplearlos para alimentar a sus soldados cuando se le hubo presentado la oportunidad³².

Entretanto, en Constantinopla, la actitud de Miguel VI no dejaba de sorprender a propios y ajenos debido a su recalcitrante falta de iniciativa. Era como si la sola posesión de la gran ciudad del Bósforo y el control de sus impresionantes murallas constituyeran por sí solos la garantía del triunfo final sobre los revoltosos. Y, a juzgar por las palabras de nuestros cronistas de cabecera, la falsa noción de seguridad haría perder a Miguel momentos cruciales para ganar la partida a los sediciosos mucho antes que la misma llevara la guerra al suelo tracio. Lo que es más, fue necesario que muchos de sus más leales consejeros dieran lo mejor de sí y de su labia para convencer al basileo de abandonar su tozuda pasividad. Cuando finalmente se decidió a pasar a la acción, Isaac Comneno y sus tropas avanzaban desde Asia, en dirección al Mar de Mármara y el Bósforo.

De cómo proceder cuando la situación es apremiante: los consejos de Miguel Psellos al emperador para enfrentar la crisis.

En su Cronografía, Psellos no deja pasar la oportunidad para hacer notar al lector que el momento en que Miguel VI finalmente decide aceptar el desafío del general usurpador es coincidente con una especie de reivindicación hacia su persona. En efecto, luego de desempeñar una brillante carrera en la administración pública, su estrella, como la de sus amigos filósofos de la corte³³, había declinado hasta casi apagarse durante el reinado de Constantino IX Monómaco. Al punto que a la muerte de dicho soberano, Psellos se tonsuró como monje quizá para conseguir zafar de aquellos poderosos a los que su influencia en palacio había hecho la vida imposible. Según parece, con la ascensión al trono de Miguel VI, la situación para nuestro historiador quedó restablecida si bien no en los términos de absoluta preeminencia que tuviera antaño. Hasta que la irrupción en escena de Isaac Comneno y la súplica de una sorprendida corte que no se resignaba ante la inacción del emperador pusieron a Psellos otra vez en el centro de la escena. La manera en que ello sucedió nos la cuenta el propio ministro: *“pero como algunos de sus allegados, a fuerza de golpear en su conciencia diciéndole que necesitaba consejeros, mucho dinero y contingentes militares habían hecho mella en su ánimo, entonces convocó a su presencia a un gran número de personas de noble espíritu a las que hasta entonces no había tenido en cuenta. En ese momento también me adoptó a mí y fingió arrepentirse, como si hubiera hecho algo*

³² Según Juan Skylitzes, luego del extraño suceso que derivara en el cegamiento de Brienio a manos de Opsaras, Isaac Comneno agrupó a sus fuerzas en Kastamuni donde fue proclamado emperador en junio de 1057, ante la presencia de Nicéforo Botaniates, Romano Skleros y de un sobrino de Romano III Argyro, quien fuera emperador entre 1028 y 1034. Desde Kastamuni las fuerzas rebeldes se movieron hacia Gounaria, reclutando a cuanto voluntario hallaron a su paso.

³³ Juan Xifilinos y Juan Mauropos.

horrible, por no haberme tenido desde mucho antes en lo más profundo de su corazón”³⁴.



*Restos del Palacio de Bucoleón, frente al Mar de Mármara (o Propóntide).
Constantinopla, actual Istanbul, Turquía.*

Lo que siguió después, si nos atenemos al relato crudo que nos presenta Psellos en su obra, es un tanto difícil de corroborar, aunque sumamente plausible dada la capacidad de aquél para convencer o manipular según el caso, las necesidades y las circunstancias. Luego de que Miguel VI le hubiese aceptado nuevamente entre sus colaboradores principales, el influyente funcionario dio una serie de consejos al basileo acerca de cómo debía afrontar la crisis; a grandes rasgos la “partitura” que el Estratiota debía ejecutar era más o menos la siguiente: en primer lugar, solicitar audiencia al patriarca capitalino, Miguel Cerulario, para limar con él todas aquellas asperezas que se habían producido en el último tiempo y que Psellos en su *Cronografía* solo atribuye a diferencia de opiniones. Quizá las mismas estuvieran motivadas por el reciente Cisma de Oriente o tal vez por cuestiones impositivas y hasta podría tratarse de una combinación de ambas. Sin dar más precisiones que esas y ante el silencio de Ataliates en su *Historia*, solo nos queda especular al respecto. En todo caso, la aquiescencia del patriarca era necesaria para validar ante los ojos del pueblo, la causa del legítimo emperador, y, al mismo tiempo, desacreditar a los revoltosos. Y es que, con el antecedente del Gran Cisma (1054), Cerulario se había ganado la admiración de su grey, por lo que Psellos tenía razón al sostener que Miguel VI debía buscar su complicidad. En última instancia, acorde con la ideología política imperante, la Iglesia y el estado eran los pilares básicos que sustentaban todo el andamiaje imperial, siendo el emperador y el patriarca las caras visibles de ello. No contar pues con el apoyo del Gran Arzobispo sería, en suma, dejar rengo el sistema de alianzas que legitimaba a Miguel VI en el trono.

El segundo gran consejo dado por Miguel Psellos al basileo estaba más relacionado con cuestiones estratégicas: Isaac Comneno poseía un ejército poderoso; todos estaban al tanto de ello, excepto, tal como parecía, el propio soberano. Así que, según la óptica del experto consejero, había que tratar de convencer al general asiático de que licenciase sus tropas a cambio de la cesión de honores y dignidades. Psellos incluso hizo hincapié en este punto: que Miguel VI debía acceder a todos los

³⁴ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Págs. 355 y 356. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0

requerimientos de Isaac, salvo a aquéllos que representasen un peligro evidente para su cargo y, obviamente, para su persona.

Por último, la tercera recomendación de Psellos era en sí misma un reaseguro para Miguel VI si las dos medidas anteriores llegaban a fallar, en especial, la segunda. Básicamente, el legítimo emperador, a la vez que negociaba con los revoltosos para un eventual acercamiento, debía aprovechar la coyuntura a fin de reforzar su posición militar. La manera en que lograría esto, a juzgar por los dichos del súper ministro, dependía de la habilidad y el liderazgo que pudiese demostrar Miguel VI frente a los ejércitos de Occidente para ganárselos a su causa, y de su capacidad diplomática para hacerse de nuevos aliados y mercenarios, aunque unos y otros procediesen de los pueblos bárbaros allende el Danubio. Todo un reto para una persona nacida bajo la horma de la indecisión y la falta de personalidad.

La guerra civil. Polemón y Hades: 20 de agosto de 1057.

En la primavera de 1057 Miguel VI se sintió lo suficientemente fuerte como para confrontar con su adversario en el campo de batalla. Bajo su égida se habían colocado todas las fuerzas europeas, algunos desertores del ejército de Oriente³⁵, aliados bárbaros, mercenarios de distintas nacionalidades y, por último, la guardia varega. De manera que, en vistas de la gran cantidad de efectivos reunidos, parecía que el basileo había seguido a pié juntillas la tercera recomendación de su colaborador. Mas no las dos primeras, de lo que se lamenta especialmente Psellos en su obra, a raíz de los acontecimientos que sobrevendrían.

Los regimientos leales a los funcionarios de Constantinopla fueron puestos bajo la autoridad del eunuco Teodoro³⁶, uno de los favoritos de la difunta emperatriz Teodora, que había llegado a ejercer como presidente del senado antes de la ascensión al trono de Miguel VI. A continuación, transportados por la flota, los soldados se embarcaron hacia el otro lado del Bósforo donde, nomás tocar tierra, establecieron su campamento en las afueras de Nicomedia³⁷. No muy lejos de allí, Isaac Comneno avanzaba en dirección a Nicea por la gran calzada militar que procedía desde los confines de Capadocia. Su intención era ocupar dicha ciudad antes de batirse con las fuerzas del eunuco Teodoro, ya que ante una eventual derrota tendría una plaza fuerte donde reagrupar a sus tropas. Además al gran general asiático no le convenía dejar a sus espaldas una urbe de la importancia de Nicea, sin haber asegurado antes su obediencia. Espiándose mutuamente, ambos ejércitos decidieron finalmente presentar batalla en un punto

³⁵ Siempre, bajo la óptica de Miguel Atalates, ya que según Psellos tal desbande nunca llegó a producirse.

³⁶ Teodoro, un eunuco al servicio de la emperatriz Teodora (1042 y 1055-1056), había sido promovido por ésta al rango de senador y luego a presidente del Senado. Sin embargo, sus habilidades y/o influencias también le habían llevado a desempeñarse como domestico del Este, domestico scholae del Este, proedros y estrategos autocrator.

³⁷ Si nos atenemos a las palabras de Juan Skylitzes, Teodoro avanzó posteriormente desde Nicomedia, acampando en el monte Sofón, a la vez que despachaba un regimiento para apoderarse del puente sobre el río Sangario.

ubicado entre Nicomedia y Nicea, que el propio Ataliates identifica como Polemón y Hades³⁸.

Gracias a las fuentes contemporáneas es posible establecer la secuencia del truculento enfrentamiento que tuvo lugar ni bien las trompetas dieron la orden de marchar al encuentro del enemigo. Ambos ejércitos se habían estacionado uno en frente del otro, segmentados cada uno en tres divisiones: ala izquierda, centro, y ala derecha, con destacamentos apostados como reserva, tal como indicaban para el caso los manuales bélicos y dictaba la experiencia. A espaldas de cada uno habían quedado los respectivos campamentos, con objetos de valor entre los que se contaba el numerario correspondiente a la paga de los soldados. Por el lado de las fuerzas imperiales, el mando supremo correspondía, según se ha dicho antes, al eunuco Teodoro que, tras reservarse el centro, había encomendado a Aaron³⁹ el ala izquierda y a Basilio Tarchaniotes⁴⁰ el ala derecha. Además, asistiendo a los altos mandos, había importantes y experimentados comandantes procedentes de diferentes puntos del Imperio e inclusive del extranjero: Radulfo el Franco⁴¹, Pnyemios el Íbero⁴² y Lycanthes⁴³ marchaban junto a Aaron, mientras que Maurokatakalos⁴⁴ y Katzamountes⁴⁵ asistían a Tarchaniotes. Entretanto, las fuerzas rebeldes habían sido dispuestas por Isaac Comneno bloqueando el camino hacia Nicea: Catacalon Cecaumeno a la cabeza del ala izquierda, debía contener la embestida de Basilio Tarchaniotes y sus secuaces; en el otro extremo, Romano Skleros⁴⁶, a la cabeza del flanco derecho, tenía una misión similar para con los regimientos dirigidos por Aaron, y, por último, el Comneno se había reservado para sí el núcleo central y estacionado a la vista del eunuco Teodoro.

³⁸ Existía en el siglo XI una bifurcación de caminos que ascendían desde Nicea, hacia el litoral del mar de Mármara y los estrechos: una, la de la derecha, trepaba directamente hacia la antigua capital imperial de Nicomedia, mientras que la otra, subiendo en sentido sudeste-noroeste, pasaba por un viejo fuerte llamado Ciboto (Civetot por los latinos) y por una localidad costera conocida como Helenópolis. Sin contar con más detalles acerca de la ubicación real de la enigmática Polemón y Hades que menciona Ataliates, existe una alta probabilidad que la batalla haya tenido lugar muy cerca de Nicea (Ataliates señala que a diez estadios de ella) y sobre la primera ruta mencionada.

³⁹ Aaron era hermano de Alusian e hijo del zar búlgaro, Juan Ladislao (1015-1018). Su carrera en la armada bizantina se había iniciado bien temprano, ejerciendo cargos en distintas latitudes del Imperio: duque de Ani e Iberia, duque de Mesopotamia, gobernador y catepano de Vaspuracán, magistros, patricio, proedros, protoproedros y anthypatos o procónsul.

⁴⁰ Basilio Tarchaniotes era un general con autoridad sobre los ejércitos del Oeste, posiblemente con jurisdicción sobre Macedonia, al que Skylitzes caracteriza como muy distinguido en nobleza, sabiduría y experiencia.

⁴¹ Rodulfo el Franco o el Normando era un líder mercenario al que los bizantinos le habían honrado con la dignidad de Patricio.

⁴² Pnyemios el Íbero, por su parte, era un militar originario de Georgia, que había ocupado el puesto de líder de las fuerzas del thema de Carsiano.

⁴³ Lycanthes era un militar que había hecho su carrera prácticamente en los cuarteles y bases de Asia Menor, en Pisidia, Lykaonia y Anatolikon (líder de los regimientos tagmatas), aunque también detentaba la dignidad de patricio. Posiblemente se trate de uno de los comandantes que, en vísperas de la batalla y tras los sucesos acontecidos entre Brienio y el delegado imperial encargado de la distribución de las soldadas, se pasara a las filas de Miguel VI, lo que convalidaría la hipótesis de Ataliates sobre las defecciones en el bando de Isaac Comneno.

⁴⁴ Maurokatakalos era un comandante militar de menor jerarquía que Miguel VI había adjuntado a la plano mayor de la expedición.

⁴⁵ Katzamountes o Katzamoundes, al igual que Maurokatakalos, había sido convocado como comandante de segunda línea por el legítimo basileo.

⁴⁶ Romano Skleros había sido vecino del estratega y comandante en jefe de las fuerzas de Italia, el legendario Jorge Maniaces, en el thema de Anatolikon, donde ambos eran propietarios de grandes extensiones de tierra.

La batalla propiamente dicha consistió en una secuencia de fases que de un extremo a otro de la serie, fue haciendo oscilar la victoria entre los cabecillas de ambos bandos. Antes de que los jinetes picasen espuelas y salieran disparados al encuentro del adversario, Psellos menciona que las tropas leales al legítimo emperador iban a quedar expuestas al ataque de dos frentes. Está claro cuál era uno de ellos; lo que causa sorpresa es la acusación que deja en el aire a renglón seguido: *“El comandante de nuestras fuerzas, cuyo nombre no necesito decir aquí⁴⁷, parecía vacilar entre ambos bandos, o incluso, según pienso, inclinarse claramente por uno”⁴⁸*. Acusación que a renglón seguido reafirma cuando menciona que los soldados se habían dispuesto para plantar cara sin conocer la duplicidad de sus mandos. Ataliates, por su parte, nada dice al respecto sino que se consagra a describir cada cuadro de la batalla.

Según parece, fueron las tropas de Teodoro las que, lanzando atronadores gritos de guerra, dieron inicio a la contienda. Súbitamente, el ala derecha conducida por Basilio Tarchaniotes, se abalanzó sobre los hombres de Catacalon Cecaumeno, provocando el pánico y la confusión entre sus filas y obligándoles a retirarse. A la vista de lo sucedido el ala izquierda comandada por Aaron y secundada por Radulfo, Lycanthes y Pnyemios, cargó contra las filas de Romano Skleros, desbordándolas sin atenuantes gracias a su empuje irresistible y obligándolas a emprender la huida. A poco la carga a fondo de los jinetes de Aaron condujo al ala izquierda de las fuerzas imperiales hasta el mismo campamento de Isaac, donde cercaron a Romano Skleros y le capturaron. Confiando que la victoria se decantaba hacia su bando, Aaron resolvió, acto seguido, dar a sus subalternos la orden para pillar las tiendas del enemigo; una decisión que, a la postre, acarrearía consecuencias trágicas para la hueste del eunuco.

No muy lejos de allí, Isaac Comneno y el centro del ejército del Este se debatían desesperadamente contra la sección correspondiente liderada por Teodoro. Incluso el propio Isaac pasó momentos de verdadera zozobra cuando, en el fragor de la lucha fue atacado por cuatro jinetes pechenegos que alcanzaron a lancearle en los costados. Pero las puntas de hierro de los venablos solo alcanzaron a clavarse en su armadura sin llegar a traspasarla. Erguido aún en su caballo, Isaac decidió aprovechar el golpe de efecto de su gran victoria individual para levantar la moral de sus seguidores e impelerles a avanzar con más fuerza y decisión. Catacalon Cecaumeno, que ya había conseguido reagrupar a sus hombres no muy lejos de allí, acudió a socorrer a su superior y su repentina aparición fue demasiado para el enemigo, que aun no podía dar crédito al duelo desigual que el general revoltoso había ganado a los cuatro jinetes pechenegos. Así, pues, mientras Aaron continuaba saqueando el campamento de los rebeldes, un poco más allá, Isaac Comneno y Catacalon Cecaumeno hacían huir a Teodoro y a Basilio Tarchaniotes en dirección al mar. Pronto la lucha alcanzó el mismo solar del campamento imperial, y se generalizó al acudir Aaron en defensa de Teodoro. Fue el preciso instante en que Nicéforo Botaniates, futuro emperador (1078-1081) se lució en un combate personal contra Radulfo el Franco. Miguel Ataliates recoge dicho pasaje de la batalla en su obra, ensalzando el coraje de Botaniates: *“Entre todos destacó por su valor y se mostró en esta guerra valiente y fiel a su fama el magistro Nicéforo Botaniates, que tenía de su ilustre linaje el esplendor y la gloria en el mando militar y*

⁴⁷ Psellos revela el nombre del eunuco Teodoro unos párrafos después.

⁴⁸ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Pág. 358. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0

las hazañas guerreras”⁴⁹. El duelo personal entre Botaniates y Radulfo el Franco, por su parte, es mencionado por Juan Skylitzes.

Al término de la batalla, una victoria categórica de las fuerzas de Oriente, el reporte de bajas dejaría el siguiente resumen:

- Radulfo el Franco, prisionero.
- Teodoro el eunuco, evadido.
- Aaron, evadido.
- Pnyemios el Íbero, muerto en la lucha cuando Cecaumeno entró en el campamento imperial y lo destruyó.
- Maurokatalalos, muerto.
- Katzamountes, muerto.
- Lycanthes, evadido.

La truculencia que caracterizó al combate de Hades es recogida en detalle tanto en el texto de Psellos como en el de su colega Ataliates. Los relatos de ambos autores son por demás elocuentes y muy gráficos al respecto, pero Ataliates se luce describiendo los horrores de la guerra civil: “... muchos cayeron en uno y otro bando, aunque fueron sobre todo los fugitivos quienes acabaron siendo aniquilados. En esas circunstancias, padres e hijos, como si se borraran las leyes de la naturaleza, no refrendaban sus deseos de borrarse ente sí: el hijo mancillaba su diestra con la muerte del padre y el hermano daba el golpe de gracia al hermano; no hubo piedad ni distingos por lazos de sangre, de hermandad o de origen, y solo cuando depusieron su cólera y su locura báquica, se dieron cuenta de lo sucedido y rasgó el aire su lamento”⁵⁰.

Consecuencias inmediatas de la batalla: resignación y diplomacia.

Con la llegada de los fugitivos a la capital imperial y, habiendo escuchado los escalofriantes relatos de la batalla por boca de los propios sobrevivientes, Miguel Psellos se debió haber tomado la cabeza a causa del desasosiego. Y es que, habiendo fallado su tercera recomendación, se hizo evidente que las cosas se complicaban para los civilistas, por que el tozudo de Miguel VI tampoco había tomado la precaución de llegar a un acercamiento con el patriarca Miguel Cerulario.

La derrota de Hades fue tan contundente que al legítimo emperador ya no le quedaron ni los medios ni las ganas para volver a levantar un nuevo ejército. Es cierto que aún contaba con la guardia varega y con núcleos importantes de supervivientes, pero incluso el eunuco Teodoro, apenas hubo pisado la capital, se presentó en palacio para disuadir a Miguel VI de arriesgarse a los avatares inescrutables de otra aventura militar. Psellos achaca su cobarde comportamiento al hecho de que, acorde con su modo de ver las cosas, el eunuco había entrado en tratativas secretas con Isaac Comneno para traicionar a su amo. Si ello era cierto o no, al basileo no le quedó otro remedio que

⁴⁹ Miguel Ataliates, “*Historia*”, Pág. 42, Cap. VII, Miguel VI Estratiótico. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

⁵⁰ Miguel Ataliates, “*Historia*”, Pág. 42, Cap. VII, Miguel VI Estratiótico. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

recurrir a la segunda sugerencia que Psellos le hiciera antes de la batalla: negociar con el general rebelde.

Pero la diplomacia no es una opción valedera cuando el bando en inferioridad de condiciones ha jugado y perdido su mejor mano en el campo de batalla, entregando toda la ventaja al adversario. Quizá por eso Psellos puso el grito en el cielo cuando Miguel VI le convocó para encabezar una delegación con la misión de marchar al campamento de Isaac y negociar un acuerdo que le salvase la piel. Con la mayor sutileza y esgrimiendo una retórica digna de los antiguos filósofos griegos, el ministro primero intentó explicar lo vano que resultaría una embajada en esas circunstancias, y cuando el emperador le hubo reprendido a causa de su negativa⁵¹, a Psellos ya no le quedó más remedio que justificarse: *“Pero, mi emperador, no rechazo tus órdenes para evitar tener que servirte, sino que declino esta misión porque el asunto provoca mis recelos y sospecho que me granjeará muchas envidias. [...] El hombre ante el que me ordenas que me presente como emisario es una persona victoriosa que tiene esperanzas muy sólidas puestas en el futuro. No creo que me acoja favorablemente ni que cambie de opinión al escuchar mis palabras. Hablará quizá con altanería y deshonrará mi embajada y me despachará de vuelta sin que yo haya conseguido nada. Entonces las gentes de la corte me acusarán de traicionar las palabras que te di y al mismo tiempo de aumentar las expectativas de aquél hombre, haciendo ver que iba a hacerse enseguida con el poder simplemente por que no aceptó un mensaje del emperador y no quiso negociar con su embajada. Pero si quieres que obedezca tus órdenes envía conmigo en la embajada a otra persona, un miembro del senado, para que todas las palabras que digamos y se nos digan, tanto las nuestras como las del usurpador, lleguen a oídos de la gente en dos versiones complementarias”*⁵². De lo que se pueden extraer algunas conclusiones muy interesantes: primero, que Psellos temía correr el riesgo de que ante un eventual fracaso se le endilgara a él solo la responsabilidad del mismo; segundo, que Psellos buscaba despegarse de cualquier acusación de traición previa, llevándose consigo a una camarilla de senadores partidarios de Miguel VI, para que los mismos certificaran luego su leal accionar ante el basileo y, por fin, que, a la vez que se intentaba dejar la imagen que sugería el segundo punto, el grueso de los embajadores iba a entrar en tratativas secretas con el Comneno para provocar la caída del emperador y poner así término a la guerra civil. Un supuesto, este último, que difícilmente se pueda encontrar, ni siquiera a través de una lectura pormenorizada, en la obra de Psellos por razones obvias.

La sugerencia de Psellos fue saludada con beneplácito por el emperador, de modo que a la embajada que se entrevistaría con Isaac Comneno fueron adjuntadas dos destacadas personalidades que el ministro conocía muy bien: Constantino Licudes o Leicudes y Teodoro Alopous⁵³. El primero era un clérigo que se había destacado ya bajo el breve reinado de Miguel V (1041-1042), debido a su talento en materias diversas como retórica, leyes y política. Además, bajo el reinado de Constantino IX Monómaco, había conseguido trepar a una posición privilegiada en la corte imperial, desempeñándose como ministro, hasta que los celos del basileo le condujeron hacia un irremisible ostracismo en 1050, cuando fue desplazado en beneficio del logotete Juan.

⁵¹ En realidad Miguel VI, en respuesta a la negativa de Psellos de aceptar sus directrices, le acusó de cobardía y deslealtad.

⁵² Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Págs. 361 y 362. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

⁵³ Tanto Psellos como Zonarás y Skylitzes mencionan el asunto de la embajada en sus textos.

Teodoro Alopos, por su parte, era una persona muy distinguida debido a su sabiduría y elocuencia, que había llegado a ocupar la presidencia del senado (proedros, por tanto). Uno y otro eran miembros de la aristocracia y pertenecían, al igual que Psellos, a la facción de los funcionarios y burócratas. A la embajada, pues, le sobraba talento y capacidad, solo que no tenía margen de acción, tal como se lo había hecho saber Psellos al emperador.

Los tres delegados, antes de partir, recibieron del emperador una carta conteniendo la propuesta para el usurpador, propuesta que ellos, de común acuerdo, modificaron convenientemente. De modo que cuando se embarcaron en Constantinopla, la misiva, reformulada por los emisarios, ofrecía al usurpador la alta dignidad de César a cambio de su promesa de continuar sirviendo al emperador⁵⁴. Confiados sobre la base de un salvoconducto, los emisarios navegaron hasta el fondo del golfo de Nicomedia, donde Isaac Comneno había levantado su nuevo campamento. Allí fueron recibidos por los principales dignatarios del ejército del Este y conducidos a caballo hasta la tienda del usurpador.

Las negociaciones.

Isaac Comneno era una persona habituada a los trajines de la vida al aire libre y, por tanto, más acostumbrado a bruñir escudos y afilar espadas, pero no por ello había perdido los buenos modales y el sentido de la ubicuidad. Habiendo obtenido una rotunda victoria, bien podría haberse mostrado intransigente ante los embajadores de Miguel VI. Pero el hombre reveló una faceta conciliadora, casi desconocida para el común de los generales victoriosos en esas circunstancias, que sorprendió gratamente a la comitiva imperial y ayudó a distender la tensión del momento, previo a la esperada audiencia. A una señal suya, la delegación, encabezada por Psellos, Leicudes y Alopos, se adelantó hacia un escaño elevado donde se hallaba sentado el usurpador. Es interesante la observación que hace Psellos en este punto, refiriéndose a la manera de conducirse de su interlocutor: *“Su actitud era no tanto la propia de un emperador como la de un general. En efecto, se incorporó ligeramente ante nosotros y luego nos invitó a sentarnos”*⁵⁵. Está claro que Isaac Comneno aún no había sido contaminado por las menudencias de los rituales y el boato de las ceremonias palaciegas que usualmente convertía a aquéllos que detentaban el trono en personajes casi divinos. De allí la sorpresa del “hypatos” de los filósofos.

La audiencia en torno al futuro del Imperio comprendió varias sesiones, matizadas cada una de ellas por la genial pluma de Psellos, que fue testigo directo y parte involucrada del asunto. En la primera, según parece, Isaac Comneno solo se contentó con conocer detalles del viaje de los embajadores y explicarles, con singular vehemencia y a modo de justificación, las razones que le habían impelido a levantarse contra el legítimo emperador. Durante la segunda ronda de negociaciones los embajadores tuvieron la oportunidad de conocer a Juan Comneno, hermano de Isaac y padre del futuro Alejo I Comneno, quien sería emperador entre 1081 y 1118. Psellos le

⁵⁴ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Pág. 363. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

⁵⁵ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Pág. 364. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

describe como un hombre brillante, de gran valor, versatilidad y eficacia, medido y prudente al hablar y muy respetado por sus soldados y servidores. A una señal del duque Juan, los emisarios ingresaron en una gran tienda donde Isaac les aguardaba sentado en un trono de oro y rodeado por filas de nobles, lugartenientes y aliados, dispuestas en anillos concéntricos, donde los del interior yacían abarrotados de verdaderos próceres, al decir de Psellos. Cuando fueron por fin autorizados a hablar, uno por vez, Leicudes y Alosos cedieron su turno a Psellos, que se despachó de inmediato con un exordio, decidido a explicar en detalle las bondades que conllevaba la dignidad de César para la persona que tuviese la dicha de detentarla (Isaac, para el caso que nos ocupa). Según parece, sus palabras fueron acogidas con tímido entusiasmo por la primera línea de colaboradores y nobles, mas los comandantes, capitanes y lugartenientes que se hallaban apostados en los círculos más extremos respecto del Comneno empezaron a abuchearle aduciendo que no aceptarían para su líder otra dignidad que no fuese la que procedía de la diadema imperial. Puesto en aprietos por la ofuscada multitud que se negaba a aceptar esta primera concesión, Psellos decidió entonces subir la apuesta y jugar su mejor carta: ofrecer a Isaac la adopción que había prometido Miguel VI, esto es, acogerle como sucesor para su cargo frente las apetencias y el derecho de cualquier otro candidato. A lo que el gentío se mostró escéptico sobre todo cuando algunos de los presentes se negaron a creer que el legítimo emperador llegaría al punto de desplazar a un hijo propio en beneficio de Isaac. Una vez más la elocuencia y retórica de Psellos, enfocadas en una oportuna comparación con los tiempos de Constantino I el Grande, lograron devolver la tranquilidad al cónclave y apaciguar el ánimo de los más exaltados. Luego, arguyendo que era mejor ingresar a palacio con la dignidad de César y la promesa de sucesión asegurada que como usurpador consumado, el hábil ministro cerró su oratoria, tras lo cual la asamblea fue disuelta para evitar tumultos.

Las aspiraciones secretas de Isaac.

Ni bien la multitud se dispersó y el silencio volvió a ocupar el centro de la escena, Isaac llamó en privado a los embajadores imperiales. Su iniciativa de convocarles a espaldas de su séquito llenó de desconcierto y aprehensión al grupo liderado por Psellos, que no atinó a otra cosa que a mantenerse expectante. De modo que cuando el usurpador abrió la boca y empezó a elaborar su elucubración, ellos no pudieron dar crédito a lo que estaban escuchando.

“Si Ustedes me pueden asegurar que transmitirán un secreto al emperador, entonces yo les diré lo que está oculto en mi corazón” (Zonarás, 18.3.6).

“Yo no busco el poder imperial, me basta con la dignidad de César. Que me envíe pues el emperador una segunda carta diciéndome que no cederá el poder a otra persona cuando se vaya de esta tierra, que a ninguno de los que ha hecho conmigo esta campaña les privará de los honores que ambiciona y que compartirá conmigo la potestad imperial, para que pueda, si quiero, honrar a algunos con algunas dignidades

civiles de menor rango y ascender a otros a puestos de mando en el ejército” (Miguel Psellos, Cronografía, Pág. 372)⁵⁶.

Dicho lo anterior, Isaac dio por cerrado el tema e invitó a los emisarios a cenar con él en privado. La siguiente etapa de las negociaciones tendría lugar en Constantinopla de modo que todos se relajaron para aprovechar el convite y disfrutar de la hospitalidad del Comneno.

⁵⁶ Uno de los pedidos más sugerentes que Isaac Comneno hizo en esos momentos a la delegación fue la destitución del protosynkellos León Paraspondylos, cuyo trato para con ellos en su última visita a palacio había sido ofensivo y deplorable.

El ascenso de los Comneno.

Isaac I (1057-1059).

Parte III: Resignación, tonsura y abdicación de Miguel VI.

Isaac Comneno, como general, según la óptica de Psellos y Ataliates.

Habiendo pues identificado debidamente el estrato social al cual pertenecían nuestras dos principales fuentes, esto es, Miguel Psellos y Ataliates, resta ahora exponer y comentar algunas de sus apreciaciones sobre la figura de Isaac Comneno, antes de que el mismo asumiese la púrpura imperial. Dicho en otras palabras, cómo una persona funcional al poder de turno (Psellos)⁵⁷ y cómo un funcionario público (Ataliates)⁵⁸ que simpatizaba con el ejército, se referían a un tercer individuo que, procedente de la aristocracia militar, habría de ocupar el trono imperial luego de una seguidilla de años de dulce preeminencia civilista⁵⁹. No obstante, es preciso señalar en este punto que, dado que Ataliates estaba más habituado a la vida en campaña, sus simpatías no se correspondían como puede suponerse con la de aquéllos funcionarios más identificados con el estrato burocrático y capitalino, sino más bien todo lo contrario.

Aún en su rol de general, ya que todavía no emperador, Isaac Comneno levanta comentarios interesantes en los escritos de los cronistas antes mencionados. Analicemos caso por caso, comenzando por Miguel Psellos y haciendo un resumen sobre los mejores párrafos de su obra a este respecto:

a) Referidos al momento que va desde que los generales asiáticos se entrevistan por primera vez con Miguel VI hasta el cónclave secreto de Santa Sofía.

- En alusión a la primera audiencia concedida por Miguel VI a los militares que habían acudido para reclamar el mismo trato dispensado a la corte y a cuyo frente se hallaba Isaac Comneno, el súper ministro dice: “*Penetraron en la estancia hombres bravos, verdaderos héroes...*”⁶⁰.
- También, en relación con aquella audiencia: “*... pero el emperador les impuso silencio. Incluso aunque hubiera despreciado a los demás, habría sido preciso que hubiera gratificado a Isaac con toda clase de honores y alabanzas, pero también a éste le negó su favor*”⁶¹.
- Luego, en un segundo intento de la comitiva militar oriental por hacer entrar en razón a Miguel VI, en el momento de la distribución de honores y dignidades, el súper ministro escribe lo siguiente: “*Poco faltó para que todos de repente se abalanzasen sobre él (Miguel VI) y le pusiesen las manos encima, echándolo del*

⁵⁷ Miguel Psellos, escalando bien desde el llano, había conseguido llegar varias veces a lo más alto del escalafón social siendo ministro de varios basileos. De allí lo de funcional.

⁵⁸ Miguel Ataliates, acorde con sus propias palabras, se consideraba un experto en el arte de la guerra: no solamente daba consejos a los emperadores en este sentido, sino que él mismo tomaba parte de las batallas, reservándose el derecho a emitir juicios de valor tanto por las victorias como por las derrotas.

⁵⁹ Georg Ostrogorsky emplea las siguientes palabras para identificar las inclinaciones políticas de cada uno: “*Mientras que Psellos es un representante del partido civil, Ataliates era partidario de la aristocracia feudal y militar*”. Georg Ostrogorsky, “*Historia del Estado Bizantino*”, Pág. 314, Akal Editor, 1984.

⁶⁰ Miguel Psellos, “*Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio*”, Pág. 352. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

⁶¹ Ibid, Pág. 353.

poder. Pero los contuvo Isaac, diciendo que aquél asunto requería de una prudente deliberación”⁶².

- Y, a renglón seguido, Psellos introduce un párrafo por demás sugerente acerca de la personalidad del general usurpador: *“Isaac renunció ante todos a la dignidad imperial, pues decía que cualquiera de ellos estaba capacitado para asumir el poder, pero todos le cedieron este honor. Era realmente el más destacado de ellos, no solamente por su linaje, sino porque su figura imponía autoridad y tenía un carácter noble y gran firmeza de ánimo. Parecía que en efecto se hacía respetar por su sola presencia”*⁶³.

b) Desde el lapso de tiempo comprendido entre el retorno de los generales orientales a Asia Menor hasta los previos de la batalla de Hades y Polemón.

- En el preciso instante en que los planes de la rebelión llegan a oídos del común de la gente, Psellos refleja la acogida de dicha noticia de la siguiente forma: *“En efecto, una vez que todos se enteraron que un bravo general se había proclamado su emperador y de que las familias más poderosas se habían aliado a él, sin perder tiempo marcharon enseguida a su encuentro, compitiendo todos por llegar los primeros como si fueran corredores de carrera”*⁶⁴.

- A renglón seguido, el “doble filósofo”⁶⁵ nos entrega las siguientes líneas: *“No obstante, cuando observaron que Isaac [...] se ponía al frente del proyecto de usurpación y dictaba las decisiones que luego habría de tomar”*⁶⁶, *dejaron por completo de lado sus dudas y corrieron a unirse a él, marchando en viril formación y preparándose para la guerra”*⁶⁷.

- Y, en relación con Isaac Comneno, asevera: *“Él en cambio, aunque entonces era la primera vez que se ponía al frente de una conjura de ese tipo, afrontó aquella empresa con más prudencia que audacia”*⁶⁸.

- Luego, durante los preparativos para acometer la campaña contra el ejército imperial comandado por el eunuco Teodoro, Psellos agrega en relación con Isaac: *“Pero aún hay otra cosa por la que merece que se lo admire y es el hecho de que a pesar de la gran multitud de hombres que se le unieron, él supo distribuirlos en contingentes distintos y separar a los soldados más valientes de los demás, de forma que encuadró en compañías y falanges a aquellos que sabían que templaban su audacia con el cálculo y su valor con el aplomo y confió a éstos la suerte de la guerra”*⁶⁹.

- En cuanto a las cualidades necesarias para detentar el liderazgo de una fuerza tan heterogénea en lo que hace a las ambiciones personales de cada uno de sus integrantes, el filósofo y clérigo dice: *“Y mientras que en la mayoría de los ejércitos suelen producirse incidentes, ya que la mayoría de los soldados resultan ser más audaces que sensatos, él en cambio no alzaba su espada contra nadie y tampoco procedía enseguida contra los que cometían una falta, sino que los*

⁶² Ibid, Pág. 353.

⁶³ Ibid, Pág. 354.

⁶⁴ Ibid, Pág. 354.

⁶⁵ Psellos era filósofo y clérigo para ese entonces.

⁶⁶ En este punto, Psellos se refiere a que todos aquellos sectores identificados con la aristocracia militar terrateniente vieron en Isaac Comneno al personaje ideal para acometer la revuelta, líder que se les había venido negando en los últimos tiempos por la falta de cualidades y virtudes en los candidatos alternos.

⁶⁷ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Págs. 354 y 355. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

⁶⁸ Ibid, Pág. 355.

⁶⁹ Ibid, Pág. 355.

*amedrentaba con una simple mirada. Bastaba con que frunció el ceño para que cualquier castigo corporal estuviese de más*⁷⁰.

c) Desde el intervalo que corre desde la batalla de Hades y Polemón hasta la entrevista de Isaac Comneno con la embajada imperial, en Nicomedia.

- Ante indicios que muestran claramente a la victoria volcándose a favor de las tropas del eunuco, Psellos resalta la actitud del general oriental en el campo de batalla: *“La victoria parecía entonces quedar limpiamente de nuestro lado, pero el usurpador permanecía aún de pie, firme, en medio de la lucha, conteniendo tanto a perseguidores como a fugitivos*⁷¹.
- Al opinar sobre el comportamiento del usurpador y su manera de dirigirse a los embajadores, el ministro afirma: *“Su actitud no era tanto la propia de un emperador como la de un general. En efecto, se incorporó levemente ante nosotros y luego nos invitó a sentarnos*⁷².
- Al respecto de la primera entrevista con el usurpador y de sus sencillas maneras en el trato con sus invitados: *“Nos retiramos entonces admirados por la actitud de aquel hombre, que no nos dirigió enseguida un discurso largo y que no quiso saber de nosotros nada más que detalles de nuestro viaje y si habíamos tenido la mar agitada en nuestro viaje*⁷³.
- Y, finalmente, cuando Isaac les comenta en privado sus planes a los emisarios imperiales y luego les invita a la mesa antes de despedirlos de regreso, Psellos expresa: *“Así, una vez sentados con él a la misma mesa, no dejamos de admirar sus excelentes cualidades, pues aquel hombre, descendido ya de su pose de usurpador, nos trató de manera más cordial*⁷⁴.

Miguel Atalíates, por su parte, acorde con su estilo literario, muchísimo más monocorde, plano y directo que el de Psellos, no incluye tantas descripciones referentes a Isaac sino que, por el contrario, le alude casi como si relatara una crónica:

- Por ejemplo, en los previos de la revuelta: *“Por esta causa, un noble miembro de una familia ilustre, de nombre Isaac y de apellido Comneno, aireado por el ninguneo y ultrajado por ciertos altercados, mostró su enorme descontento y puso a otros militares en conocimiento de lo que sucedía*⁷⁵.
- Al referirse a cómo se iban conformando cada uno de los ejércitos en pugna que más tarde librarían la batalla de Polemón y Hades, Atalíates dice: *“... cuando los rebeldes se levantaron en armas, muchos se unieron a ellos; al aumentar su número día tras día, consiguieron concentrar un gran contingente y dieron el rango de comandante en jefe a Isaac Comneno, el cabecilla de la conspiración. Sin embargo, muchos soldados del ejército de Oriente se pasaron al bando del emperador legítimo de Bizancio de modo que, mientras Comneno solo contaba con las tropas de Oriente, el emperador lo hacía con las que llegaban de allí sumadas a la totalidad de las fuerzas occidentales*⁷⁶.

⁷⁰ Ibid, Pág. 356.

⁷¹ Ibid, Pág. 358.

⁷² Ibid, Pág. 364.

⁷³ Ibid, Pág. 364.

⁷⁴ Ibid, Pág. 373.

⁷⁵ Miguel Atalíates, *“Historia”*, Pág. 40, Cap. VII, Miguel VI Estratiótico. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

⁷⁶ Ibid, Pág. 41.

Y poca cosa más. En todo caso la “*Historia*” de Ataliates sirve a los fines de establecer y ordenar la secuencia de hechos que condujeron a la entronización del primer representante de la dinastía Comneno en el trono de Bizancio. Mas refleja una gran orfandad en cuanto a los apelativos y recursos a los que permanentemente echa mano Miguel Psellos en su “*Cronografía*”. En suma, la principal caracterización de los aspectos humanos, del comportamiento y de las capacidades innatas o adquiridas de Isaac Comneno, proceden de la pluma de uno de los máximos referentes del partido rival. Y he aquí dónde el extraño proceder de Psellos hace imperioso una revisión y un análisis del contenido de su obra relacionado precisamente con los reinados de Miguel VI e Isaac I. Caso contrario, ¿cómo se podría explicar el repentino cambio de parecer del ministro si no es a través de un cambio previo de bando? Hubo sin lugar a dudas una mutación sino ideológica al menos camaleónica, ya que Psellos llegaría a ser funcionario de Isaac Comneno, específicamente presidente del Senado; lo que quedaría por determinar es el momento preciso en que se produjo tal mutación, ya que si la ocurrencia de la misma se verificase antes de la deposición de Miguel VI, estaríamos hablando de una traición.

Siendo, pues, Psellos un orador de primera línea, y suponiendo que sus descripciones en torno a la figura de Isaac Comneno no constituyan un encomio encubierto, se puede llegar a inferir a través de ellas los rasgos particulares de la personalidad del general rebelde en este primer tramo de su vida pública. Ante todo, Psellos le reconoce como un héroe, un hombre bravo y prudente, capaz de generar la mayor de las admiraciones y de despertar los más sinceros reconocimientos entre sus acólitos. Isaac, pese a las presiones del entorno y a las humillaciones a la que es sometido por el emperador, opta siempre por la deliberación como el mejor de los caminos para evitar los males de la imprevisión. Por otra parte es una persona muy poco ambiciosa o egoísta que, tan pronto como se le ofrece la jefatura de la rebelión, hace un amago para rechazarla arguyendo que cualquiera de los que le acompañan está tanto o más capacitado que él para asumir el mando. Al mismo tiempo Psellos nos presenta a un Isaac muy carismático, capaz de atraer a su causa a hombres procedentes de todos los rincones del Imperio. Y está claro que, a la vez que sus seguidores le aclaman por sus virtudes, sus detractores le agradecen por su manera tan particular de reprenderles en las malas: con una mirada fuerte o frunciendo el ceño, pero jamás levantando una espada contra ellos; sin ninguna duda, un atributo que, trascendiendo las generaciones, haría de uno de sus parientes, Juan II Comneno (1118-1143), uno de los mejores emperadores de Bizancio, al punto de ser elogiado como Juan el Bueno⁷⁷.

Conspiración en Bizancio.

Tan pronto como los embajadores arribaron a la capital imperial, Miguel VI envió por ellos para conocer el resultado de las negociaciones; estaba realmente ansioso y temía que, además de enemigos de puertas afuera, hubiera traidores entre sus propias filas. Seguramente debió de haberse mostrado encantado ante las alentadoras noticias que le traían, tanto más por cuanto las intenciones de Isaac, que les fueran reveladas a

⁷⁷ Juan II Kaloyanes se destacaría, entre otras cosas, por no aplicar jamás tormento de ninguna especie contra sus enemigos y opositores, ni siquiera el clásico cegamiento empleado comúnmente para castigar a los usurpadores.

sus emisarios en privado, coincidían, al decir de Psellos, con las suyas propias. Lo que es más, para demostrar su buena voluntad aceptó incluso expulsar de la administración al protosynkellos León Paraspondylos, que tanto resquemor había causado en su momento entre los generales asiáticos. Por fin, luego prometer el cumplimiento de cada uno de los puntos propuestos por el usurpador, el basileo se dispuso a enviar de vuelta a sus embajadores al campamento de aquél, no sin antes apuntar su propia cláusula secreta: que la entronización de Isaac en el manejo de la cosa pública, entre lo que se contaba el ejercicio del poder imperial, sería pospuesta por unos días más. Miguel VI reveló allí mismo a sus delegados el motivo de tal prórroga: temía que el senado y la plebe se levantaran contra él al conocer la letra del tratado. Una vez impartidas las últimas instrucciones, despidió a la embajada que, en la mañana siguiente, volvió a embarcarse rumbo a Nicomedia.

Lo que a continuación tuvo lugar fue una secuencia de hechos confusos de la que los cronistas de la época apenas difieren en relatar. Psellos y sus colegas llegaron a destino donde volvieron a entrevistarse con el general asiático en un ambiente mucho más distendido y ameno que el de la primera oportunidad. En la gran tienda del usurpador, todos los presentes se mostraron encantados al escucharles y recibieron con beneplácito la noticia de la caída en desgracia del odioso protosynkellos⁷⁸. Solamente Juan Skylitzes plantea en este punto algunas discrepancias con respecto al resto (Psellos y Zonarás); en primer lugar, que los rebeldes exigieron a la delegación que Miguel VI refrendase sus promesas a través de una crisóbula y, en segundo término, que Catacalon Cecaumeno fue el único entre los presentes que se atrevió a expresar su disconformidad y discutir su propio caso. Psellos y Zonarás, por el contrario, dan cuenta que la aprobación fue unánime y que todo el cónclave expresó su intención de aplazar la usurpación. El entusiasmo del primero al respecto, puede palparse a través de uno de los párrafos de su obra: *“Nuestra segunda embajada se había coronado pues con éxito y nosotros fuimos entonces presa de una alegría indescriptible porque habíamos hecho a nuestra patria una importante contribución con nuestra elocuencia y nuestra sensatez. Nos preparamos pues para partir al día siguiente”*⁷⁹.

No había terminado de celebrarse la audiencia cuando, desde Constantinopla, empezaron a llegar rumores acerca de una conspiración, devenida ulteriormente en revuelta, que había causado la abdicación de Miguel VI. Tanto en la gran tienda de Isaac como en los aposentos reservados a los emisarios, la noticia fue recibida al principio con cierta reserva y desconcierto. Pero, a medida que las horas fueron transcurriendo y nuevos mensajeros arribaron a Nicomedia trayendo más detalles, las dudas en torno a la identidad de los cabecillas y a sus motivos empezaron a disiparse. Psellos cita los hechos en retrospectiva, lo cual es lógico, dado que el levantamiento le sorprende negociando, junto con Leicudes y Alopos, en el campamento enemigo, en Nicomedia. No describe, por ende, quienes fueron los promotores de esta nueva revuelta, aunque se puede inferir a partir de la lectura de su obra, que el patriarca Miguel Cerulario estaba al tanto de la misma sino a cargo: *“Puesto que sabía que se había enfrentado al Gran Arzobispo por una divergencia de opiniones y que aquél estaba resentido contra él, el primer consejo que le di fue éste: que pusiera fin a todas*

⁷⁸ Influyó sobremanera en el ánimo de los rebeldes para deponer las armas el hecho de que Miguel VI les prometía, además de la consabida inmunidad, aquellos privilegios y beneficios que antes les había negado.

⁷⁹ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Pág. 375. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

las discrepancias que tenían y concertase con él pensamientos y propósitos, pues en aquellos momentos el poder de éste era determinante y habría podido apoyar a los usurpadores si el emperador no se les adelantaba y no se aseguraba su fidelidad sin ambages”⁸⁰. En este párrafo Psellos alude a Miguel VI, por un lado, y a Miguel Cerulario, el Gran Arzobispo, por el otro, y el contexto no es otro que los instantes previos a la batalla de Polemón y Hades. La siguiente ocasión en la que el ministro vuelve a mencionar a Cerulario es descripta poco después, cuando el basileo resuelve ir directamente a plantar cara a los rebeldes sin atender los consejos de su asesor: “Luego, no obstante, se abstuvo de seguir el primer consejo, cuyo simple incumplimiento bastó para llevarle a la ruina...”⁸¹. El consejo en cuestión dado por Psellos a su señor era justamente hacer las paces con el patriarca a fin de quitar sustento legal a las pretensiones de los generales asiáticos. Está clara la importancia que Psellos asigna a la figura de Cerulario desde el momento en que su inconsulta sella la suerte del basileo. Finalmente, habiendo tenido lugar el enfrentamiento cerca de Nicea y las dos embajadas subsecuentes en Nicomedia, y estando la revuelta en Constantinopla en pleno estado de efervescencia, Psellos manifiesta: “unos agitadores y sediciosos, que nosotros sabíamos habían seducido la voluntad del senado, habían sembrado la confusión en la Ciudad y creado desórdenes por todas partes, amenazando con incendiar sus casas y con toda suerte de represalias a los que pretendían no tomar parte en su movimiento; que éstos irrumpieron con violencia en el recinto de la Divina Sabiduría, que se atrevieron incluso a violar el presbiterio y que luego consiguieron fácilmente hacer descender al Patriarca y nombrarlo corifeo de su coro; que en medio de grandes gritos maldijeron al emperador y lo cubrieron de toda suerte de insultos al mismo tiempo que aclamaban a Isaac como la única persona realmente digna del Imperio.”⁸². Dicho en otras palabras, los insurrectos exaltan a Isaac con la venia de Cerulario, lo que constituye otra prueba de la complicidad entre éste último y aquél.

Miguel Atalíates, por su parte, apelando a un ingenioso juego de palabras pretende poner en duda la participación del patriarca de Constantinopla en la conjura contra Miguel VI, aunque uno de sus párrafos resulta condenatorio con efecto de cosa juzgada: “Al día siguiente Comneno se puso al frente de sus tropas y se abrió camino hacia la capital. Antes de que se aproximara a la costa opuesta de la Ciudad, algunos dignatarios tramaron una conjura contra el soberano de Constantinopla. Si Miguel Cerulario, cabeza del arzobispado y patriarca, participó en sus planes o no, no está nada claro; en todo caso, si tenemos en cuenta lo que se presumía entonces y lo que sucedió después, podemos sospechar que la verdad no se correspondía con las apariencias, y es que todos sus actos refrendaban y apoyaban con complicidad a Comneno y estaba al corriente de la conjura desde el primer momento, como lo estaba el vestarca”⁸³ Constantino Ducas, su hombre de confianza en razón de su amistad, rango y parentesco, ya que había desposado a una sobrina del patriarca, obteniendo de esta circunstancia un favor al que correspondía”⁸⁴. Con todo, a medida que avanza en sus relatos, Atalíates termina adoptando y exponiendo un argumento similar al esgrimido

⁸⁰ Ibid, Pág. 357.

⁸¹ Ibid, Pág. 358.

⁸² Ibid, Pág. 376. El recinto de la Divina Sabiduría es el mismísimo solar de Santa Sofía y el patriarca en cuestión no es otro que Miguel Cerulario.

⁸³ Vestarca: título honorífico concedido por los emperadores de Bizancio a partir del siglo IX, que implicaba para los beneficiarios nuevas funciones relacionadas con el servicio doméstico debido al soberano, como la del vestuario.

⁸⁴ Miguel Atalíates, “Historia”, Págs. 42 y 43, Cap. VII, Miguel VI Estratiótico. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

por Psellos en lo referente a los sucesos que estallan dentro del mismo recinto de Santa Sofía. Por tanto, acorde con sus palabras, cuando los conjurados corren en dirección a la gran iglesia de Justiniano I y se congregan en su interior, insultando al basileo y aclamando a Isaac Comneno, el patriarca no tiene más remedio que allanarse a sus deseos con el loable fin de evitar otro coletazo de la guerra civil. Con respecto a las motivaciones de los conjurados, el autor en cuestión indica que a éstos les guiaba la indignación a causa de haber sido traicionados en su buena fe por Miguel VI Estratiótico, ya que el emperador había vulnerado su palabra de no someterse al Comneno ni compartir con él el poder imperial. La traición del soberano era, pues, la causa de su cambio de bando y, al mismo tiempo, la razón que les impelía a exigir la abdicación de aquél. En suma, Atalates sostiene que Cerulario, para evitar la prosecución de los enfrentamientos entre hermanos, aceptó el desplazamiento de Miguel VI por Isaac Comneno, tal como lo exigía la muchedumbre congregada en el templo. *“Así, la ambigua decisión previa del patriarca se impuso sobre lo verosímilmente planeado por uno y otro bando, a consecuencia de lo cual comenzaron a tomar partido por Comneno y se vino abajo el poder del “Viejo” (tal era el nombre que le daba la facción que había conspirado contra él y ese apelativo prevaleció hasta hoy)”*⁸⁵.

También Skylitzes y Zonarás se refieren en sus respectivas obras a la conjura pergeñada entre la penumbra y el olor a incienso de Santa Sofía. Por ejemplo, el primero afirma que Miguel Cerulario envió al legítimo emperador una comitiva para conminarle a dejar el poder, tonsurarse y recibir a cambio el reino de los cielos en lugar del trono⁸⁶. Al mismo tiempo, otra embajada partía con presteza rumbo a Nicomedia para urgir a Isaac Comneno a presentarse en Constantinopla. Por su parte, Zonarás establece el siguiente diálogo en ocasión de apersonarse los enviados de Cerulario ante Miguel VI:

- ¿Qué me ofrecerían a cambio del reino? –pregunta el basileo.
- El reino de los cielos –le responde su interlocutor⁸⁷.

Asimismo, la cuestión relacionada con la presencia en Nicomedia de delegados enviados por Cerulario para requerir a Isaac Comneno su urgente desplazamiento a Constantinopla también es mencionada por Zonarás⁸⁸.

Entretanto, al otro lado de los estrechos, Isaac Comneno mantenía la calma en medio de la recalcitrante incertidumbre generada por el compás de espera que se había abierto al conocerse los sucesos que se estaban viviendo en Constantinopla. Inmersos en un mar de dudas, Leicudes, Psellos y Alopas se apresuraron en acudir a su tienda para obtener más datos cuando, súbitamente, un nuevo viajero se presentó en el lugar trayendo nuevas noticias:

- que el emperador había aceptado adoptar el hábito de monje,
- que la población de la capital aguardaba la llegada inminente del César y, por fin,
- que había una nave imperial aguardando en el fondo de la bahía, con los portadores de antorchas que le escoltarían hasta el palacio que antes perteneciera a Miguel VI⁸⁹.

⁸⁵ Ibid, Pág. 44. Atalates dice que Cerulario también accedió a pasarle a Isaac Comneno el apoyo de la jerarquía religiosa en bloque.

⁸⁶ Skylitzes, “*Sinopsis de la Historia Bizantina, 811-1057*” 499.67-75.

⁸⁷ Zonarás 18.3.25.

⁸⁸ Ibid 18.3.24

A Psellos la rutina desempeñada por el mensajero le pareció tan sobreactuada que prefirió mantenerse expectante, hasta que la llegada de nuevos emisarios, entre ellos uno de probada inteligencia y sentido común, terminó por convencerle de la autenticidad de los rumores.

La abdicación de Miguel VI, que efectivamente tuvo lugar ante la presión de Miguel Cerulario, es descrita con singular oratoria por Ataliates. En su *“Historia”*, el cronista destaca el altruismo y la munificencia del basileo caído en desgracia para gloria y regocijo de los conjurados: *“Dieron orden terminante al Viejo de tonsurarse sin más dilación, si es que tenía apego por la vida, pues tal era la voluntad del pueblo. Aunque los soldados de la corte⁹⁰ y sus allegados se aprestaban a defenderse del ataque enemigo, hacerle frente con premura y asegurar el poder del emperador, éste no lo aceptó, alegando que era cuestión de misantropía a la par que de egoísmo el consentir que, por su culpa, la capital del imperio se viera mancillada con vidas humanas. Y bajando su mirada hacia los rojos borcegués, Miguel dijo que por tales razones no traicionaría su piedad, arrojó las botas lejos de sus pies e inclinó la cabeza ante los que tenían la misión de tonsurarlo”⁹¹*. En otro pasaje, Ataliates describe el doloroso momento de transición en la vida de Miguel VI, cuando el cambio de hábitos ya se hubo consumado: *“El arzobispo⁹² lo recibió sonriéndole con actitud amistosa y le dio un beso a modo de saludo, a lo que el emperador respondió con un –que Dios te bendiga a ti también, obispo, como mereces- y quedó confinado en una de las casas patriarcales, situada en un lugar retirado de la parte alta de la ciudad, después de haber reinado un solo año”⁹³*. Psellos, por su parte, alejado circunstancialmente del centro de la escena política debido a su estadía obligada en Nicomedia, junto al usurpador, apenas regala un escueto último párrafo a la memoria de Miguel VI Estratiótico: *“El emperador Miguel el Viejo, después de cumplir el ciclo de un año en el imperio, descendió del poder. Sobrevivió apenas algo más de tiempo como un simple ciudadano. Luego abandonó esta vida”⁹⁴*. Valiéndose de su propia experiencia y atendiendo a sus propias impresiones, tanto Psellos como Ataliates ofrecen un vívido relato de los hechos, que se solapan unos con otros sincronizándose a la perfección. Ello no podría haber sucedido de otra manera si no atendemos a la evidencia de que, siendo los dos contemporáneos de los eventos que se relatan, a uno, Psellos, le tocó vivir la coyuntura junto a Isaac Comneno, en Bitinia, mientras que al otro, Ataliates, le correspondió hacerlo en Constantinopla, muy cerca de Miguel VI y de Cerulario. Todo lo cual se puede inferir a partir de sus propios escritos y de cómo se complementan entre ellos, obviamente, sin proponérselo.

Constantinopla recibe a Isaac Comneno.

⁸⁹ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Pág. 377. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

⁹⁰ La guardia varega.

⁹¹ Miguel Ataliates, *“Historia”*, Pág. 44, Cap. VII, Miguel VI Estratiótico. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

⁹² Miguel Cerulario.

⁹³ Miguel Ataliates, *“Historia”*, Pág. 45, Cap. VII, Miguel VI Estratiótico. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

⁹⁴ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Pág. 381. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

Una vez que las noticias del alzamiento contra Miguel VI, ocurrido en la capital imperial, alcanzaron el campamento de Isaac Comneno trayendo consigo información cada vez más precisa, se hizo patente que los resultados de las negociaciones mantenidas durante la víspera con Psellos, Leicudes y Alopas caían en saco roto. Fue tal la incertidumbre reinante a partir de la divulgación del rumor sobre la conjura, que Psellos y sus colegas apenas pudieron conciliar el sueño aquella noche. Y es que tenían con razón que el general victorioso de Polemón y Hades se tomara venganza de la pomposa retórica esgrimida por los delegados de Miguel VI cuando, con motivo de la primera embajada, le dieran a entender que se trataba de un usurpador con todas las letras. El terror de Psellos se ve reflejado con claridad en uno de los párrafos de su *“Cronografía”*: *“Creía que enseguida iba a ser inmolado como una víctima sacrificial, pues sabía que todos estaban furiosos conmigo y que no tardaría en morir masacrado y despedazado”*⁹⁵. Enorme fue la sorpresa del ministro y sus colegas cuando, a la mañana siguiente, mientras estaba alboreando, Isaac Comneno les mandó a buscar para pedirles consejo. Llama poderosamente la atención cómo a partir de ese momento Psellos deja de emplear el término *“César”* reemplazándole por el de emperador en el preciso instante en que se refiere a la persona del usurpador. Es casi también ésta la misma instancia donde el ministro subraya la tendencia de Isaac de considerarles cada vez más *“confidentes y consejeros de sus primeras decisiones”*⁹⁶.

Mientras la tonsura de Miguel VI en Constantinopla parecía ser un hecho consumado, en la orilla opuesta, Isaac Comneno, al decir de Skylitzes y Zonarás, mandaba a llamar a su lugarteniente, Catacalon Cecaumeno⁹⁷, y, dotándole de una considerable escolta, le enviaba delante, para que se trasladara de inmediato a Constantinopla y ocupara el palacio imperial. Pese a que ni Psellos ni Atalates mencionan el asunto, la medida adoptada por el usurpador guarda cierta lógica desde que controlar las puertas de la sede donde se ejercía el poder aseguraba a cualquier pretendiente al trono un alto porcentaje de éxito frente a otros competidores. Por fin, habiendo partido Cecaumeno, Isaac se trasladó con su guardia personal al puerto, y, seguido por Leicudes, Psellos y Alopas, decidió marchar él mismo en persona a reclamar el trono vacante.

El arribo del general asiático a Constantinopla es retratado con lujo de detalles por Miguel Psellos, gracias a su condición de espectador privilegiado. Flanqueando seguramente a los palafreneros del emperador, el súper ministro recoge en su obra la algarabía generalizada de la población capitalina, que salió a recibir a la comitiva iluminando con antorchas su paso, bailando en derredor de los corceles y perfumando con aromas de incienso el espacio abierto del entorno por el que aquélla avanzaba. Habiendo presenciado numerosas ceremonias de coronación y procesiones religiosas, Psellos se sorprende de lo esplendorosa y cálida que le resulta esta nueva experiencia. Y es que, acorde con su propio testimonio, parece ser que el súbito desenlace acabó subvirtiendo la vida misma de los constantinopolitanos, sacando incluso a los ascetas de sus solariegas ermitas en la cima de las montañas o en los huecos de las rocas y arrojándoles como cantos rodados a las calles de la capital imperial. Un espectáculo

⁹⁵ Ibid, Págs. 377 y 378.

⁹⁶ Ibid, Pág. 379.

⁹⁷ Acorde con Zonarás y Skylitzes, Isaac Comneno le confirió en ese momento la dignidad de Kouropalates.

portentoso. Así define el afamado ministro la entrada de Isaac Comneno en la Ciudad, que se produjo en horas del crepúsculo del 31 de agosto de 1057⁹⁸.

Sin dejarse impresionar por las mieles de la aclamación popular, el nuevo basileo hizo notar inmediatamente a Psellos su recelo y escepticismo ante las espontáneas muestras de apoyo: “*Me parece, amigo filósofo, que esta cima de éxito en la que nos hallamos es engañosa y no estoy seguro de que todo concluya de manera favorable*”⁹⁹. A lo que el ministro replicó con otro argumento metafísico alentándole a perseverar en las reflexiones filosóficas como una manera segura de atraerse la buena voluntad de la justicia divina en la prosecución por la “*derecha senda del éxito*”¹⁰⁰. Impresionado por la sapiencia y la oratoria de su interlocutor, Isaac le premió nombrándole presidente de la asamblea del senado. Como tantas veces en el pasado, Psellos volvía a subirse sobre la cresta de la ola, solo que en esta ocasión la situación era completamente distinta de las anteriores: por primera vez era ministro de un gobierno signado por la ideología de la aristocracia militar.

El primero de septiembre, luego de ocupar el palacio imperial, el nuevo emperador, al frente de un cortejo deslumbrante y seguido por una nutrida escolta, se dirigió a Santa Sofía para recibir la corona de manos de Miguel Cerulario. En el recinto de la gran iglesia asistió a la ceremonia subido a un estrado, donde el patriarca le ciñó la diadema imperial, proclamándole basileo, Isaac I Comneno, por la gracia de Dios. Entretanto, en el otro extremo de la ciudad, Miguel el Viejo o Estratiótico era conducido entre la penumbra de los pasillos episcopales a recibir la tonsura en su calidad de flamante monje. Limpiamente, Constantinopla había asistido no solamente a un cambio de emperador sino también a lo que todos suponían un cambio de régimen político¹⁰¹.

¿Fueron Psellos y Atalates capaces de advertir la significación del triunfo del Comneno en el horizonte imperial?

Si bien el presente trabajo se ha basado mayoritariamente en la información suministrada por fuentes primarias, es necesario destacar que entre éstas se ha dado preferencia a la “*Cronografía*” de Miguel Psellos y a la “*Historia*” de Atalates. Y es que ambos autores fueron testigos de uno de los hechos que, a pesar de pasar casi desapercibido a primera vista, signaría el destino del Imperio en la última parte del siglo XI y a todo lo largo del siglo XII: Isaac I Comneno llegaba al trono como el abanderado de la aristocracia terrateniente militar, cuyo poder se sustentaba en los latifundios de Asia Menor. ¿Pero fueron nuestros cronistas de cabecera capaces de advertir este detalle?

⁹⁸ Miguel Atalates también menciona la calurosa recepción dada por los constantinopolitanos al nuevo emperador.

⁹⁹ Miguel Psellos, “*Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio*”, Pág. 380. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

¹⁰⁰ Ibid, Pág. 380.

¹⁰¹ Todo parecía indicar que el poder detentado durante tantos años por la aristocracia terrateniente de los funcionarios civiles pasaba ahora a manos de la nobleza militar.

Sin dejar lugar a dudas se puede afirmar que a Psellos¹⁰² no le fueron indiferentes las consecuencias de la caída de Miguel VI. El hombre había construido toda una carrera como funcionario público, comenzando desde su juventud; su amigo Constantino Leicudes, instalado a la sazón en el senado, le había patrocinado en sus comienzos y su ayuda le había catapultado luego al rango de juez o gobernador provincial. Con poco más de 20 años, Psellos llegaría a desempeñar esa función en no menos de tres distritos enclavados en Asia Menor¹⁰³, justo dónde se hallaban las bases de operaciones de la nobleza militar. El primer gran espaldarazo para sus aspiraciones llegaría bajo el reinado de Miguel V Calafateador (1041-1042), cuando el doble filósofo tuvo el honor de ejercer como secretario imperial. Luego, con Constantino IX Monómaco (1042-1055), su ascenso se tornaría meteórico, alcanzando el rango de senador y, al mismo tiempo, de confidente del mismísimo basileo. Desde esta posición, y con altibajos en su carrera, Psellos siempre laboraría en beneficio de la clase dominante de turno instalada en las altas esferas de la administración imperial: la de los funcionarios y aristócratas civiles en esta primera etapa de su vida. No tanto por propia convicción ideológica sino más bien por sus habilidades y aptitudes camaleónicas, favorecidas por su versatilidad en el campo de la retórica y de la filosofía. Esto queda demostrado gracias a tres párrafos (aunque hay muchos más) de su propia autoría, extraídos al azar de su obra. El primero, incluido en el Libro VII dedicado a Constantino IX, está relacionado con la manera en que Psellos fue ocupando un lugar destacado en la corte de dicho soberano: *“El acceso al emperador estaba limitado para los demás y dependía de las circunstancias, pero en mi caso las puertas de su corazón se me abrieron entonces de par en par, de forma que se me revelaron todos sus secretos según fui avanzando poco a poco en el trato con él”*¹⁰⁴. En este caso, si bien todavía no se había planteado claramente el enfrentamiento entre nobleza militar y aristocracia civil, la desatención de Constantino IX a los requerimientos de la primera se hace patente con la revuelta de 1047, devenida como consecuencia de la falta de interés del basileo en defender las fronteras del Imperio.

El segundo párrafo en cuestión es esbozado por el cronista en los albores del reinado de Miguel VI el Viejo, un soberano que sería exaltado en función de los intereses del partido civilista: *“Una terrible enfermedad se apoderó pues de ella (Teodora). [...] Solo le quedó entonces un soplo de vida. Cuando todos vieron que su situación era desesperada, me refiero a aquéllos que formaban su entorno, se preocuparon enseguida del gobierno, pero también de su propia suerte, y comenzaron a deliberar al respecto. Digo esto no por que se lo haya oído a alguien sino por que yo mismo asistí a sus decisiones y conciliábulo, vi con mis propios ojos y escuché con mis propios oídos cómo la suerte del Imperio daba vueltas en sus manos como si de un juego de dados se tratara. El sol del mediodía no había alcanzado todavía su cenit, cuando la emperatriz, apenas con aliento vital, parecía próxima a fallecer. Los*

¹⁰² La fecha de nacimiento de Miguel Psellos puede establecerse a partir de uno de los párrafos de la *“Cronografía”*: *“Por aquel entonces yo iba a cumplir veinticinco años de edad...”*, escrito en los inicios del reinado de Constantino IX Monómaco (1042-1055). Lo que implicaría que los primeros Libros de su obra *“Cronografía”*, dedicados a Basilio II, Constantino VIII y Romano III Argiro, fueron escritos sobre la base de testimonios indirectos y de documentación oficial correspondiente a cada uno de dichos reinados (los cargos desempeñados posteriormente por Psellos le permitirían hacerse fácilmente de tales registros).

¹⁰³ Tracacios (sobre el valle del Meandro), Bucelarios (a un lado del río Halys) y Armenia (sobre el litoral pónico).

¹⁰⁴ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Pág. 246. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

servidores del trono, reunidos en una sala con su corifeo en el centro, estaban considerando a quién confiarían el gobierno por encima de los demás, de forma que después siguiera unido a ellos sin cambiar de propósito y garantizase su prosperidad”¹⁰⁵. Descripción que Psellos complementa con una segunda parte en la que no deja lugar a cuestionamientos sobre el signo político dominante: “Por lo tanto, a pesar de que la garantía de su poder se apoya en tres principios, el pueblo, el orden senatorial y el estamento militar, los emperadores se preocupan menos por el tercero y no tardan en repartir con los otros dos los beneficios que dimanaban del poder”¹⁰⁶. La marginación de los militares citada por Psellos equivale a la preeminencia de sus adversarios burócratas, signo inequívoco del sesgo civilista que en esos tiempos caracterizaba a la administración imperial.

Por fin, no es sino el tercer párrafo que se ha seleccionado el que viene a desenmascarar el oportunismo de Psellos a la hora de elegir entre su ideología y creencias y su ambición por mantenerse dentro del selecto grupo de influyentes colaboradores. El mismo pertenece al Libro IX, Miguel VI Estratiótico, y refleja cómo Isaac I Comneno ya había sucumbido ante la retórica y la elocuencia de Psellos antes de partir a Constantinopla a reclamar el trono vacante dejado por su tonsurado rival: “Ante esto sus ojos se cubrieron de lágrimas y dijo: Más apreciaba antes tu lengua cuando me fustigaba que ahora cuando me aclama y me adula. Empezaré, como dices, por ti, pues te considero el primero de mis amigos. Desde ahora yo te concedo el honor y el título de presidente de la asamblea del senado”¹⁰⁷. Si es que hasta Isaac Comneno ya se había percatado de las habilidades camaleónicas de su “nuevo amigo”.

Oscilando como péndulo entre gobiernos de diferente tinte político, y aunque a título personal se moviera en función de sus propios intereses, Psellos estaba al tanto de lo que se jugaban civilistas y militares. Con todo, no podría haber adivinado nunca el desenlace de la cuestión: el reinado de Isaac I duraría tan solo dos años y el doble filósofo moriría hacia 1078, es decir tres años antes de la ascensión al trono de Alejo I Comneno. Siendo que éste último vino a señalar el definitivo triunfo de los militares, y que los sucesores inmediatos de Isaac I restablecerían la preeminencia de los civilistas en el poder (1059-1081), podríamos asegurar sin temor a equivocarnos que Psellos partió a mejor vida con la firme convicción de que la victoria final había decantado hacia el bando de los funcionarios y burócratas. En suma, estando interiorizado de las disputas y apetencias de cada partido, el cronista nunca estuvo en condiciones de advertir las consecuencias reales de la ascensión al trono de Isaac I Comneno por el simple hecho de que las mismas se revelarían en toda su dimensión luego de la muerte del filósofo.

¿Y que hay con Ataliates? Pues con Ataliates se pueden extraer conclusiones similares dado que dicho historiador se ocupó de relatar los hechos acontecidos entre los años 1034 y 1079¹⁰⁸, es decir el mismo período que se corresponde con la génesis del enfrentamiento entre las distintas facciones de la aristocracia y, también, casi exactamente el mismo período que trata Psellos en su “Cronografía”. Quizá entre las diferencias más notorias se pueda citar que Ataliates nunca superó a su colega Psellos

¹⁰⁵ Ibid, Pág. 349.

¹⁰⁶ Ibid, Pág. 351.

¹⁰⁷ Ibid, Pág. 381.

¹⁰⁸ La fecha de nacimiento de Ataliates podría situarse hacia 1020, aunque algunos autores se inclinan en ubicarla entre 1030 y 1040.

en cuanto al grado de influencias ejercido en la corte y sobre los circunstanciales emperadores. Tampoco estuvo este cronista rodeado del selecto círculo de intelectuales que en su momento supo orbitar en torno a Psellos, en pleno renacimiento literario y filosófico. Por lo que su percepción de la realidad parecería más acotada que la de Psellos y, a la vez, menos contaminada. Pero lo que no se puede negar es que tanto uno como el otro supieron sacar partido de los breves interregnos donde la razón llevó preeminencia sobre la religión, significando ello un breve triunfo de la libertad intelectual¹⁰⁹.

Que Miguel Atalíates estaba al tanto de los crecientes problemas que representaban para el Imperio las diatribas entre civilistas y militares es una realidad palpable en su *“Historia”*. Por ejemplo, al escribir sobre el segundo reinado de Teodora, el cronista ya se refiere a las diferencias surgidas entre ambas facciones de la aristocracia y cómo ellas, para el caso que nos ocupa el ala civil, influían en las personas consagradas a ejercer la administración de los asuntos del Imperio: *“Cuando esta emperatriz se disponía a mudar su morada al Reino del más allá –reinó durante un año y ocho meses- los principales dignatarios de palacio empezaron a inquietarse por el sucesor al trono y, al aproximarse Teodora a su fin, decidieron no elegir a alguien capaz de llevar con resolución las riendas del poder sino, más bien, a una persona indolente, que se sometiera a su voluntad e, ingenua y despreocupadamente, no pretendiera arrebatarles el poder”*¹¹⁰. No es difícil entender el significado de las líneas expuestas por Atalíates: que el gobierno de los funcionarios civiles y burócratas se perpetuaba mediante la exaltación al trono de marionetas funcionales a sus propios intereses y sin importar la situación exterior del Imperio. Esta habilidad del partido civilista la vuelve a poner de manifiesto Atalíates en el primer párrafo del capítulo dedicado a Miguel VI Estratiótico: *“De modo que eligieron emperador a un anciano de nombre Miguel, que estaba familiarizado con los usos y costumbres de la administración y ocupaba a la sazón la dirección del departamento militar. Lo tenían por un hombre simple y llano, cuya consumada vejez les valdría el ser asociados al Imperio y actuar en todo como sus colaboradores y les permitiría plegarlo a sus voluntades y deseos”*¹¹¹. Obsérvese que, casi sin quererlo, el historiador está prácticamente deslizando la definición de lo que vendría siendo en el campo de la política, la figura del títere, por un lado, y del manipulador, por el otro. El partido civil,

¹⁰⁹ Tales intervalos de tiempo se situaron especialmente durante los reinados de Constantino Monómaco e Isaac I Comneno. En el caso de Monómaco, aprovechando algunas de sus reformas, y en el del Comneno, sacando beneficios de los enfrentamientos que a poco empezaron a sostener el emperador y Miguel Cerulario, su antiguo aliado contra Miguel VI.

¹¹⁰ Miguel Atalíates, *“Historia”*, Pág. 39, Cap. VII, Miguel VI Estratiótico. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9. Obsérvese cuan parecido es el párrafo de Atalíates referido a la sucesión de Teodora con respecto al que esboza Psellos en su *“Cronografía”* y que se transcribe a continuación: *“Una terrible enfermedad se apoderó pues de ella (Teodora). [...] Solo le quedó entonces un soplo de vida. Cuando todos vieron que su situación era desesperada, me refiero a aquéllos que formaban su entorno, se preocuparon enseguida del gobierno, pero también de su propia suerte, y comenzaron a deliberar al respecto. Digo esto no por que se lo haya oído a alguien sino por que yo mismo asistí a sus decisiones y conciliábulo, vi con mis propios ojos y escuché con mis propios oídos cómo la suerte del Imperio daba vueltas en sus manos como si de un juego de dados se tratara. El sol del mediodía no había alcanzado todavía su cenit, cuando la emperatriz, apenas con aliento vital, parecía próxima a fallecer. Los servidores del trono, reunidos en una sala con su corifeo en el centro, estaban considerando a quién confiarían el gobierno por encima de los demás, de forma que después siguiera unido a ellos sin cambiar de propósito y garantizase su prosperidad”* (Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Págs. 348 y 349. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0).

¹¹¹ *Ibid*, Pág. 40.

enquistado en el poder desde los días de Romano III Argiro¹¹², todavía seguía empleando los mismos métodos para lograr prevalecer sobre sus rivales bajo Miguel VI. La irrupción de los militares, motivada por el humillante trato dispensado por el Estratiótico al momento del reparto anual de presentes y dignidades, también es recogida por Atalíates en su obra, tal como Psellos lo hace en la suya: “*Por esta causa, un noble miembro de una familia ilustre de Anatolia, de nombre Isaac y de apellido Comneno, aireado por el ninguneo y ultrajado en ciertos altercados, mostró su enorme descontento y puso a otros militares en conocimiento de lo que sucedía. Éstos, a su vez, con el ánimo soliviantado por la anómala situación y abrumados por el pesar, le animaron a rebelarse; reunieron en breve un número suficiente de cómplices con los que se maduraron los planes de la conjura*”¹¹³. El alcance de la expresión “*un número suficiente de cómplices*” reunido en tan breve tiempo deja entrever dos cuestiones de singular importancia: una, que la aristocracia militar deseaba volver a recuperar el protagonismo perdido y, dos, que hacía largo tiempo que todas las voluntades de sus representantes se habían aglutinado en pos de la bandera del revanchismo.

En resumen, Atalíates y Psellos reportan detalladamente la batalla crucial que se estaba desarrollando en el seno de la sociedad bizantina hacia mediados del siglo XI; presentan de manera brillante las características, virtudes y defectos, de cada una de las fuerzas en pugna, pero increíblemente a raíz de la misma causa (la muerte de ambos antes de la ascensión de Alejo I Comneno en 1081), no pudieron conocer el desenlace de la lucha¹¹⁴. ¿Y qué fue lo que el natural ciclo biológico de vida y muerte les impidió ver a nuestros historiadores de cabecera? Para ser exactos, el principio del fin de una época, de un sistema de gobierno y de una manera de ver y de ejercer el poder. Todo lo cual iremos analizando junto con la obra de gobierno de Isaac I Comneno.

¹¹² Antes de ascender al trono, Romano III había estado al frente de toda la administración imperial en Constantinopla, representando en esa condición las aspiraciones e intereses de la nobleza de funcionarios.

¹¹³ Miguel Atalíates, “*Historia*”, Pág. 40, Cap. VII, Miguel VI Estratiótico. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

¹¹⁴ Algunos autores como Walter Emil Kaegi sostienen que la división en el seno de la aristocracia, entre terratenientes civiles y terratenientes militares, es obsoleta y que el ejército nunca representó una opción política unánime. En mi caso particular me inclino a creer lo contrario, dadas las comparaciones que se pueden establecer con otras situaciones pasadas y presentes.

El ascenso de los Comneno.

Isaac I (1057-1059).

Parte IV: El reinado de Isaac I Comneno. Primeros meses.

Isaac Comneno.

No es mucho lo que los cronistas contemporáneos mencionan acerca de la vida de Isaac durante su juventud, pero algo podemos rescatar a fin de conocer sus orígenes e ideología formativa. Por ejemplo, gracias a Briennio sabemos que sus padres eran Manuel Erotikos Comneno y María. Manuel se había enrolado en el ejército bajo el reinado de Basilio II, y, en su condición de general, había sido premiado con tierras en la zona de Kastamuni o Kastamon, en Paflagonia. En tiempos de la guerra civil, cuando Basilio II debió batirse con los Bardas (Skleros y Focas), el padre de Isaac asistió al emperador defendiendo la ciudad de Nicea y negociando con prudencia y sabiduría con Bardas Skleros. Su dedicación y entrega le valieron el nombramiento de estratego autócrator de todo el Oriente. Luego, sintiendo próximo su fin, entregó a sus dos hijos, Isaac y Juan, al cuidado del basileo (aproximadamente hacia 1020). Ambos hermanos pasarían los siguientes años de su vida internados en el monasterio de Studion¹¹⁵, completando su formación cultural, mientras el emperador les curtía en el arte de la guerra haciéndoles partícipes de sus expediciones.

En 1025, teniendo probablemente 20 años de edad, Isaac contrajo matrimonio con Catalina, hija del zar búlgaro Juan Ladislao y hermana de Trajano, Aaron, Alusian, Radomir y Presian¹¹⁶. Si bien para dicha fecha el primer imperio búlgaro ya era tan solo una anécdota, sus principales referentes habían aceptado incorporarse a la corte bizantina, recibiendo importantes dignidades como contrapartida por deponer las armas. De modo que la boda ayudó en cierta medida a Isaac a mejorar su posición relativa en el seno de la aristocracia y, al mismo tiempo, tejer una red de influencias cuyo valor se demostraría tiempo después, en los prolegómenos de la caída de Miguel VI Estratiótico.

El estrecho contacto con la sobria atmósfera cortesana imperante en los tiempos de Basilio II seguramente debió haber influido en la personalidad de los hermanos Comneno. Desde los mismos comienzos de su infancia ambos tuvieron la oportunidad de observar cómo el basileo ajustaba la estructura burocrática del estado romano a formas simples y sencillas, donde hasta la redacción de los documentos de cancillería se realizaba sin emplear las formas complejas y elegantes de antaño. Y es que la entronización de Basilio II y su exitoso reinado habían permitido al Imperio alcanzar la cúspide de su poder a costa del esfuerzo de personajes peculiares que, como el mismísimo emperador, no destacaban “*por su linaje, ni tenían una educación muy esmerada*”¹¹⁷, pero que obviamente poseían una fuerza de voluntad y un espíritu inquebrantables a la hora de laborar en beneficio del estado al que servían. La administración imperial llevada a cabo por el “*Matador de Búlgaros*”, basada en

¹¹⁵ El monasterio de Studion fue fundado a mediados del siglo VI por el cónsul Studios, en el barrio constantinopolitano de Psamathia. El edificio propiamente dicho sufrió duramente a causa de la caída de Constantinopla en poder de los cruzados, en 1204, y, posteriormente, con la conquista otomana (1453), cuando definitivamente quedó arruinado. Entre los monjes que descollaron dirigiendo en tanto que superiores los avatares del monasterio, se pueden citar a Sabbas y a San Teodoro Estudita.

¹¹⁶ Presian II, zar de Bulgaria en 1018.

¹¹⁷ Miguel Psellos, “*Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio*”, Pág. 93. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

principios rectores de eficiencia y eficacia y control y eliminación del gasto superfluo, sin ninguna duda debió haber influido en la formación ciudadana de los Comnenos. Como también la vocación combativa del basileo, que no dudaba en montar su caballo para salir a combatir a los pueblos del vecindario con tal de mantener la salud de su país y el bienestar de sus súbditos.

Las directrices impuestas por Basilio II para gobernar el territorio no se mantuvieron en el tiempo tras su muerte y su propio hermano, Constantino VIII echó por la borda toda la política de austeridad que había caracterizado el reinado de aquél. Seguramente debieron de haber sido tiempos de confusión y desconcierto para Isaac y Juan, quienes de manera súbita fueron testigos de la postergación cada vez más concienzuda que iba sufriendo uno de los elementos que había permitido la bonanza del Imperio: el ejército. A la vez que la burocracia estatal se fagocitaba todos los recursos acumulados con gran tesón durante los últimos cincuenta años. Por ello no debe sorprendernos cómo Psellos y el mismo Ataliates caracterizan el reinado de Isaac, que podríamos resumir con dos palabras: decisión y ejecución, ambas aprendidas durante sus años de mocedad, cuando Basilio II moldeaba con su fuerza de voluntad y carácter los contornos del Imperio. Veamos lo que dice cada uno por separado, en este sentido:

- Miguel Psellos: *“En efecto, nada más llegar al palacio imperial al caer la tarde, antes de sacudirse el polvo de la batalla¹¹⁸, cambiar de hábito y ordenar las ceremonias de purificación para el día siguiente, cuando todavía no había escupido siquiera el salitre marino y recobrado el aliento –tal como hubiera hecho quien alcanzase a nado el puerto después de escapar de forma venturosa y a duras penas de una gran tormenta en el mar-, enseguida empezó a gestionar la administración civil y militar, consumiendo en estas preocupaciones lo que aún quedaba del día y de la noche entera”¹¹⁹.*
- Miguel Ataliates: *“Una vez instalado en el poder, dirigió también su mirada a la magnitud de gastos del Imperio y de las soldadas del ejército; observó que las guerras contribuían a ello con los grandes dispendios que acarreaban y que necesitaban ser financiadas cuando se da la circunstancia de que los enemigos se han hecho fuertes y rebelado por doquier contra los romanos, comprobó lo indispensable que era procurarse dinero en abundancia, y actuó en consecuencia como un severo perceptor de impuestos con los que habían contraído deudas con el Estado”¹²⁰.*

El imperio antes de la ascensión de Isaac, según la óptica de Psellos.

Para que se pueda comprender en su real magnitud el grado del cambio propuesto por Isaac en los cánones de administración financiera e impositiva y en la reformulación de la burocracia, me gustaría esbozar primero la situación imperante en los años previos a su ascensión al trono, de manera de tener una base para efectuar la comparación pertinente. Y qué mejor que recurrir a Psellos y su prolífica oratoria para pincelar cada

¹¹⁸ Psellos se refiere aquí a la batalla de Polemón y Hades.

¹¹⁹ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Pág. 383. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

¹²⁰ Miguel Ataliates, *“Historia”*, Pág. 47, Cap. VII, Miguel VI Estratiótico. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

una de las aristas de los reinados que siguieron al de Basilio II el “Matador de Búlgaros”.

Así, pues, en relación al más famoso emperador de la dinastía macedónica, Psellos nos dice: “...*Basilio, que había vivido en el poder largos años, tantos como nunca gobernó ningún otro emperador, se hizo dueño de muchas naciones y depositó la riqueza que de ellas obtuvo en el Palacio Imperial, haciendo así que se multiplicaran los ingresos por encima de los gastos. De esta forma, cuando se fue de este mundo, dejó a su hermano Constantino en el tesoro cantidades indescriptibles de dinero*”¹²¹.

Luego, para caracterizar el reinado del hermano y sucesor de Basilio II, Constantino VIII (1025-1028), Psellos esboza las siguientes líneas declamando abiertamente un cambio fundamental en la manera de concebir y administrar el poder: “*Constantino, que había asumido la corona imperial en una edad avanzada después de haberla deseado desde hacía mucho tiempo, ni emprendió campañas militares para aumentar la fortuna heredada, ni pensó siquiera en preservarla, sino que, entregado a una vida de placeres, decidió gastarlo y consumirlo todo, de forma que si la muerte no se lo hubiera llevado enseguida, él solo habría bastado para hacer lo que muchos no pudieron: arruinar el imperio. Este fue el primero que empezó a corromper y a hinchar el cuerpo del Estado. Mientras a algunos de sus súbditos los engordaba mediante grandes sumas de dinero, a otros les confería dignidades ampulosas permitiendo que llevaran una vida mórbida y depravada*”¹²². En otras palabras, el Imperio asistía a los prolegómenos del encumbramiento de la aristocracia civil: la consolidación de los burócratas y su ulterior expansión, que Psellos relata apelando a una metáfora en la que esta es la enfermedad, y el estado bizantino, el cuerpo infectado sobre la que la misma se disemina sin hallar freno.

Con respecto al sucesor de Constantino VIII, Romano III Argiro (1028-1034), el doble filósofo griego señala: “... *Romano, pensando que tenía el poder en exclusiva por haberse extinguido ya la extirpe porfirogénita, creyó que pondría sólidos cimientos a un nuevo linaje similar a aquél. Y que tanto la administración civil como la clase militar estuvieran contentas y predispuestas a aceptar la sucesión en el seno de su familia, se apresuró a repartir entre ellas grandes sumas de dinero, incrementando así las dimensiones de aquel cuerpo excesivo y haciendo crecer la enfermedad. Así, mientras aquella naturaleza ya corrompida se vio hinchada por exceso de grasas, él fracasaba en sus dos objetivos, el de crear una nueva dinastía y el de dejar tras él un estado organizado*”¹²³. Estas breves líneas describen, pues, el mecanismo empleado por el antiguo eparca de Constantinopla para producir un cambio dinástico en el seno del Imperio, en beneficio de su propia familia: obviamente este era su fin último y el medio escogido para llevarlo a cabo, la distribución de cuantiosos recursos en detrimento del erario público; en otras palabras, comprar lealtades para acallar la defensa a ultranza que hacían los sectores más conservadores de los derechos al trono tanto de Zoe como de Teodora, hijas ambas de Constantino VIII. Y la compra de lealtades siempre estaba emparentada en estos casos con la entrega de dignidades y cargos, además de las consabidas sumas de dinero, con lo que se podría afirmar que Romano III promovió

¹²¹ Miguel Psellos, “*Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio*”, Págs. 389 y 390. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

¹²² Ibid, Pág. 390.

¹²³ Ibid, Pág. 390.

indirectamente la expansión de la burocracia, aunque también ayudó a fortalecer la base del poderío de la nobleza militar.

Luego, para matizar el reinado del sucesor de Romano III, Miguel IV “el Paflagonio” (1034-1041), Psellos emplea el siguiente párrafo: “... *Miguel pudo contener en gran medida el avance de los agentes infecciosos, aunque no llegó a tener tanto poder como para atreverse a aliviar, siquiera fuese en los más mínimo, aquel cuerpo acostumbrado a nutrirse de perniciosos fluidos y a hincharse con alimentos corrompidos, sino que él, aunque con moderación, contribuyó a cebarlo, dado que si no hubiera imitado al menos en una pequeña parte a los emperadores precedentes, habría muerto sin duda enseguida. No obstante, si él hubiera vivido más años en el poder, quizás sus súbditos hubieran llegado un día a aprender a comportarse de una manera más sabia. Pero era imposible que éstos no llegaran a reventar algún día después de haber engordado hasta el límite por la vida de bienestar que llevaban*”¹²⁴. Esta por demás claro que Miguel IV había aprendido la lección de su antecesor: no intentó desembarazarse de su esposa, Zoe, sino que más bien apeló a un leal pariente¹²⁵ para mantenerla bajo control. Pero a la vez que hacía esto, también se vio en la necesidad de adoptar medidas extremas para restablecer las finanzas, ya que el erario había sido exprimido al extremo por sus dos inmediatos antecesores en el trono. Aumentó los impuestos y extendió la aplicación de los mismos a las zonas recientemente conquistadas de los Balcanes, siendo los principales perjudicados, los aristócratas militares. En la lucha por el poder, el brazo civil de la nobleza empezaba a ocupar una posición mucho más ventajosa, ayudada por la necesidad de los emperadores por mantenerse en el palacio imperial al costo que fuera.

En el breve resumen que Psellos inserta en el libro dedicado a Isaac Comneno, sobre el reinado de sus predecesores, Miguel V el Calafateador apenas es mencionado de modo casi tangencial: “*Después de que muriese Miguel IV, ascendió a la atalaya del poder –por no mencionar a su sobrino, que después de haber tenido un reinado desdichado abandonó el poder de forma aún mas desdichada- Constantino el Evergeta –pues este era el nombre que le daba la mayoría-, me refiero al Monómaco*”¹²⁶. Miguel V (1041-1042), era sobrino de Miguel IV e hijo adoptivo de la emperatriz Zoe. Su breve reinado se caracterizó por tres medidas tomadas casi en forma simultánea: la destitución del todopoderoso eunuco Orfanotropeo, la recalcitrante liberalidad del emperador en la distribución de dignidades y prebendas entre los miembros del senado y la liberación de la cárcel de Jorge Maniaces y Constantino Dalaseno. En suma, el nuevo emperador recurría una vez más a las mismas herramientas con las que los basileos anteriores habían procurado mantenerse en el trono: compra de lealtades en detrimento del erario.

Para describir el gobierno de Constantino IX Monómaco (1042-1055), Psellos vuelve a recurrir a la metáfora del cuerpo enfermo, aunque la acompaña de una nueva e igual de original: “*Constantino IX había asumido el poder como si se tratara de una nave de carga que estuviera cargada hasta la misma línea de flotación y que solo por poco consiguiera remontar las corrientes del mar, y entonces la abarrotó hasta el borde mismo y consiguió hundirla, o mejor, por expresarlo de una manera más clara y volver a recuperar la imagen que usé antes: añadió gran número de miembros y partes*

¹²⁴ Ibid, Págs. 390 y 391.

¹²⁵ Juan Orfanotropeo, su hermano mayor, que era además eunuco.

¹²⁶ Miguel Psellos, “*Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio*”, Pág. 391. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

nuevas al cuerpo del Estado, ya desde hacía tiempo corrompido, e insufló fluidos aún más perniciosos en sus entrañas de manera que lo desnaturalizó, lo arrancó de la vida regalada y sociable en que se hallaba y poco faltó para que lo convirtiera en una bestia furiosa e indomable, pues había transformado a la mayoría de sus súbditos en monstruos de muchas cabezas y cientos de brazos”¹²⁷. Lo que puede inferirse del texto de nuestro autor de cabecera es que el basileo había abusado tanto de los mecanismos de “fidelización” que, bajo su reinado, el aparato burocrático era cuanto menos descomunal y consumía casi todos los recursos genuinos del estado. Para colmo de males, bajo el reinado de Teodora (1055-1056) la situación se mantuvo sin cambios, tal como nos lo permite conocer la “Cronografía”: “Después de él, la emperatriz Teodora, convertida en soberana legítima, pareció no querer enfurecer demasiado a aquella fiera extraña y así también ella, inadvertidamente, le añadió nuevos brazos y piernas”¹²⁸.

Miguel VI el Viejo, finalmente, también es denostado por Psellos y acaba engrosando la consabida metáfora del cuerpo infectado empleada por el doble filósofo para caracterizar al corrompido Imperio: “Miguel el Viejo fue incapaz de controlar el movimiento del carro imperial y los caballos lo arrastraron enseguida. Dejó así que las carreras se desarrollasen desenfundadamente en el escenario del Hipódromo, mientras él, aturdido por el estruendo, dejó su puesto de auriga y se quedó de pie como mero espectador. Cuando habría sido pues preciso que reaccionase y no aflojase demasiado las riendas, él en cambio daba la impresión de despojarse de su autoridad y volver a su vida anterior”¹²⁹. La metáfora de la carrera de carros en el escenario del Hipódromo hace alusión al devenir de los acontecimientos en el ámbito del Imperio, en una sucesión de hechos que encuentra al emperador como un simple observador de los mismos. En otras palabras, la burocracia ha adoptado un cariz tan independiente y omnipresente que parece haber adquirido vida propia, a la vez que la figura del basileo no pasa de desempeñar un elemental papel decorativo.

Psellos, que tanto había contribuido a alimentar el descomunal aparato administrativo estadual y, con él, a la nobleza de funcionarios civiles, parece en este punto repudiar su propia esencia, dado que a continuación sugiere medicinas alternativas para restablecer la salud del cuerpo enfermo de su metáfora: “A esta primera fase, que convirtió en fieras a la mayoría de los hombres y los hizo engordar hasta tal punto que habrían necesitado dosis masivas de purgantes, era preciso que sucediera otra muy distinta, me refiero a una de amputaciones, cauterizaciones y purgaciones”¹³⁰.

El imperio antes de la ascensión de Isaac, acorde con la visión de Ataliates.

La alocución de Miguel Ataliates relacionada con el gobierno de los predecesores inmediatos de Isaac I Comneno se remonta al reinado de Miguel IV, por lo que cualquier comparación con la obra de Basilio II se pierde irremisiblemente de vista. Con todo, aún es posible extraer algunas jugosas conclusiones a partir de determinados párrafos de su obra. En primer lugar aclarar que, al igual que Psellos, este autor

¹²⁷ Ibid, Pág. 391.

¹²⁸ Ibid, Pág. 391.

¹²⁹ Ibid, Págs 391 y 392.

¹³⁰ Ibid, Pág. 392.

reconoce cierto mérito en la obra de gobierno de Miguel IV el Paflagonio. Al referirse a la rebelión de los búlgaros y eslavos del año 1041, motivada por la propia presión impositiva dispuesta por el emperador y su hermano, el eunuco Orfanatropo, Ataliates nos describe a un Miguel IV activo y resuelto a la hora de enfrentar el difícil trance: “... pero Miguel, en cuanto entró en la ciudad imperial, apresuró los preparativos de guerra y, olvidándose de la enfermedad que lo aquejaba (sufría de epilepsia o, según otros, de una afección melancólica), reclutó de inmediato un ejército en todas las provincias y tras alcanzar con estas fuerzas Sérδικa, hoy llamada Triaditza¹³¹, y por ella el Ilírico, aplastó tras duros combates la rebelión y conquistó su territorio, que es grande y está lleno de estrechos pasos y que, durante muchos años, se había resistido a los anteriores emperadores gracias a lo intrincado de sus desfiladeros”¹³². No dice nada en cambio Ataliates sobre los motivos que llevaron a las poblaciones de los Balcanes a empuñar las armas contra el poder central: la extensión de los tributos a los territorios conquistados por Basilio II en esas latitudes, a comienzos del siglo XI. La cara oculta del incremento de la base impositiva es precisamente lo que este historiador no atina a reconocer: el despilfarro de los recursos del erario como consecuencia de la política vilipendiosa implementada ya desde los días de Constantino VIII, y, al mismo tiempo, el ansia desenfrenada de la corte por mantener sus prebendas. En definitiva, Miguel IV había acudido con presteza a apagar el incendio que su propia política de descontrol había generado.

Con respecto al breve reinado de Miguel V, Ataliates nos da, casi sin proponérselo, una pauta acerca del manejo discrecional de dignidades y cómo el mismo generaba nuevos ricos y poderosos, que no son otra cosa que los innumerables brazos a los que Psellos alude en sus metáforas: “Sin embargo quitó de en medio, uno por uno, a sus familiares, que eran numerosos y ricos, pero que se entrometían en los asuntos de estado”¹³³. No debemos perder de vista en este punto, que Miguel V Calafateador era sobrino de Miguel IV Paflagonio y, por ende, del eunuco Juan Orfanotropo. De entre toda la familia de los Paflagonios¹³⁴ el Orfanotropo era el más capaz y, al mismo tiempo, el más ambicioso. Además de Juan y Miguel, había otros tres hermanos: Nicetas, que era prestamista, y Constantino y Jorge, ambos eunucos como Juan, que se dedicaban a la venta de talismanes y objetos relacionados con la magia. Y por supuesto, una hermana, María, casada con Esteban, y madre de Miguel V. Ataliates también se refiere al destino dado a cada uno de ellos por obra del Calafateador: “envió a destierro a perpetuidad al monje y orfanatrofo Juan, que era su cabecilla y que, como valido, había gobernado los asuntos del imperio, y al resto, ya fueran adultos y con barba, ya adolescentes, los hizo castrar.”¹³⁵. El celo de Miguel V en cuidar sus espaldas de su propia familia y de asegurar para su simiente el trono imperial ocasionaría su propia caída cuando su madre adoptiva, Zoe, fuera deliberadamente confinada en el monasterio de la Metamorfosis, en la solariega isla del Príncipe.

En cuanto al siguiente marido de Zoe, Constantino IX Monómaco, devenido en nuevo emperador gracias a dicho matrimonio, Ataliates nos refiere algunas pistas

¹³¹ La moderna Sofía, capital de Bulgaria.

¹³² Miguel Ataliates, “*Historia*”, Págs. 7 y 8, Cap. III, Miguel IV Paflagonio. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

¹³³ *Ibid*, Pág. 10. Cap. Miguel V Calafates.

¹³⁴ Se le llama así en virtud de que la misma procedía de la provincia de Paflagonia, en Asia Menor.

¹³⁵ Miguel Ataliates, “*Historia*”, Pág. 10, Cap. IV, Miguel V Calafates. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

relacionadas con su prodigalidad en el reparto de dignidades y dinero: *“Monómaco resultó ser un emperador más benéfico que los anteriores y honró prácticamente a todos con dignidades imperiales y generosas dádivas, beneficiando así a sus súbditos”*¹³⁶. La consabida práctica de ganar adeptos a través de aquella antojadiza y caprichosa práctica hallaría en la persona de Monómaco, un antiguo senador, a uno de sus máximos referentes y patrocinadores. El ascenso de la aristocracia civil y el auge de la burocracia registrado en este periodo, tanto como el encumbramiento de Miguel Psellos como principal representante de la vida espiritual del Imperio son recogidos también por Ataliates en su *“Historia”*: *“Fundó un museo de legislación poniendo a su frente a un custodio de las leyes, pero también se preocupó de la excelsa enseñanza de la filosofía y eligió como proedro de los filósofos a un hombre que se distinguía entre sus contemporáneos por su saber”*¹³⁷. *Animó a los jóvenes al cultivo de las letras y las ciencias, facilitando su labor con profesores y recompensando sus dotes oratorias con premios imperiales. Fundó también un departamento de derecho civil, llamando a su presidente con el nombre de encargado de los juicios. En él, por una parte, los jueces de las provincias redactan las actas y, por otra, se depositan las copias de los registros para evitar toda sospecha”*¹³⁸.

Fue sin lugar a dudas el reinado de Constantino IX Monómaco un periodo de bonanza sin precedentes para los intelectuales, muchos de los cuales yacían enquistados en los solapamientos de la estructura estadual, gastando a mano llena y sin ningún tipo de control, a juzgar por lo que Ataliates describe cuando se refiere al legado de la obra de dicho basileo: *“Fue un buen gobernante, de ilustre linaje, pródigo en dádivas y proclive a beneficiar a sus súbditos que se preocupaba por conseguir victorias militares y hacía frente a los enemigos en la medida de sus fuerzas; pero sus inclinaciones lo hacían sensible a los lujos de una vida relajada y no sabía resistirse a la llamada de Afrodita. Le gustaban los objetos delicados, las chanzas de los bufones, las ocasiones de solaz y todo cuanto el alma animal traba y une de raíz”*¹³⁹. Esta claro, a juzgar por las propias palabras del autor, que a medida que el recuerdo de Basilio II se tornaba más endeble desvaneciéndose por la lejanía en el tiempo, más dilapidadores y de fácil pasar resultaban ser los nuevos emperadores. Y si no, veamos el párrafo que Ataliates ensaya a renglón seguido: *“También había construido edificios nuevos en diferentes lugares y era una de sus mayores preocupaciones exornarlos con restauraciones incesantes. Pero lo que prefería por sobre todas las cosas era el monasterio en el que había erigido una magnífica iglesia que lleva el nombre del célebre santo y mártir Jorge, que fue embellecida con otras construcciones imperiales y constituía un lugar sumamente placentero por los prados que la rodeaban y sus plantas primaverales, hasta el punto de que los espacios al aire libre rivalizaban con los edificios y quien contemplaba la armonía de unos y otros experimentaba un gran placer”*¹⁴⁰. Esto, en cuanto al uso de las reservas atesoradas en los tiempos del Matador de Búlgaros, un agujero en las finanzas del Imperio que cada vez era más difícil de sobrellevar. Luego, en relación a las excentricidades de Monómaco, una faceta desconocida en la vida de Basilio II, Ataliates agrega: *“Estando por naturaleza dotado para los grandes proyectos y siendo pródigo en gracias imperiales, también hizo traer de tierras extranjeras, para sus*

¹³⁶ Ibid, Pág. 15. Cap. Constantino IX Monómaco.

¹³⁷ Miguel Ataliates alude aquí al propio Miguel Psellos.

¹³⁸ Miguel Ataliates, *“Historia”*, Págs. 17 y 18, Cap. V, Constantino IX Monómaco. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

¹³⁹ Ibid, Pág. 36.

¹⁴⁰ Ibid, Pág. 36.

súbditos, especies poco comunes de animales, entre las que se encontraba el elefante, el mayor de los cuadrúpedos, que produjo maravilla entre los constantinopolitanos y demás romanos que lo vieron pasar”¹⁴¹.

Las referencias aportadas por Ataliates en torno al reinado del sucesor de Constantino IX, Miguel VI Estratiótico (1056-1057), tampoco son para nada halagüeñas en lo referido al manejo concienzudo y medido de la cosa pública. *“Que el poder estuviera así repartido entre muchas y muy distintas personas y que todos sus ministros dejaran patente su sed de poder suscitó gran revuelo y confusión entre los aristócratas y el pueblo, quienes apelaban a los principios de la democracia, pues la prosperidad era privilegio exclusivo de aquella facción y de las personas de un modo u otro vinculadas al emperador, tanto si se dedicaban con empeño al interés general como si le aportaban solo perjuicios e ineficacia, mientras que los demás carecían de voz, aunque se sometieran a su estúpida inocencia y vanagloria”¹⁴².* También ya se ha visto cómo en el reparto anual de dignidades y dádivas, este basileo ofendió a los aristócratas militares de Asia menor, encabezados por Isaac I Comneno, llevándoles a tomar las armas contra el poder central.

Habiendo pues resumido el gobierno de cada uno de los emperadores que reinaron en Bizancio desde la muerte de Basilio II, acaecida en 1025, hasta la deposición de Miguel VI el Viejo, se podrá comprender la premura con la que Isaac I decidió acometer la labor restauradora. En su mente aún pervivían los recuerdos de la sobria y eficaz administración de Basilio II y, al contrastarles con las experiencias vividas bajo sus sucesores, quedó claro para el Comneno que había llegado el momento propicio para dar el golpe de timón que facilitara un retorno a las fuentes. Esto, al menos en cuanto a los principios rectores de la administración estadual, ya que no de la legislación que defendía al minifundio, cuya presencia había menguado a la par que la autoridad del poder central frente a la nobleza civil y militar.

El reinado de Isaac I Comneno. Primeras medidas administrativas.

Si la “feudalización” de un estado no es otra cosa que una medida de la pérdida de autoridad del poder central frente a las fuerzas centrífugas que pretenden su descentralización y traspaso hacia las bases, quedó claro que con la ascensión al trono de Isaac I la aristocracia militar pudo saborear las mieles de la victoria que antes se le habían negado cuando los enfrentamientos entre Basilio II y los generales Bardas Focas y Skleros. Hacia 1057 existían aún soldados campesinos y labradores libres que cultivaban la tierra acorde con la legislación antilatifundista implantada en el siglo precedente por los primeros soberanos de la dinastía macedónica. También seguía vigente el sistema de *themas* establecido desde los tiempos de Heraclio (610-641), en virtud del cual el estado bizantino había reunificado en las manos de una sola persona el poder civil y militar de una jurisdicción o provincia. Con todo, la degradación sufrida por la legislación que protegía los intereses de la pequeña propiedad frente a los terratenientes auguraba un período de años amargos para la defensa de las fronteras, salvo que la disminución de soldados campesinos fuera compensada mediante la

¹⁴¹ Ibid, Pág. 36.

¹⁴² Miguel Ataliates, “Historia”, Pág. 40, Cap. VII, Miguel VI Estratiótico. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

contratación de los poco fiables mercenarios. Pero para conseguir esto había que propiciar primero la acumulación de recursos, lo que dependía a su vez de un efectivo control del gasto y de un manejo más racional de los recursos del estado. Una alternativa al empleo de mercenarios consistía en volver a poner en circulación tierras inmovilizadas en poder del clero y del latifundio, que antes habían pertenecido a trabajadores libres y que habían decantado hacia los poderosos debido a la desesperante situación de los sectores más débiles. La inclusión de tierras ociosas al circuito productivo redundaría obviamente en la ampliación de la base impositiva o, en el peor de los casos, en la obligación de los campesinos beneficiados con la medida a prestar servicio militar. Con todo, hacia donde quiera que se moviese, el basileo acabaría despertando la animosidad de algún sector de la sociedad, cuyos derechos acabarían siendo ignorados en pos del bien común.

Ni bien Isaac se hubo establecido en el palacio imperial pudo comprobar el estado deplorable de las finanzas y la acuciante situación del erario, que solo reconocía bóvedas vacías donde treinta años antes había habido pilas interminables de talegos de oro. Desde el primer instante sus decisiones persiguieron el objetivo supremo de volver a lograr el superávit de las cuentas públicas y niveles de ahorro acordes con los requerimientos de defensa. En este sentido, las principales disposiciones dictadas por el nuevo emperador se centraron en confiscaciones a gran escala y en recortes presupuestarios de los que solo se salvó el ejército imperial.

En relación con los recortes al presupuesto, Miguel Atalates llega a ser muy gráfico en su obra: *“Por otra parte, fue el primer emperador que recortó el presupuesto de la administración; como un cazador insaciable, de todas partes extraía dinero”*¹⁴³. Pero no es sino Psellos quien gana en retórica y elocuencia cuando se refiere a la colosal tarea de reformular el estado emprendida inmediatamente por el Comneno: *“Ahora bien, si el emperador, del mismo modo que en los otros terrenos, con pequeños avances y progresos, había enderezado el rumbo del Estado, también hubiera purgado a la administración civil de la enfermedad que la consumía, rebajando al principio su maligna inflamación y aplicándole luego la pertinente cura, sin duda se habría visto eternamente coronado de elogios y el cuerpo del Estado no habría padecido conmoción alguna”*¹⁴⁴. Todo lo cual nos da una idea de improvisación y falta de tacto al momento de acometer la grandiosa tarea: improvisación por que, según parece, el emperador actuaba bajo la apremiante necesidad de lograr liquidez a cualquier costo y, falta de tacto, por que en lugar de avanzar gradualmente con su proyecto, Isaac resolvió acometerlo todo al mismo tiempo y sin reparar en el ánimo de los afectados por las medidas. Un grave error de cálculo que, como veremos más adelante, condicionaría toda su labor.

Las expropiaciones a gran escala, a su vez, llevaron al emperador a apoderarse de muchas tierras sin el debido sustento legal, lo que encendió el descontento generalizado entre los sectores afectados. Pero no fue sino la decisión de incluir entre los expropiados al mismísimo clero lo que colocó al basileo en el ojo de la tormenta. La justificación que hacen tanto Psellos como Atalates del proceder intempestivo de Isaac con respecto a los bienes de la iglesia oriental se sustenta en el hecho de que gran parte de la sociedad bizantina miraba con malos ojos el desafortunado enriquecimiento logrado por los monjes

¹⁴³ Ibid, Pág. 47, Cap. VIII, Isaac I Comneno.

¹⁴⁴ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Pág. 388. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

en los últimos tiempos y cómo tal enriquecimiento les había hecho perder de vista el fin último y la razón de su existencia, que era velar por la salud espiritual de los fieles y procurar su partida hacia el Paraíso en el momento preciso en que les visitase la parca. Psellos, por ejemplo, se refiere a ello de la siguiente manera: “*Continuando luego con esta progresión, añadió a la lista de los desposeídos también a los quemadores de incienso*¹⁴⁵, a los que privó de la mayor parte de las prebendas asignadas a sus templos e hizo que fueran tributarios del fisco. Se les dejó solo lo que se calculó que les bastaba para vivir, haciendo que el nombre de lugares de ascesis adquiriera para ellos un significado real”¹⁴⁶. Entretanto, Miguel Ataliates se despacha con un párrafo similar al de su colega: “*El emperador se abalanzó también sobre algunos monasterios*¹⁴⁷ que poseían grandes fincas y ricas explotaciones que no desmerecían en nada a las que engrosaban el tesoro imperial y les quitó muchas de ellas, dejando a los monasterios y a los monjes una cantidad suficiente bajo control fiscal y destinando lo sobrante a las arcas del Imperio. Puede dar la impresión de que tal actitud era irregular o impía y sugerir de entrada a las gentes piadosas que se trataba de algo similar al saqueo de un templo, pero, a los que juzgan los hechos con circunspección, tal medida no resultaba en lo absoluto fuera de lugar, porque se estimaba que era doblemente útil: por un lado apartaba a los monjes de preocupaciones inadecuadas a su estado y alejaba de los asuntos crematísticos a quienes estaban educados en la pobreza; por otro, no les privaba de nada acorde con sus necesidades y liberaba de su carga a los campesinos de la vecindad. Y es que los monjes descuidaban sus obligaciones para atender a la suntuosidad y opulencia de sus propiedades, pues su codicia había llegado a ser enfermiza y a dominarlos y, en las ocasiones que llevaban a juicio a sus adversarios, eran ellos quienes ganaban gracias al peso de sus propiedades y de su dinero y por que estaban exentos de rendir cuentas sobre ellos, y reclamaban su devolución si vencían a sus oponentes.”¹⁴⁸. Detrás de tan florido lenguaje, los párrafos de uno y otro autor no hacen más que revelar las diferencias surgidas en el seno de la sociedad bizantina y que el gobierno de los burócratas y funcionarios civiles había contribuido a agudizar en perjuicio de la capa más pobre de pequeños cultivadores, obligados a la sazón a trabajar las tierras del clero.

En todo caso, la resistencia inicial que halló el emperador ni bien puso en práctica su plan para reflotar las finanzas pronto fue acallada por la contundencia de los resultados obtenidos. Por caso, Ataliates asegura que “*la hacienda pública aumentó sus ingresos, lo que supuso un respiro más que regular, exento de cualquier perjuicio a terceros*”¹⁴⁹. Mientras que Miguel Psellos resume la impresión causada en la sociedad merced al siguiente párrafo: “*Estas acciones conmocionaron de momento a muchas personas, pero luego la calma se impuso en los ánimos de la mayoría de ellas, ya que el saneamiento de las finanzas bastó para refutar a los que querían criticar las acciones del emperador*”¹⁵⁰.

Otros autores también se refieren a la voracidad fiscal del nuevo emperador. Por ejemplo, Skylitzes asegura que, en vista de la escasez de numerario, el basileo se

¹⁴⁵ Los monjes.

¹⁴⁶ Ibid, Pág. 395.

¹⁴⁷ Los lugares de ascesis a los que se refiere Psellos.

¹⁴⁸ Miguel Ataliates, “*Historia*”, Pág. 47, Cap. VIII, Isaac I Comneno. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

¹⁴⁹ Ibid, Pág. 48, Cap. VIII, Isaac I Comneno.

¹⁵⁰ Miguel Psellos, “*Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio*”, Pág. 395. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

convirtió en un recaudador exigente de fondos por las deudas debidas al fisco, empeñándose asimismo en reducir las dietas de los funcionarios y senadores, eliminar los gastos innecesarios para favorecer el ahorro, aumentar las propiedades de la corona mediante la confiscación de propiedades privadas, cosa que se logró haciendo caso omiso del espíritu de las crisóbulas emitidas, sin mencionar el asunto de las expropiaciones de tierras improductivas monásticas¹⁵¹. Del mismo modo, Juan Zonarás, sin quedarse atrás, recoge sus propias observaciones al respecto y, al igual que el resto de los cronistas, destaca que las medidas del basileo no distinguían entre débiles o poderosos, afectando por igual a cada individuo de la sociedad, inclusive al omnipresente clero y a los hasta hace poco intocables senadores. Entretanto, el emperador volvía a dar prioridad al ejército, repartiendo las dignidades correspondientes según los méritos demostrados en la campaña contra Miguel el Viejo y despachando de regreso a las tropas a sus bases asiáticas, con la condición que acudiesen a su llamado para luchar contra los bárbaros ni bien él se los ordenase.

Nubarrones sobre el horizonte. Miguel Cerulario.

En la figura de Isaac I Comneno, el estado bizantino halló a la persona indicada para confrontar la desesperante situación interna generada por años de descontrol y débiles gobiernos. Pero su irrupción en el poder se produjo irremediamente justo cuando otra personalidad fuerte manejaba la vida espiritual del Imperio desde el solio patriarcal: Miguel Cerulario. Aunque aliados por necesidad desde los comienzos de la revuelta contra Miguel VI Estratótico, pronto se haría patente que la calma entre ellos no duraría mucho. Miguel Atalates nos refiere el espeso clima que se vivía en Constantinopla en los primeros meses del reinado del Comneno: *“Por aquel tiempo el patriarca, exaltado por el sentimiento de superioridad, creyéndose con más autoridad sobre todo tipo de asuntos de la que correspondía su cargo y confiado en la benevolencia del soberano, en innumerables ocasiones lo reprendía cuando una decisión imperial no le complacía, valiéndose unas veces de actitudes y consejos paternales y, otras, de órdenes insultantes y amenazadoras para oídos desacostumbrados por las alabanzas y las palabras agradables y lisonjeras, de modo que al poco tiempo se enemistó con el emperador, quien acabó por considerar insultante lo que hasta entonces tenía por consejos”*¹⁵².

En este punto cabría preguntarse si la reivindicación del poder temporal hecha por Miguel Cerulario era a título personal o en representación de la Iglesia Oriental en su conjunto. Acorde con las palabras de Atalates, parece ser que el patriarca apoyaba firmemente la idea de su preeminencia por sobre la del basileo, lo que daría a pensar en una reivindicación al mejor estilo romano del poder temporal. El caso es que, habiendo ocupado el solio patriarcal en 1043, Cerulario se había movido desde entonces casi con total impunidad aprovechando la débil personalidad del emperador de turno, Constantino IX Monómaco, y ya en 1054 había demostrado su poder en ocasión del Cisma de Oriente. El caldo de cultivo que había propiciado la separación de las Iglesias

¹⁵¹ La *“Skylitzes continuatus”* es una crónica que cubre los años 1057-1079 y que bien puede atribuirse a Juan Skylitzes, dada la similitud de estilos que solo reconoce diferencias apenas perceptibles que pueden obedecer a la maduración artística de dicho autor.

¹⁵² Miguel Atalates, *“Historia”*, Pág. 48, Cap. VIII, Isaac I Comneno. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

en ese entonces, reconocía básicamente tres ingredientes esenciales al decir de Ostrogorsky: “*un papado opuesto a cualquier situación de compromiso, un patriarcado igualmente fuerte y embargado por la convicción de su propia soberanía; y junto a ellos un emperador débil incapaz de oponerse a la marcha de los acontecimientos*”¹⁵³. Las causas, entretanto, eran en esencia las mismas que habían atribulado el patriarcado de Focio en el siglo IX: la controversia en torno a la *filioque* y otras relacionadas mas que todo con los usos y las costumbres de ambas iglesias tal como las diferencias suscitadas en torno al empleo del pan fermentado o ácimo, el celibato eclesiástico y el ayuno sabático romano. Constantino IX, que en un principio había dado su apoyo a la delegación romana empezó a titubear ante la presión de Cerulario, de modo que cuando los legados papales depositaron una bula de excomuni3n contra el patriarca, el 16 de julio de 1054, nada estaba resuelto aún, al contrario de lo que creían los emisarios occidentales. En este crucial punto de las disputas teol3gicas, el omnipotente Cerulario consiguió hacer torcer las simpatías del endeble Mon3maco en su favor, y él mismo se dio el lujo de contraatacar reuniendo un sínodo para hacer probar su propia medicina a sus enemigos. Lo cierto es que, envalentonado por tal despliegue de poder y favorecido por la laxitud del basileo, el patriarca seguramente empezó a pensar con seriedad en la posibilidad de recrear una entidad religiosa que tuviese los mismos aditamentos de su par romano. En otras palabras, favorecer un reordenamiento de las relaciones de autoridad entre la Iglesia y el Estado bizantino con una mejora ostensible en el posicionamiento de la primera.



La Déesis: La Virgen María (izquierda), Cristo (centro) y San Juan Bautista (derecha). Mosaico de Santa Sofía. Como parte de las tratativas para obtener el apoyo del patriarca Miguel Cerulario, Isaac I concedió administración financiera independiente a la gran Iglesia de Justiniano I.

Desde el Gran Cisma de 1054 las manifestaciones de poder hechas por Cerulario, se sucedieron sin solución de continuidad y fueron recogidas por algunos cronistas contemporáneos, casi sin darse cuenta de su significación. Por ejemplo, de la obra de Psellos podemos rescatar dos pasajes a este respecto, estrechamente vinculados entre sí, que ineludiblemente ponen de manifiesto la importancia adquirida por el patriarca de Constantinopla en el devenir de los asuntos inherentes a la corona imperial. El primero de ellos es un consejo que Psellos da a Miguel VI Estratiótico para salvar el trono frente a las aspiraciones del usurpador Isaac Comneno, y al cual ya nos hemos referido: “*Puesto que sabía que se había enfrentado al Gran Arzobispo por una divergencia de opiniones y que aquél estaba resentido contra él, el primer consejo que le di fue que*

¹⁵³ Georg Ostrogorsky, “*Historia del Estado Bizantino*”, Pág. 331, Akal Editor, 1984.

pusiera fin a todas las discrepancias que tenían y concertase con él pensamientos y propósitos, pues en aquellos momentos el poder de éste era determinante y habría podido apoyar a los usurpadores si el emperador no se les adelantaba y no se aseguraba su fidelidad sin ambages”¹⁵⁴. Esta claro que mientras que la autoridad de Miguel el Viejo parece diluirse entre su propia impericia e incompetencia, la de Cerulario resplandece desde el firmamento como un llamador para almas necesitadas de respaldo. El segundo pasaje que pone de relieve la importancia trascendental adquirida por el patriarca está estrechamente ligado al anterior: “Luego, no obstante, se abstuvo de seguir el primer consejo, cuyo simple incumplimiento bastó para llevarle a la ruina...”¹⁵⁵. El autor se refiere aquí a las consecuencias que le acarrearón a Miguel VI el hecho de haber desatendido su sugerencia de acudir a Cerulario en busca de ayuda. Que un emperador legítimo tuviese que recurrir al patriarca para proteger sus derechos frente a las apetencias de un usurpador nos da la pauta de hasta dónde había crecido la figura de Cerulario justo antes de la entronización de Isaac I Comneno.

Ataliates, por su parte, también nos ofrece un vívido relato sobre cómo el Gran Arzobispo se cobró el apoyo prestado al Comneno en vísperas de la deposición del Estratiótico: “Pero por delante de los demás, mostraba un gran respeto hacia el patriarca, a quien honraba como a un padre; concedió a sus sobrinos el lustre de mayores dignidades y los puestos de mayor responsabilidad y, al poco tiempo, cedió a la Gran Iglesia los derechos imperiales sobre los asuntos sacerdotales, que quedaron completamente enajenados de palacio, de manera que el emperador no podía poner a nadie al frente de la gestión ni del cuidado y protección de las sagradas reliquias, sino que dependían del poder del patriarca tanto los nombramientos de cargos como la administración de los asuntos eclesiásticos”. Dicho de otra manera, lo que Isaac I Comneno estaba cediendo, a juzgar por las palabras del cronista, era una administración financiera independiente a Santa Sofía, otro indicio del grado de autoridad adquirido por Cerulario en esa época.

Estaba claro pues que con dos personalidades tan fuertes en ciernes, un choque entre ellas era solo cuestión de tiempo para dictaminar cuál se impondría y cuál aceptaría quedar relegada a un segundo plano. Nunca como en ese momento el Imperio había asistido a la posibilidad de que el poder espiritual se encumbrara por sobre el temporal, a la usanza romana.

Deposición, exilio y muerte.

Gracias a Miguel Ataliates podemos conocer en detalle el derrotero de Cerulario, desde las mieles del éxito en la gran iglesia de Justiniano, hasta la acritud del destierro al que se le condenaría poco tiempo después¹⁵⁶. Psellos, en cambio, intencionalmente omite los detalles a este respecto por haber tomado partido en el proceso contra el patriarca; de su puño y letra saldría el acta acusatoria que propiciaría la caída en desgracia del santo hombre, como se verá en breve. Así, pues, hacia noviembre de 1058, Isaac I se apresuró a hacer su movida para neutralizar la ambición desmedida de su adversario: empleando a un acólito para distraer la atención de Cerulario y hacerle bajar

¹⁵⁴ Miguel Psellos, “Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”, Pág. 357. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

¹⁵⁵ Ibid, Pág. 358.

¹⁵⁶ Posiblemente en la isla de Imbros.

la guardia, le fue posible prender al patriarca luego de que un grupo de soldados irrumpiera en plena disertación. Acto seguido, el Gran Arzobispo fue conducido a lomo de un asno al barrio de Blaquernas, en el noroeste de la capital, desde donde, embarcado de inmediato en una chalupa, sería enviado al destierro junto con su círculo íntimo de parientes y colaboradores (8 de noviembre de 1058).

La osada movida de Isaac, sin embargo, no podía considerarse exitosa ya que Cerulario marchó al exilio sin renunciar a sus derechos como patriarca, soportando la dura prueba con encomiable estoicismo¹⁵⁷. Se hizo pues imprescindible convocar a un sínodo para deponerle y, con ese propósito, el basileo encomendó a su consejero, Miguel Psellos, la misión de redactar el escrito acusatorio contra su antiguo amigo y compañero. Por eso no deja de sorprender el siguiente pasaje del doble filósofo: “*Si alguien quisiese juzgar el enfrentamiento entre ambos, acusaría al patriarca por haberlo iniciado y censuraría al emperador por cómo lo concluyó y porque se quitó de encima al patriarca como si fuese un fardo pesado que llevaba sobre sus espaldas*”¹⁵⁸. Aunque considerando que luego Psellos ensalza en un epitafio a Cerulario como el más famoso precursor de la verdad y la personificación de las virtudes¹⁵⁹, se puede descubrir hasta qué punto el súper ministro y filósofo no tenía escrúpulos para evitar perder influencias en los asuntos de estado. La repentina muerte del patriarca en el destierro salvaría, no obstante, la piel de Psellos al evitar que su carta condenatoria saliera a la luz¹⁶⁰.

Una vez que se hubo conocido la noticia de la muerte del patriarca, Isaac I Comneno, más que todo para quedar en paz con su conciencia, ordenó que se trajese de inmediato el cuerpo de su rival y que se lo enterrase con todos los honores en la capital imperial¹⁶¹. El posterior nombramiento de Constantino Leicudes para reemplazarle en el puesto¹⁶², en lo que sin duda alguna tuvo que ver la mano del influyente Psellos, pareció

¹⁵⁷ Miguel Atalíates describe la actitud de Miguel Cerulario en el destierro con lujo de detalles, señalando que el orgulloso patriarca había asumido el duro trance con una resignación digna de alabanzas, “*sin llamar sufrimiento al sufrimiento sino quema perfecta y aprendizaje en el camino de la perfección y de acceso a una virtud superior*”, algo digno de los antiguos mártires del Cristianismo primitivo.

¹⁵⁸ Miguel Psellos, “*Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio*”, Pág. 398. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

¹⁵⁹ Georg Ostrogorsky, “*Historia del Estado Bizantino*”, Pág. 335, Akal Editor, 1984.

¹⁶⁰ El papel desempeñado por Psellos en el asunto del sínodo convocado contra Cerulario es recogido por Atalíates en su obra, donde sin embargo no se le alude con nombre y apellido: “*Entraron en la conjura algunos dignatarios de palacio que no ignoraban la fama de este hombre, pero que se avinieron a ello por conveniencia, con la inmadurez propia de los aduladores*”. No obstante, la confusión se plantea desde que tal párrafo es introducido antes de la mención de la convocatoria del sínodo de deposición para el que el escrito condenatorio de Psellos sí era un elemento imprescindible.

¹⁶¹ La conmoción causada por la noticia de la muerte de Cerulario ciertamente alteró la naturaleza confiada y autosuficiente de Isaac. En un arranque de indulgencia espontánea y de búsqueda de alivio, el basileo concedió a algunos parientes del patriarca muerto el derecho de palabra en su presencia. Es así que, a partir de entonces, su sobrina Eudocia Macrembolitissa, esposa de Constantino Ducas, es aceptada en la corte.

¹⁶² Constantino III Leicudes se desempeñaría como patriarca de Constantinopla desde 1059 hasta 1063, año en que su muerte determinaría la entronización en el solio patriarcal de otro amigo de Miguel Psellos, Juan VIII Xifilinos (1064-1075). Al respecto, Juan Zonaras expresa: “*Después de la muerte de dicho patriarca (Miguel Cerulario), el emperador promovió en la dignidad patriarcal a Constantino Leicudes protovestiario, el cual había gobernado las cosas de la comunidad muchos años sin mala fama ni reprensión, y que por su gran sabiduría y prestigio, el emperador Monómaco le había dado la cura del su monasterio*”. Libro de los Emperadores, Pág. 322, *Libro de los Emperadores*, versión aragonesa del compendio de Historia Universal patrocinada por Juan Fernández de Heredia, Prensas Universitarias de Zaragoza, España, 2006. ISBN 84-7733-826-4.

devolver la tranquilidad al Imperio y el alma al cuerpo del basileo. Entre las sombras, no obstante, los enemigos del emperador empezaban a cerrar filas, cada vez más decididos a plantar cara ante la persecución impositiva y las confiscaciones que les tenían como objetivo.

El ascenso de los Comneno. Isaac I (1057-1059). Parte V: Desgaste, declive y final.

Las fronteras del Imperio en el Este (I): turcos selyúcidas.

Hacia el año 1000 los turcos habían fundado algunos estados entre Europa y China y el de los qarajani había sido, sin lugar a dudas, el primero en adoptar el Islam. Sin embargo, no serían sino los selyúcidas¹⁶³ quienes erigirían el primer estado turco, mahometano de religión, de características eminentemente no regionales.

El Turkeistán, la comarca originaria de los pueblos turcos, siempre había cobijado dinastías y linajes con escasa o casi nula propensión hacia algún progreso cultural. En determinados momentos de la Historia llegaron a prender en su áspero suelo algunas ciudades e, inclusive, incipientes entidades políticas que quedaron a medio camino en su desarrollo institucional. Hacia el siglo X a la comarca le tocó el turno de asistir al advenimiento del Islam por obra de la dinastía persa de los samanidas, la misma que debió contemplar su propia extinción a manos de aquéllos a los que había llevado la palabra del Profeta. Triste paradoja del destino. Desde entonces, casi todas las poblaciones afincadas en el Turkeistán voltearían sus miradas indefectiblemente hacia Mesopotamia y la cuenca del Mediterráneo Oriental, es decir, las mismas latitudes de dónde les había llegado el Islam.

A partir del establecimiento del estado islámico de los ghasnávida o raznevíes, que se extendía entre Lahore, al Este, e Ispahán, al Oeste, la presencia turca en Mesopotamia se fue consolidando progresivamente. Los emires de la región, e inclusive el propio califa, comenzaron a contratar bandas de turcos como guardia de corps o como mercenarios para sus ejércitos regulares. Con el paso del tiempo, los grupos de emigrantes empezaron a aspirar a algo mejor que conformar meros contingentes complementarios de caballería. Al promediar el primer cuarto del siglo XI, la familia de un viejo líder uguz llamado Selyuq, originaria de la zona de Djand (al este del Mar de Aral), sumándose al proceso migratorio, cargó sus petates a través de Transoxiana, adónde entró al servicio de un emir samani, primero, y de un qarajani después. Desde esa cómoda posición los recién llegados aventureros pudieron admirar los progresos que habían alcanzado algo más al Sur sus primos cercanos, los raznevíes de Ghazni. La visión de tales logros les hizo emigrar una vez más y establecerse en el Jurasán (1025), adonde ocuparon el espacio vacío que había dejado otra tribu de turcomanos que ahora viajaba rumbo a Mesopotamia.

Guiados por Sagri (Chagri) y Tugril Beg (Togrul o Tughru), los selyúcidas tuvieron la suficiente capacidad como para saber instalarse entre los solapamientos creados por la difícil dialéctica que mantenían la arcaica comunidad agrícola de la provincia y los acólitos oficiales del régimen razneví. El descontrol y la rapiña reinantes, padecidos de manera acuciante por la población sedentaria, fueron una invitación que Sagri y Tugril resolvieron aceptar con tal de despojar a los raznevíes de sus posesiones en Jurasán. Cuestión de oportunismo que les valió al cabo la captura de las grandes ciudades de Merv, Tus, Nisapur y Tabas. Cuando los raznevíes pretendieron

¹⁶³ Este pueblo tomaría su nombre de su caudillo, Selyuq.

reaccionar, su pesada caballería resultó aniquilada por los versátiles jinetes selyúcidas en Dandanqan (1040)¹⁶⁴, al sudeste de Merv.

Dandanqan fue en definitiva una lección que los bizantinos habrían tomado con gusto si hubiesen tenido la ocasión, con tal de evitar lo que les sobrevendría poco tiempo después en Mantzikert. Acobardados por la persecución de Sagri, los raznevies buscaron refugio en el norte de India, regalando el Jurasán y parte de Sistan a sus vencedores. Tugril Beg, entretanto, iniciaba la conquista de Irán, tomando Ravy y Hamadán en 1046, e Ispahán, que se convertiría en su capital, en 1050. El siguiente paso de los selyúcidas, autoproclamados defensores de la ortodoxia sunni¹⁶⁵, fue acudir en defensa del Califa abasida contra el enemigo herético de los chiítas, personificados por los buwayhies (buyies) de Irak y los fatimies de Egipto. La entrada en Bagdad de Tugril Beg, acontecida en 1055, fue saludada con júbilo por los sunitas, que se mostraron encantados ante el desmoronamiento de la autoridad de sus adversarios, acontecido sobre todo tras la derrota del despreciado visir al-Basasiri.

El establecimiento de los turcos selyúcidas como protectores del califato abasida trajo nuevos motivos de preocupación a la gran mayoría de los estados vecinos. Hasta entonces, el debilitamiento de la autoridad califal había provocado esencialmente serios trastornos en las vías habituales empleadas para el intercambio comercial. Las principales rutas de comercio que atravesaban Irak permitiendo el intercambio de mercaderías entre Europa, por un lado, y China, India y Medio Oriente, por el otro, seguían prácticamente senderos paralelos con una escala en común que era Constantinopla. La meridional, que pasaba por Kirat, Ispahán y Bagdad cruzando luego la Alta Mesopotamia y el Jezireh, se bifurcaba más tarde en Antioquía, dónde los mercaderes podían optar por la opción terrestre que cruzaba Anatolia, o la marítima que se valía de los puertos del litoral mediterráneo. En ambos casos la seguridad estaba garantizada a través de la armada o del ejército imperial que, desde los días de Nicéforo II, guardaban celosamente los territorios reconquistados al Islam. La ruta septentrional, entretanto, procediendo del Lejano Oriente, cruzaba el Jurasán y el norte de Irak pasando por Herat, Rayy y Tabriz; en este punto se internaba en Azerbaiján y Armenia para alcanzar Trebizonda, a orillas del Mar Negro. Como ya se ha indicado, tanto una como otra confluían necesariamente en las radas de Constantinopla antes de acometer la etapa final de su recorrido hacia Occidente.

Al detenerse el avance del Islam en el siglo X, los grandes estados que compartían frontera en Siria, Palestina y la Alta Mesopotamia, es decir, los califatos de Bagdad y Egipto y el Imperio Romano, tuvieron un marco de mayor certidumbre para trocar entre sí. Cierta es que ocasionalmente estallaban conflictos entre ellos que se cerraban tan pronto primaba la cordura y el buen tino¹⁶⁶. Sin embargo, la irrupción de los pueblos turcos en Irán e Irak vino a alterar el statu quo imperante, trayendo inestabilidad y

¹⁶⁴ La batalla de Dandanqan fue en cierta manera una réplica del enfrentamiento que años después tendría lugar en Mantzikert: por un lado, un ejército integrado básicamente por escuadrones de caballería ligera sumamente maniobrables y versátiles, y, por el otro, una hueste rígida caracterizada por caballería pesada, muy bien acorazada pero de acotado rango de movilidad,

¹⁶⁵ La muerte de Mahoma en el 632 sin un mecanismo sucesorio claramente establecido dejó abiertas las puertas para una escisión del Islam. Tal escisión tuvo lugar cuando algunos de los seguidores del profeta apoyaron a Alí (chiítas), primo y yerno de Mahoma, contra la opinión del resto (sunitas), que prefirió la opción de secundar a notables como Abú Bakr y Omar.

¹⁶⁶ Uno de los períodos de mayor tensión registrados entre fatimies y bizantinos tuvo lugar hacia finales del siglo XI, cuando en Egipto gobernaba el excéntrico sultán Huséin al-Hakim (996-1021).

levantando una nueva ola de fanatismo entre los seguidores del Profeta pertenecientes a la fe sunni. El desorden resultante fue una herida mortal para las tradicionales rutas comerciales al mismo tiempo que una tentación para pillar las atestadas caravanas que recorrían el país en una y otra dirección. No obstante, el golpe de gracia lo asestaron los selyúcidas cuando, tomándose a pecho las palabras del Califa, empezaron a perseguir a sus rivales chiítas, entre los cuales se hallaban los fatimíes de El Cairo. Las hostilidades entre Sagri Beg y los sucesores raznevíes de Mahmud, confinados entre Ghazni y Lahore, la conquista de Bagdad, y la ambición desmedida de los parientes de Selyuq por apropiarse de emiratos al sur del Mar Caspio, causaron graves problemas al flujo comercial que se canalizaba a través de los circuitos anteriormente descritos. La respuesta natural fue encontrar nuevas rutas y la que se valía del Océano Indico y del Mar Rojo para alcanzar Egipto y posteriormente Occidente resultó ser la mejor opción. Por desgracia, no tenía en cuenta a Constantinopla, cuestión que, al promediar el siglo XI, agregaría mayores calamidades a las que ya cargaba el Imperio sobre sus hombros, en este caso de índole económica y financiera.

La aparición de los turcos selyúcidas en Medio Oriente provocó, pues, profundas transformaciones en el ámbito del Islam y, como veremos a continuación, habría de dejar su impronta no solo en la esfera del Imperio Bizantino sino en la Cristiandad oriental en su conjunto (romeos, armenios, georgianos, cristianos jacobitas, etc.). Convertidos en ghazis (guerreros de la Fe) por voluntad propia y por que llevaban en la sangre el espíritu aventurero de sus antepasados escitas, estos grupos nómades fueron pronto bautizados con el nombre de turcomanos por las poblaciones sedentarias que debían padecer sus vertiginosas razias (creando una primera confusión etimológica al respecto). La expulsión de los buyíes del corazón del califato no solo no aplacó a Tugril Beg y a sus secuaces sino que les abrió un nuevo campo de acción donde ejercitar la lucha contra el infiel trinitario y el hereje chiíta. Entretanto más y más bandas de turcomanos seguían convergiendo en Mesopotamia provenientes de sus territorios ancestrales emplazados entre el Turkestán y la zona de Jwarizm.

Ya en 1047 un príncipe selyúcida llamado Ibrahim Inal, hermanastro de Tugril, había probado suerte al oeste del lago Rezaye. En su avance por Armenia había llegado inclusive a saquear la ciudad bizantina de Teodosiópolis, aunque un ejército imperial acabó derrotándole en las inmediaciones de la ciudad. En los años siguientes, las incursiones sobre la frontera griega se intensificaron; en 1052 fue saqueada Melitene y dos años más tarde el mismísimo Tugril se animó a poner sitio a la fortaleza de Mantzikert, tras tomar Arjish.

La reacción de Bizancio empezó con los primeros ataques turcomanos que se sucedieron durante el último tramo del reinado de Basilio II y consistió en incorporar algunos principados armenios para levantar una línea defensiva más cohesionada. En 1045 Constantino IX Monómaco consiguió que el Catolicós de Armenia, Pedro, le entregara Ani, la capital del reino, a sus delegados. Pareció un gran éxito pero en realidad fue una enorme equivocación. Al respecto, las palabras de Jean Pierre Alem no pueden ser más elocuentes: *“los bizantinos, después de haber ocupado Armenia, fueron incapaces de defenderla. Los armenios, luchando a las órdenes de su rey y de sus generales, habían tenido en jaque, hasta entonces, a los turanios. Desorganizados por la invasión de los griegos, no pudieron paliar la falta de aquéllos, sino con una resistencia esporádica. No habían pasado tres años aún desde el fin del reinado de*

Gaguic, cuando los selyúcidas acamparon en Armenia y cometieron las peores devastaciones”.

Para colmo de males, a poco de la incorporación de Armenia, la ortodoxia capitalina en uno de sus inoportunos arranques de intolerancia religiosa, desataba la persecución sobre las comunidades de creyentes armenios, aumentando la conmoción y la desorganización en los lejanos *themas* del Eúfrates. Anexionándose el reino de los Bagrátidas, Constantino IX había dejado expuesto su flanco oriental a los turcos selyúcidas, justo en el preciso momento en que la política “civilista”, echando mano a los recortes en el presupuesto militar, sacrificaba la seguridad del Imperio en aras de un renacimiento económico que nunca llegaría a eclosionar.

A los turcos poco le importaron los dislates cometidos por los gobernantes bizantinos. Por el contrario, se aprovecharon de ellos para seguir presionando sobre los *themas* orientales del Imperio, cada vez más descuidados por los burócratas civiles que mandaban en Constantinopla, por la vía de recortes presupuestarios incomprensibles. En sus campañas contra los territorios armenios, georgianos y griegos, Tugril Beg empleó una y otra vez a los díscolos turcomanos, debiendo hacer equilibrio entre las ventajas y las desventajas que le otorgaba el uso de tales aliados: por un lado una fuerza numéricamente importante, siempre dispuesta a cumplir con el mandato *ghazi* que había prendido en ellos tras su conversión al islamismo, y, por el otro, la incertidumbre que suponía apoyarse en grupos extremadamente indóciles que en cualquier momento podían dar asilo a sus rivales políticos. Tal vez haya sido por ésta última razón que el líder selyúcida nunca accedía a que los turcomanos las emprendieran por su cuenta; siempre, en cada algarada, o participaba él mismo en persona o lo hacía a través de parientes de confianza: sus primos Asan e Ibrahim Inal.

A la vez que Tugril, con la asistencia de los turcomanos, sostenía una política agresiva en el Noroeste, sus lugartenientes se preocupaban por consolidar su autoridad en las provincias islámicas de Irak e Irán. En estas latitudes se empleó básicamente una combinación de fuerza militar y diplomacia para neutralizar primero, y ganar para la causa selyúcida después, a los principales jefes tribales, lo que se evidenció sobre todo en regiones tan distantes como Kurdistán y Siria oriental.

El respaldo del califa de Bagdad, concedido a Tugril en 1055, jugó también un papel decisivo al momento de definir lealtades, aunque también generó desconfianza y descontento. Los chiítas, sintiendo la persecución fanática de los *ghazis*, cerraron filas en torno al desterrado visir al-Basasiri y empezaron a crear problemas desde sus bases en Siria. Los inconvenientes creados por algunas revueltas de turcomanos en el Norte y por la desertión de Ibrahim Inal, quien deploraba la política condescendiente de su amo hacia los caudillos turcomanos, casi hizo perder la jornada a los selyúcidas. En la coyuntura, al-Basasiri, asistido por refuerzos del califa de El Cairo, consiguió recuperar Bagdad y expulsar a la corte abasida, que fue acogida en el exilio por un jeque árabe. Solamente debido al desconcierto que tales hechos produjeron entre las filas selyúcidas es que el oriente bizantino pudo asistir a un breve período de calma que fue coincidente con el reinado de Isaac I Comneno, pero que obviamente no se extendería más allá de la necesidad de Tugril de volver a reacomodarse entre los principales aspirantes islámicos a la supremacía militar en Mesopotamia.

Las fronteras del Imperio en el Este (II): armenios.

No fue una buena idea la que tuvieron Basilio II y sus sucesores cuando intentaron someter a los reyes armenios de Vaspurakan, Ani, Lorí y Kars a poco de comenzado el siglo XI. La irrupción de los selyúcidas poco después dejaría al descubierto la fragilidad de la política oriental bizantina. Hasta ese momento, los territorios armenios habían servido como un dique de contención frente a la acechanza de los peligros que llegaban desde el Este. Enclavados entre la región de Capadocia y los lagos Van, Urmia y Sevan, los pequeños estados armenios, orgullosos de su fe cristiana, se habían mostrado como un hueso duro de roer para sus vecinos desde los días del Imperio Sasánida. Vaspurakan, el más pequeño, era también el más expuesto por su ubicación geográfica en el extremo oriental. Los ataques selyúcidas, que comenzaron hacia la segunda década del siglo XII, alarmaron seriamente al monarca del diminuto estado. En ese momento llegó una embajada procedente de Constantinopla portando una curiosa oferta: Basilio II estaba dispuesto a entregarles tierras más seguras, la ciudad de Sebastea y sus alrededores, a cambio de su reino. La proposición fue aceptada y se calcula que entre 40.000 y 50.000 personas abandonaron sus hogares para establecerse a orillas del Halys, sobre el Antitauro.

Esta primera gran migración debilitó profundamente el status quo que se vivía en la comarca, generando además nuevas tensiones entre los soberanos de Ani y Kars y las autoridades bizantinas enviadas para tomar posesión de la nueva provincia. La disputa degeneró en una cruenta guerra donde los armenios únicamente fueron vencidos mediante la traición: bajo el reinado de Constantino IX Monómaco (1042-1055), Gaguik II de Ani cayó prisionero y su reino se sometió al basileo. Miguel Psellos apenas nos ofrece un escueto pasaje en su *“Cronografía”*, al respecto de los sucesos acontecidos en las lejanas tierras emplazadas entre los lagos Van, Urmia y Sevan: *“Era una persona (Constantino IX) algo particular en sus opiniones, no demasiado constante, que deseaba que su reinado adquiriese más renombre que ningún otro. Y en verdad que no fracasó del todo en su propósito, pues había desplazado mucho hacia el Oriente los límites de nuestra supremacía, aprovechándose de una parte no pequeña de la tierra de Armenia, expulsando de allí a algunos príncipes e incorporándola a la esfera de países vasallos”*¹⁶⁷. En cambio, Aristakes, un clérigo y cronista armenio, nos permite conocer con mayor grado de detalle la progresión del avance bizantino sobre los territorios armenios de Ani, Kars, Syuniq y Vaspurakan: habiendo fallado la opción militar, Constantino IX echó mano a la diplomacia, tentando al soberano armenio a visitarle en Constantinopla para reconocerle como monarca. Tal reconocimiento solo sería efectivo si el potentado oriental aceptaba desplazarse en persona a la capital imperial y entrevistarse con el basileo. La propuesta olía más a trampa que a otra cosa y, pese a las reconveniones hechas por algunos colaboradores como Vahram Pahlavuni, Gaguik marchó confiado a la cita, al término de la cual fue efectivamente encarcelado¹⁶⁸. Para impedir la ulterior entrega del reino a Bagrat IV de Georgia o a David de Dvin, cuñado de Gaaguik II, el Catolicós Pedro se apresuró a escribirle al gobernador bizantino de Samosata, comunicándole que rendiría Ani a los imperiales a cambio de prebendas y dignidades. Poco tiempo después, habiéndose enterado que Gaguik II ya no regresaría a su capital, Gregorio Pahlawuni, señor de Bjni, imitó su

¹⁶⁷ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Págs. 326 y 327. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

¹⁶⁸ A cambio de sus tierras, Gaguik sería recompensado con el título de magistros y con la percepción de rentas por territorios previamente asignados en Capadocia, Lycandos y Carsiano.

ejemplo y, a cambio de la entrega de tierras y rentas en Mesopotamia, resolvió transferir a Constantino IX todos sus dominios ancestrales. De esta manera, mediante el uso de la diplomacia y la compra de voluntades, los bizantinos lograron hacer pié en Armenia, desarticulando sin saberlo el dique de contención que podría haber mantenido a raya la marejada selyúcida que estaba a punto de sobrevenir. Las revueltas de los armenios que se resistían a someterse a la autoridad imperial continuaron de manera intermitente y bajo el reinado de Isaac I no adquirieron ribetes de proporciones simplemente por que muchos de los residentes de dichas regiones habían comenzado a emigrar hacia el interior de Asia Menor, siguiendo el ejemplo de sus gobernantes.

Las fronteras del Imperio en el Sur: egipcios.

De entre todos los vecinos del barrio oriental, los egipcios eran quizá los más irrelevantes rivales y, al mismo tiempo, los más poderosos aliados (potenciales en estas instancias) en la lucha que sobrevendría frente a los recién llegados selyúcidas. Con el Imperio Bizantino apenas compartían unos cuantos kilómetros de frontera en Siria, aunque la posesión romana de Chipre les significaba una amenaza permanente sobre el litoral de Egipto, donde se hallaban las grandes ciudades de Alejandría y Damietta, y sobre las costas de Palestina, adonde mantenían bajo su autoridad los mayores puertos de la región. Con todo, las relaciones entre fatimíes y bizantinos nunca habían pasado de refriegas sin importancia y los soberanos de ambos estados, a su vez, siempre habían preferido favorecer los contactos comerciales, aprovechando que las rutas hacia el lejano Oriente pasaban por sus respectivos territorios¹⁶⁹.

Miguel Psellos se refiere precisamente al trato dispensado a los egipcios en los días de Constantino IX Monómaco, quejándose lastimosamente a causa de la indolencia demostrada por el basileo cada vez que una embajada africana visitaba su corte: *“Así, al príncipe de Egipto¹⁷⁰, como si fuera a propósito, le concedía más de lo debido, de forma que éste disfrutaba de su permisividad y, como si se tratara de un púgil que ha caído fuera del círculo de combate, no le ofrecía volver a la posición anterior, sino que le aplicaba cada vez presas más violentas”¹⁷¹*. Lo que es más, el súper ministro, para atemperar la deslucida imagen dada por su señor a los ojos del infiel, acepta haber alterado las cartas dirigidas al califa de Egipto para lograr precisamente el efecto contrario. Todo lo contrario a lo que sucede bajo el reinado de Isaac I Comneno, cuando Psellos se deleita en reconocer la supremacía de su país y de su soberano al momento de producirse los consabidos intercambios de embajadas: *“Cuando despachaba con las*

¹⁶⁹ Efectivamente, entre los griegos y los egipcios existía más que una rivalidad religiosa y militar, una disputa comercial por el predominio sobre el Mediterráneo oriental. Y es que los fatimíes, como todos los conquistadores de Egipto, habían invadido también Siria, pero sin mucha suerte, consiguiendo tan solo imponer su autoridad en algunas secciones meridionales de la región. Aún así, debían lidiar a diario con el anarquismo beduino, las apetencias de Bizancio y las reivindicaciones del Califato rival de Bagdad, sin mencionar la hostilidad recurrente de los qarmatas.

¹⁷⁰ El califa fatimí Al-Mustansir (1036-1094) para el caso que nos ocupa. Lo de remarcar la condición de príncipe respecto a la más alta dignidad del emperador era un modo de hacer notar la supremacía de la corte de Constantinopla por sobre la de aquéllos pueblos que retenían circunstancialmente pero sin la asistencia del derecho aquellos territorios que una vez habían pertenecido al Imperio, como era el caso de Egipto.

¹⁷¹ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Pág. 327. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

embajadas, aunque no mostraba la misma actitud con todas, sí correspondía con todas desde la majestad de su posición y era precisamente entonces cuando sus palabras se desbordaban más que al Nilo al descender sobre Egipto y el Éufrates al abatirse fragoroso sobre Asiria. A los que solicitaban la paz se la concedía, pero les amenazaba con la guerra si intentaban cometer la más mínima transgresión de lo pactado. El mismo tono usaba con los partos y los egipcios, mientras que al resto de las naciones, que le cedían sus numerosas ciudades e importantes contingentes militares, e incluso se mostraban dispuestas a abandonar sin dilación sus propios territorios, no les permitía actuar así y les ordenaba que permanecieran tranquilas en sus países, pero no porque viese desfavorablemente una expansión de los límites de la hegemonía romana, sino porque sabía que la incorporación de tales territorios exige mucho dinero, tropas aguerridas y un respaldo adecuado y que cuando no se dan estas circunstancias, entonces lo que parece suma se convierte en resta”¹⁷². Sin duda alguna, el cronista bizantino incurre en un grave error de apreciación al creer que a partir del reinado mucho más enérgico de Isaac I, el Imperio pudo dictar a voluntad sus condiciones tanto a egipcios¹⁷³ como a turcos (los partos de Psellos). En realidad fueron las cruentas disputas por la soberanía de Siria y Tierra Santa las que terminaron sembrando la semilla de la debilidad entre los enemigos mahometanos del Imperio. Con todo, es importante destacar en este último pasaje del historiador griego, una de las estrategias adoptadas por Isaac para su gobierno: no incorporar territorios que, por falta de recursos materiales, a la postre acabarían restando en lugar de sumar. Lo que viene siendo en suma otra flagrante contradicción de Psellos, quien al referirse al reinado de Constantino IX Monómaco menciona la incorporación de los reinos armenios de Ani y Kars como una manifestación irrefutable del desplazamiento hacia Oriente de “los límites de nuestra supremacía”.

Así, pues, con los turcos demasiado entretenidos aún en Bagdad, los egipcios aplicados a la defensa de Tierra Santa contra los anteriores y los armenios sometidos por la diplomacia y la traición, las fronteras orientales del Imperio parecían gozar de una saludable sensación de seguridad que, en realidad, no dejaba de ser eso: una sensación. La terrible catástrofe de Mantzikert (1071) ya se arremolinaba sobre el horizonte presta a clavar sus dientes sobre la historia de Bizancio, como para crear otra cosa.

Las fronteras del Imperio en el Oeste: Italia y los normandos.

Las mayores amenazas y, por tanto, los más grandes retos para la administración de novel basileo Isaac I Comneno procedían, sin embargo, de las provincias

¹⁷² Miguel Psellos, “*Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio*”, Págs. 387 y 388. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

¹⁷³ Claude Cahen, en “*El Islam, desde los orígenes hasta el Imperio otomano*”, pág. 255, sostiene que luego del reinado del califa desquiciado Hakim, el califato fatimita de Egipto ya se hallaba en franca decadencia, atribuyendo al ejército gran parte de la culpa: “El ejército berebere de los comienzos estaba mal visto por la población, y, por añadidura, su renovación era difícil, o al menos así fue hasta la ruptura con los ziríes; para mantener el equilibrio primero, después para suplirlo, se recurrió a los turcos una vez más, a los negros como en África del Norte, y, cosa extraordinaria, a los armenios, incluso aunque no se hubiesen convertido, a quienes la política bizantina y la conquista turca dispersaban por todo el Oriente Próximo; en ciertas ocasiones, también se recurrió a los árabes. Todo ello no pudo, naturalmente, disminuir la avidez de la tropa y contribuyó a aumentar sus luchas intestinas”.

occidentales. En Italia, luego de la fallida invasión de Sicilia dirigida por Jorge Maniaces (1038), un nuevo pueblo, los normandos, que había servido como mercenario entre las filas bizantinas en aquella ocasión, estaba socavando los últimos basamentos de autoridad imperial.

La primera invasión Normanda a los dominios de Bizancio en Apulia y Calabria, se había producido a comienzos del siglo XI, bajo el reinado de Basilio II. Existen numerosas tradiciones que explican con diferentes argumentos el primer contacto entre normandos, lombardos y la población local, y cómo de dicho contacto surgió la idea de hacer venir de Normandía a nuevos aventureros para acometer la conquista de la provincia y emplazar nuevos señoríos en su lugar. El detonante que provocó el advenimiento de los normandos fue una revuelta dirigida por un notable de Bari, quizá un armenio, llamado Meles, quien se oponía al catepato local y a su despiadada y abusiva política tributaria (1009). Gracias a Skylitzes podemos conocer las primeras instancias de esta revuelta: *“Un magnate de la región de Bari llamado Meles, tras haber sublevado al pueblo de Longobardía, tomó las armas contra los romanos. El emperador envió a Basilio Argiro, estratega de Samos, y al estratega de Cefalonia, llamado Contoleón, para restablecer la situación. Meles se enfrentó a ellos en batalla campal y los derrotó de manera aplastante. Muchos perecieron y un cierto número resultó hecho prisionero, mientras que el resto prefirió huir y vivir sin honor”*. Al cabo, los generales bizantinos lograron recuperar Bari y estuvieron a punto de prender vivo a Meles que, sin embargo, consiguió evadirse y establecerse en la corte independiente del príncipe lombardo de Capua, Pandulfo II el Joven. Fue un momento trascendental en la Historia del sur de Italia porque la casualidad quiso en ese punto que Meles y algunos peregrinos normandos recién arribados de Roma entraran en contacto y se pusieran de acuerdo para intentar expulsar a los bizantinos y reemplazarles como señores en esas latitudes.

En 1017 tuvo lugar la primera invasión normanda. Bajo el acicate de Meles, el ejército revoltoso se entregó a la rapiña y al saqueo encontrando solo la resistencia de una pequeña tropa dirigida por León Paciano, un lugarteniente del nuevo catepato, Contoleón Tornicio. Tres derrotas consecutivas determinaron la destitución de este último y su reemplazo por un búlgaro llamado Basilio Boioannes, comisionado por Basilio II para poner fin a la revuelta, tomar prisionero a Meles y enviarle a Constantinopla cargado de cadenas. Por fin, en 1018, ambos ejércitos, se enfrentaron en un combate decisivo cerca de la villa de Cannas, a orillas del Ofanto, donde las tropas imperiales lograron imponerse. Meles, no obstante, logró escapar una vez más y refugiarse en la corte del emperador alemán, Enrique II, quien se apresuró a nombrarle duque de Apulia para reservar sus derechos sobre el sur de Italia frente a la posición más fuerte de los bizantinos. Entretanto, de los doscientos cincuenta normandos que habían servido en la vanguardia del ejército lombardo, solo diez habían conseguido sobrevivir.

La muerte de Meles en 1020 y la posterior derrota de los últimos nobles rebeldes acabaron con la primera intentona normanda en el sur de Italia. Los bizantinos redondearon su triunfo sobre los revoltosos con una difícil victoria sobre las fuerzas de Enrique II, quien había intentado sin éxito la conquista de la plaza fuerte de Troia. El gobierno del catepato Boioannes alcanzó con ello el cenit de su popularidad y cuando a mediados de 1025 el propio funcionario intentaba la conquista de Sicilia luego de

ocupar Messina, la muerte del emperador Basilio II le obligó a posponer la campaña y retornar a sus bases al otro lado del estrecho.

El renovado vigor infundido por el catepano de origen búlgaro sirvió de rampa de lanzamiento para los siguientes proyectos que Bizancio tenía reservados para el sur de Italia: básicamente la eliminación de las actividades corsarias de los piratas musulmanes y la conquista de sus mismas bases en Sicilia¹⁷⁴. Pero la campaña emprendida por Jorge Maniaces en 1038 fracasaría no tanto por la superioridad de las armas islámicas sino por la miopía de Miguel IV Paflagonio, que celoso de los éxitos del general romano, le haría regresar a Constantinopla a instancias de su poderoso ministro, el eunuco Juan Orfanotrope¹⁷⁵. Sin Boioannes ni Maniaces, los dominios imperiales en Apulia y Calabria no tardarían en hacer agua por todos lados, mientras la segunda invasión normanda, empezaba a gestarse sobre la base del descontento provocado por la inequitativa distribución de los botines logrados en Sicilia.

En 1040, la leva forzosa a que estaban obligados los pobladores de Apulia y Calabria, mas el alza desmedida de los impuestos, motivada por los gastos de la campaña en Sicilia, favorecieron nuevas revueltas en el sur de Italia. A los rebeldes pronto se sumaron elementos normandos que, habiendo defecionado de la campaña siciliana, terminaron recalando en la frontera donde la autoridad imperial se confundía con el mandato de los príncipes lombardos de Salerno y Benevento. Seis hermanos, hijos de Tancredo de Hauteville, entre los que descollaban Guillermo Brazo de Hierro y Drogón, lograron hacerse con el control de la fortaleza de Melfi, hecho que apenas fue tomado en serio por el catepano. En un breve lapso de tiempo, no mucho más de diez años, los normandos consiguieron doblegar cada uno de los intentos realizados por los bizantinos para reducirles, inclusive uno liderado por el propio Maniaces¹⁷⁶, que había sido previamente indultado por el sucesor de Miguel IV, Miguel V Calafateador, a fin de enderezar la suerte en Italia¹⁷⁷. Luego, cuando el peso de la resistencia recaía sobre el flamante catepano, Mariano Argiro, una nueva alianza, ahora entre el Papa y el basileo, vino a traer nuevos motivos de esperanza para capear el temporal. Sin embargo, en la batalla de Civitate, las fuerzas del pontífice sufrieron una derrota aplastante y León IX se vio obligado a negociar un tratado muy ventajoso para los barones normandos¹⁷⁸. Durante el ulterior cautiverio del papa en Benevento tendría lugar el Cisma de Oriente (1054), en virtud del cual las Iglesias de Roma y Constantinopla convalidarían sus diferencias dogmáticas y litúrgicas para toda la posteridad.

¹⁷⁴ En la invasión de Sicilia participaron renombrados dignatarios, además del notable general imperial Jorge Maniaces: Esteban, comandante de la flota y cuñado del emperador; los normandos Guillermo Brazo de Hierro y Drogón, hijos de Tancredo de Hauteville y caudillos de un nutrido regimiento de 500 caballeros de idéntica procedencia, suministrados por Gaimar de Salerno; Arduino, un renombrado soldado lombardo y antiguo custodio de la iglesia de San Ambrosio de Milán, y el aventurero escandinavo y jefe de la guardia varega, Harald Hardrada.

¹⁷⁵ El retorno del valeroso general a Constantinopla tuvo el deshonroso aditamento de producirse con la figura de Maniaces cargado de cadenas. La causa de semejante ultraje había sido provocada por el deshonroso trato dado por el general bizantino al comandante de la flota, Esteban, quien previamente había dejado escapar, víctima de su propia ineptitud, al emir de la isla, Abdallah.

¹⁷⁶ En Sicilia, como recuerdo de las brillantes hazañas del general Maniaces permanecen hasta la fecha un poblado que lleva su nombre y el castillo siracusano de Castello Maniace.

¹⁷⁷ Esta segunda intervención de Maniaces en Italia terminó con una revuelta encabezada por el propio general, contra Constantino IX Monómaco, que vino a debilitar aún más la posición de los imperiales frente al creciente poderío de los normandos y sus aliados.

¹⁷⁸ El primer señorío normando en Italia meridional fue creado por un aventurero llamado Rainulfo Drengot.

A partir de la batalla de Civitate (18 de junio de 1053), la soberanía bizantina se desmoronó sin pausa en la última conquista justiniana en Occidente. En 1055 cayeron Matera, Lecce y Nardo; al año siguiente Otranto, Castro, Minervino y Catanzaro corrieron la misma suerte. Entretanto, la figura de uno de los hijos de Tancredo, Roberto “la Comadreja” Guiscardo, futura pesadilla para los gobernantes de Bizancio, crecía en el firmamento normando, haciendo palidecer la de todos sus rivales y compatriotas.

En 1056 una nueva derrota del ejército bizantino cerca de Tarento si bien no selló el destino de la región, sí determinó que el mismo dependiese únicamente del empeño de las milicias locales. En otras palabras, Constantinopla, afectada internamente por los malos gobiernos de la aristocracia civil y perjudicada por los recortes presupuestarios decretados sobre todo en perjuicio del ejército, aceptaba de hecho su voluntad de abandonar a su suerte las provincias italianas. El emperador alemán, por su parte, también recibió en esta época un duro golpe a sus aspiraciones de dominar los territorios al sur de Roma; y es que en su improvisado intento por desplazar a los bizantinos alentando contra ellos a los normandos, había descubierto en éstos a un enemigo mucho más decidido y resuelto.

Cuando Isaac I Comneno llegó al poder en Constantinopla, el Imperio solo conservaba algunas ciudades en el litoral italiano de Apulia y Calabria: tan solo Bari, Brindisi, Tarento, Oria, Reggio y poca cosa más. Para entonces, las únicas acciones contra el invasor septentrional no pasaban de meras misiones diplomáticas y tratados con los papas Víctor II (1055-1057) y Esteban IX (1057-1058)¹⁷⁹. Habían surgido problemas en las fronteras balcánicas que ocupaban toda la atención del emperador; sin el apoyo de la corte, Mariano Argiro consideró que ya nada tenía que hacer en Italia y a finales de 1058 abandonó el país sin haber podido llevar a término la misión para la que se le había comisionado¹⁸⁰.

Las fronteras del Imperio en el Norte: pechenegos y húngaros.

*“Puesto que los sármatas que viven en poniente preparaban un levantamiento, y con ellos también los escitas del Danubio, a quienes se llama vulgarmente pechenegos, el emperador decidió enviar contra ellos al ejército romano”*¹⁸¹. En palabras de Atalates, para quienes los húngaros eran los sármatas del poniente y los pechenegos, los escitas del Danubio, la frontera norte representaba el verdadero desafío del momento en la carrera castrense del basileo. Isaac, hasta entonces, se había revelado como un general competente y un patriota genuino; ahora debía repetir dichas dotes pero en su nueva condición de emperador de los romanos. Y el Comneno decidió asumir el reto poniéndose él mismo a la cabeza del ejército imperial.

¹⁷⁹ Los entendimientos entre Roma y Constantinopla en procura de una solución que les permitiese erradicar de Italia a los normandos terminaron en 1059, cuando el papa Nicolás II (1059-1061) resolvió liquidar el asunto en el concilio de Melfi; a cambio de la reconciliación Roberto Guiscardo fue investido como duque de Apulia y Calabria y dejado con las manos libres para acabar con la conquista de las restantes plazas fuertes bizantinas en la zona.

¹⁸⁰ Uno de los mejores trabajos en español referidos a Italia bizantina pertenece a Roberto Zapata Rodríguez: *“Italia bizantina, historia de la segunda dominación bizantina en Italia 867 – 1071”*.

¹⁸¹ Miguel Atalates, *“Historia”*, Pág. 51, Cap. VIII, Isaac I Comneno. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

Psellos, a su vez, es un tanto más confuso que su colega al referirse al mismo hecho: “*El emperador, [...] una vez que puso freno a los ataques de los bárbaros en Oriente*¹⁸², *marchó con todas sus tropas contra los bárbaros de Occidente, que antaño se denominaban misios y que luego cambiaron su nombre por el que tienen ahora. Habitaban éstos todos los territorios que el río Istro*¹⁸³ *separa del dominio romano, pero de repente los abandonaron y emigraron hacia nuestra tierra. La causa de este desplazamiento eran los getas, que lindaban con ellos y los sometían a pillajes y saqueos, forzándoles así a emigrar. Cuando un invierno el río Istro se quedó cerrado por el hielo, lo cruzaron como si se tratase de tierra firme y se trasladaron así desde su país al nuestro, transportando con ellos a todas sus gentes dentro de nuestros confines, pues es un pueblo que no sabe permanecer en paz ni dejar de molestar a las naciones limítrofes*”¹⁸⁴. En dicho párrafo, el doble filósofo identifica a los invasores como los misios, derrapando en el intento al confundir el nombre de la provincia de Mesia, de dónde procedían aquéllos, con la de Misia, en Anatolia. En tanto que los getas podrían ser los uzos, otro pueblo errabundo procedente de Asia, que hacía poco se había establecido en las estepas rusas, a espaldas de los pechenegos¹⁸⁵. Con todo, el cronista griego aporta valiosa información sobre la gran invasión de los pueblos del Norte que tuvo lugar en el invierno de 1058-1059, información que por otra parte incluye valiosos datos climatológicos como el del gélido clima que favoreció el congelamiento del Danubio, convirtiéndole en un verdadero puente cristalino. De todo lo cual se puede inferir que la llegada tanto de húngaros como de pechenegos podía obedecer no solo a razones geopolíticas, como la proximidad amenazadora de un tercer pueblo, sino también a una probable hambruna desatada en sus territorios originales por un invierno inusualmente cruel.

La primera parte de la campaña contra los invasores del Norte se centró contra los húngaros, que estaban a la sazón barriendo el tema de Paristrion¹⁸⁶ hasta la ciudad de Sérδικa. Acorde con las palabras de Atalíates, Isaac I sembró el terror entre sus filas, tras lo cual el enemigo se vio obligado a pedir la paz y a regresar a sus territorios allende el Danubio. Ni bien los últimos regimientos húngaros habían abandonado la región, el emperador se volvió entonces hacia la zona de Silistra, donde los pechenegos estaban haciendo de las suyas liderados, entre otros, por un díscolo personaje llamado Selté. Como era su costumbre, los escitas de Psellos estaban divididos en clanes y cada clan poseía su respectivo líder. De manera que, al aparecer en el horizonte el ejército imperial, los distintos clanes dudaron en presentar batalla y todos, excepto el de Selté, optaron finalmente por pedir la paz. Con la campaña inconclusa por esa razón, Isaac I debió decidir en este punto entre regresar a Constantinopla para continuar atendiendo las reformas que estaba implementando o perseguir al jefe tribal revoltoso que aún le desafiaba dentro de los densos bosques ubicados en las proximidades del Danubio. El basileo escogió la segunda opción y marchó raudamente en busca de Selté, a quien luego de sorprender en la llanura, derrotó sin atenuantes obligándole a escapar. Por fin,

¹⁸² Ningún cronista bizantino, ni siquiera Atalíates, hace mención a estos supuestos ataques de Isaac I Comneno contra los pueblos bárbaros de Oriente.

¹⁸³ El río Istro no es otro que el Danubio.

¹⁸⁴ Miguel Psellos, “*Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio*”, Págs. 400 y 401. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0. La obra de Psellos constituye una fuente de inestimable ayuda para conocer en detalle la manera en que vivían y guerreaban los pechenegos, lo mismo que sus tácticas y comportamiento en batalla.

¹⁸⁵ Los uzos huían a su vez de otro pueblo oriental, los cumanos o polovzianos.

¹⁸⁶ Actual Bulgaria.

habiendo destruido el campamento enemigo y tomado el botín allí reunido, Isaac emprendió el regreso a Constantinopla¹⁸⁷.

La victoria sobre Selté, al decir de Ataliates, lograda gracias al arrojado de un pequeño contingente, vino a señalar la conclusión de la primera gran campaña de Isaac como emperador. Sin embargo, para Psellos encendió una luz amarilla, de alerta, a partir de un cambio en el comportamiento del basileo que el cronista resume con las siguientes palabras: “Desde este momento, por cuanto yo pude constatar –ya que iba conociendo mejor su carácter-, se acentuaron sus inclinaciones naturales y se hizo cada vez más altivo, pues sentía desprecio por todos. Su propia familia tuvo el mismo trato que los demás e incluso su hermano, cada vez que se acercaba a la puerta más externa de Palacio, debía desmontar enseguida del caballo de acuerdo con sus órdenes y luego dirigirse al encuentro del emperador con un ceremonial que en nada sobresalía del de las demás personas”¹⁸⁸. No está claro si tal mutación en el comportamiento de Isaac efectivamente sucedió, pero de haber sido así, quizá se pueda explicar gracias a un hecho que rescata Ataliates en su “Historia”. En el viaje de vuelta a Constantinopla llegaron a oídos del basileo ciertos rumores acerca de un levantamiento que estaba teniendo lugar en los themas de Asia Menor y que las habladurías vinculaban con un alto funcionario imperial a quien se había encargado la recolección de las rentas procedentes de las tierras estadales. Es probable que tales habladurías, que luego se comprobaron eran falsas, pudieran haber afectado la conducta de Isaac, sembrando la desconfianza y el recelo en el emperador hacia todos aquellos que le rodeaban, inclusive su círculo más íntimo de colaboradores y parientes¹⁸⁹. Lo que es más, la impresión causada por el falso rumor del levantamiento asiático quizá haya alimentado el desengaño de Isaac para con el mismo Psellos, dado su pasado pro-civilista, y de allí la sorpresa manifestada por éste último en aquél pasaje. Con todo, la observación que solo Psellos recoge únicamente se puede explicar a partir de otra anécdota que es registrada también en soledad por su colega Ataliates, un singular caso de complementariedad que inviste de mayor valor a tales fuentes primarias de información.

Enfermedad.

Concluida la campaña contra húngaros y pechenegos, Isaac I se tomó unas merecidas vacaciones a su regreso en Constantinopla (finales de septiembre de 1059). Psellos nos dice que el emperador solía pasar días enteros, entregado a la práctica de su deporte favorito: la caza. Gracias a la obra del súper ministro bizantino es posible saber que el Comneno, además de un consumado cazador de jabalíes y osos, era un

¹⁸⁷ En palabras de Ataliates, el ejército imperial padeció duramente a manos del riguroso clima otoñal que, nevada y lluvias torrenciales mediante, ocasionaron más bajas entre sus filas que la propia campaña contra los pechenegos, sobre todo en una zona que el cronista identifica como Lovitzo. Incluso la vida del propio emperador llegó a estar amenazada por un hecho fortuito: Isaac se hallaba descansando a la sombra de una encina, cuando, a poco de levantarse, el árbol, con un atronador estrépito, cayó sobre el lugar que había servido de morada al basileo. El relato de los infortunios padecidos por las tropas bizantinas también es recogido por Psellos en su “Cronografía” (Pág. 404).

¹⁸⁸ Miguel Psellos, “Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”, Pág. 404. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

¹⁸⁹ Ataliates nos refiere el cuadro de angustia y ansiedad que la falsa noticia del levantamiento asiático había generado en el basileo y cómo, al desmentirse la misma, su estado de ánimo mejoró ostensiblemente.

empedernido aficionado a la caza terrestre y acuática, que se ejercitaba con halcones¹⁹⁰. Fue precisamente en una de esas batidas, cerca de una villa empleada especialmente como base de un coto de caza próximo, dónde, al decir de Psellos, el emperador contrajo una enfermedad cuyo diagnóstico es aún motivo de especulación en base a los síntomas que se describen en las páginas 405, 406, 407 y 408 de la “*Cronografía*”¹⁹¹:

- *“A fuerza de arrojar su lanza constantemente contra osos y jabalíes y tender sin cesar hacia delante su brazo derecho, un golpe de aire frío le afectó el costado. En ese momento no se manifestó el mal, pero enseguida cayó presa de la fiebre y se vio sacudido por escalofríos”.*
- *“Él (el asclepiada¹⁹²), con voz alta y clara, para que lo oyera también el emperador dijo: pasajera, pero si no se pasa en el día de hoy, no hay por que sorprenderse, pues hay una enfermedad de esta clase, aunque su nombre puede inducir a engaño”.*
- *“Yo en cambio no comparto del todo tu aviso, pues el pulso arterial presagia a mi entender un ciclo de tres días”.*
- *“Llegó entonces el tercer día y el ciclo de su enfermedad, superando apenas el tiempo marcado, demostró que él era un diletante y que yo pecaba de inexacto”.* En virtud de estas líneas, Psellos no hace otra cosa que reconocer que el médico del emperador estaba errado (era un diletante en sus propias palabras, es decir, alguien que practica determinada ciencia sin poseer un conocimiento acabado sobre la misma), mientras que él se había quedado corto al precisar la enfermedad.
- *“A partir de ese momento se le prescribió al emperador una dieta de alimentos no demasiado pesados, pero no llegó siquiera a iniciarla, pues de repente una fiebre violenta estalló en su interior”.*
- *“Dicen que Catón, cuando era presa de la fiebre o de cualquier otra enfermedad, permanecía todo el tiempo inmóvil y sin revolverse en el lecho, hasta que el ciclo de la enfermedad concluía y su estado cambiaba. El emperador, al contrario de aquél, no hacía más que dar vueltas y cambiar su cuerpo de posición, y jadeaba pesadamente, como si su naturaleza no le diese un solo momento de tregua”.*
- *“Embarcó enseguida en el trirreme imperial y atracó en las Blaquernas. Una vez dentro de Palacio, se sintió más aliviado...”.*
- *“... de repente una persona, ya a las puertas de Palacio, me alarmó diciéndome que el emperador padecía fuertes punzadas en el costado, que jadeaba y que no conseguía respirar bien”.*
- *“Pero antes de que yo pusiese mis dedos en su muñeca, el protomédico, cuyo nombre no es preciso mencionar aquí, dijo: no tomes el pulso a la arteria, pues yo ya he controlado su ritmo y su intensidad es discontinua, pues unos tonos llegan hasta los dedos y otros se quedan más atrás, y del mismo modo*

¹⁹⁰ La caza de agua, en oposición a la caza de bosque, recibía esa denominación en razón de que casi todas las presas eran acuáticas: grullas, garzas, cisnes, gansos salvajes, cigüeñas, etc.

¹⁹¹ Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0. Atalíates, a su vez, solo habla de la enfermedad de Isaac sin mencionar nada al respecto, lo cual se puede entender desde que Psellos era, a diferencia de él, un colaborador íntimo del basileo.

¹⁹² Psellos emplea en este pasaje el término “asclepiada” como sinónimo de médico. Y es que Asclepio para la mitología griega era el Esculapio de los romanos, es decir, el dios de la medicina y de la curación.

que la primera pulsación es igual a la tercera, la segunda lo es a la cuarta y así sucesivamente, alternándose como los dientes de un cuchillo”.

- *“Yo presté poca atención a aquel hombre y examiné atentamente su pulso, midiendo cada frecuencia. No reconocí las pulsaciones de sierra, sino que subían cada vez más débilmente, semejantes no tanto a un pie inerte, cuanto a uno atado y que se esfuerza por moverse. El estado en que se encontraba era el más agudo de la enfermedad que lo afectaba y había engañado a la mayoría de los presentes”.*

Así, pues, atendiendo a la sintomatología mencionada por Psellos, es posible aventurar que Isaac haya padecido de neumonía¹⁹³. El emperador llegaba procedente de una campaña realizada bajo el rigor de un implacable clima; es probable que durante la misma su salud se hubiese visto quebrantada, favoreciendo ello el alojamiento de algún tipo de virus relacionado con la neumonía en sus pulmones, a través de las vías respiratorias. Después de un resfriado o dolor de garganta, los síntomas no tardarían en manifestarse al cabo de dos o tres días (tal es el plazo mencionado por Psellos): fiebre, congestión nasal, escalofríos, respiración con resoplidos (Psellos indica que Isaac jadeaba pesadamente), falta de apetito, frecuencia respiratoria aumentada, y taquicardia, taquipnea y baja presión arterial (también reseñada por el cronista griego), ya sea sistólica o diastólica. En suma, todo el entorno del basileo creyó próxima su muerte dado su débil estado de salud y muchos, entre ellos su esposa, le apremiaron a tomar una decisión con respecto a la sucesión.

Escogiendo al sucesor.

Isaac pasó las horas más aciagas de su enfermedad rodeado de sus seres queridos: su esposa Catalina, su hija María, su hermano Juan y los dos hijos mayores de éste, Manuel e Isaac¹⁹⁴. Todos, sin excepción, le suplicaron al emperador moribundo que se desplazara enseguida hacia el Gran Palacio a fin de tomar las disposiciones necesarias para arreglar la cuestión sucesoria y asegurar el porvenir de la familia. A estas alturas de los acontecimientos las expectativas de sus parientes eran bastante obvias, aunque ni Psellos ni Ataliates las enumeran¹⁹⁵, por lo que solo podemos deducirlas a partir de una suposición lógica: dado que la familia Comneno en pleno temía por su futuro no parece descabellado pensar, pues, que todo el entorno esperaba que Isaac traspasase sus derechos a su hermano Juan, de manera que la corona imperial no recalase en otro linaje. Dado que el hijo de Isaac, Manuel, había muerto unos meses antes, aquella opción parecía la más acertada a juzgar por las virtudes y capacidades de Juan, que el mismo Psellos se ocupa de destacar a lo largo del Libro X. Pero la seguidilla de hechos que tendría lugar a continuación sorprendería a propios y extraños y lo que es más, signaría los destinos del Imperio por los siguientes veinte años.

¹⁹³ Ni Psellos ni Ataliates mencionan el nombre de la enfermedad, por lo que solo resta especular en base a la sintomatología que mencionan las fuentes de primera mano.

¹⁹⁴ Alejo Comneno, el tercer hijo varón de Juan Comneno, tendría para ese momento entre 3 y 11 años de edad. Isaac I, a su vez, tenía un hijo varón, Manuel, que para esa fecha ya había muerto. Por su parte, Manuel Comneno, hijo de Juan, moriría probablemente hacia 1069 en una de las campañas de Romano IV Diógenes contra los turcos selyúcidas.

¹⁹⁵ Brienio es el único cronista que sostiene que Isaac I le ofreció en primer lugar la corona a su hermano, pero que Juan la rechazó.

Siempre acorde con el relato del súper ministro, el emperador, ante el pedido encarecido de su círculo íntimo, se aprestó para hacer el recorrido desde Blaquernas hasta el Gran Palacio en el trirreme imperial, es decir, por mar. En los momentos previos a su partida recibió la asistencia espiritual del patriarca de Constantinopla, Constantino Leicudes. Con respecto a Psellos solo nos podemos imaginar, dadas las características y la personalidad del doble ministro, su accionar en esos momentos cruciales en la Historia del Imperio: sin apartarse del grupo, seguramente debió entregarse a elucubraciones políticas que, de manera sutil, es probable que dejara trascender únicamente al basileo y al Gran Arzobispo¹⁹⁶. Luego, cuando por fin el patriarca estuvo de acuerdo con el traslado, la comitiva abandonó el palacio de Blaquernas: Juan y sus familiares partieron a bordo de la nave insignia de la flota, mientras que Psellos y sus asistentes, les siguieron por tierra, avanzando paralelamente al Cuerno de Oro por los barrios de Fanarion, Petrion, Platea y Zeugma.

Psellos volvió a encontrar al basileo, algo demacrado y muy desmejorado de salud, en el Gran Palacio. La breve travesía desde Blaquernas le había sentado muy mal a Isaac y ahora todos lloraban con amargura a su alrededor, temiendo el peor de los desenlaces. Siguiendo los lineamientos de la “*Cronografía*”, fue éste el momento preciso en que el emperador hizo conocer a los presentes sus intenciones con relación a la sucesión: había decidido adoptar el hábito de monje lo que significaba en otras palabras, su renuncia de plano a la vida material y, por tanto, a su papel de soberano del Imperio. La influencia de Psellos en tal decisión y en la que sobrevendría acto seguido, resulta indiscutible, pese a que el cronista lo niega enfáticamente: “*Hermosa recompensa nos das al inducir al emperador a que cambie de vida y se haga monje*”¹⁹⁷, fueron las palabras de Catalina para con el doble filósofo, quien, a continuación, juró una y otra vez que no había tenido nada que ver en el asunto.

Lo que sucedió después es digno del mejor culebrón mexicano. Tras escuchar las acusaciones de su mujer, Isaac deploró su actitud, justificando a su asesor al sostener que él mismo, en soledad, había tomado tal resolución. A lo que la emperatriz replicó con dureza, empleando los siguientes términos: “*¿Qué clase de alma tienes, que te alejas voluntariamente de Palacio, dejándome a mí en una soledad insufrible y a tu hija con la grave carga de la orfandad? Y no nos bastará siquiera esto, sino que aún seguirán desgracias mayores y manos tal vez no compasivas nos deportarán llevándonos a un lejano destierro o quizá tomen decisiones más graves y un hombre incapaz de sentir piedad juzgue a tus seres más queridos. Mientras tú sobrevives a tu mudanza de hábito o quizá mueras en paz, nuestra vida continuará, pero será más amarga que la muerte*”¹⁹⁸. Isaac, siempre en palabras de Psellos, se mantuvo impertérrito al reclamo de Catalina, como si hubiese madurado su decisión desde toda la vida, por lo que aquélla, cediendo, le conminó a escoger un sucesor lo suficientemente digno y leal como para contemplar el bienestar de sus parientes, alguien que les sirviese “*como un hijo*”. Y entonces sobrevino la siguiente etapa del drama que se estaba desarrollando. En medio de un ambiente denso que se podía cortar con un cuchillo y cuando todos esperaban con ansiedad que el basileo diera a conocer el nombre de su sucesor, las palabras de Isaac saltaron al vacío fulminando al auditorio, excepto, claro

¹⁹⁶ Es necesario tener en cuenta en este punto que Constantino Leicudes, el patriarca de Constantinopla, era uno de los mejores amigos de Miguel Psellos.

¹⁹⁷ Miguel Psellos, “*Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio*”, Págs. 409 y 410. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

¹⁹⁸ *Ibid*, Pág. 410.

está, a Psellos y a Leicudes: “Mas que a éstos que me rodean –y señaló con la mano a su familia-, mi hermano y mi sobrino, y más que a estas queridísimas mujeres, mi consorte y emperatriz y mi hija, que bien puedo decir es mi única descendencia, más que a éstos mi temperamento se siente próximo a ti. Y puesto que la afinidad de espíritu ha vencido los vínculos naturales, es a ti a quien confío el Imperio y las cosas que más quiero y no con la oposición de éstos, sino incluso con su pleno consenso”¹⁹⁹, dijo el emperador mirando al príncipe Constantino Ducas, a quien había hecho comparecer unos minutos antes. Y ya fue decisión tomada: el 24 o 25 de noviembre de 1059, Constantino fue coronado nuevo emperador de todos los romanos, mientras Isaac Comneno entraba “en el monasterio de Studion, vistiendo el pobre hábito monacal”²⁰⁰. Moriría dos años después, en 1061²⁰¹.

¿Psellos y Leicudes partícipes de una trama encubierta?

A la luz de los hechos resulta cuanto menos llamativa e incomprensible la medida sucesoria adoptada por Isaac I Comneno si antes no se procede a hacer una lectura “entrelíneas” de la obra de Psellos. Con un aspirante tan digno y capaz, por no citar además que se trataba de una persona de su misma sangre, como era Juan, resulta sospechoso que un miembro de la aristocracia militar quisiese traspasar gratuitamente el poder a sus rivales civilistas. Analizando la secuencia de eventos que llevaron al basileo a inclinarse finalmente por Constantino Ducas, es posible advertir algunos lapsos de tiempo solapados con momentos significativos, en que Psellos pudo haber manipulado la conciencia y el ánimo del soberano oriental. El más consistente en este sentido es aquél en el cual el patriarca, un amigo de la juventud del doble filósofo, presta asistencia espiritual al moribundo emperador, seguramente en presencia de nuestro cronista de cabecera. Pero no es el único; Isaac también permanece parlamentando con Psellos mientras su círculo más íntimo de allegados llora desconsoladamente en el Gran Palacio. La conciencia de Isaac en ese momento guardaba grandes sentimientos de culpa luego del asunto de Miguel Cerulario, que ciertamente mortificaba al basileo y, además, su mente no estaba con todas las luces dada la severa enfermedad que le afectaba, por lo que su alicaído estado le hacía vulnerable a la más mínima manipulación.

No obstante, es un pasaje que Psellos inserta inmediatamente antes de hacer la introducción al Libro XI, referido a Constantino X Ducas, el que levanta las mayores sospechas. Luego de bosquejar cómo, tras haber escogido Isaac a su sucesor, el auditorio estalla en un fuerte aplauso saludando tal resolución, el súper ministro, refiriéndose al que sería el futuro gobernante, escribe: “Si en algún suceso intervine por él, no podría yo decirlo, pues mi vanidad no tendría que llegar hasta este punto, pero el emperador mismo sabe cómo equilibré fuerzas opuestas, cómo contribuí a que se enderezaran los acontecimientos que se habían desencadenado y cómo, cuando los

¹⁹⁹ Ibid, Pág. 414.

²⁰⁰ Miguel Ataliates, “Historia”, Pág. 53, Cap. VIII, Isaac I Comneno. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

²⁰¹ Georg Ostrogorsky, sin rodeos, atribuye el alejamiento de Isaac I del poder a la oposición de la aristocracia de funcionarios, la enemistad de la Iglesia, el descontento del pueblo (que consideraba mártir a Miguel Cerulario) y la sagacidad de Psellos. Georg Ostrogorsky, “Historia del Estado Bizantino”, Pág. 335, Akal Editor, 1984.

*acontecimientos se abatieron tempestuosos en torno suyo, yo, debido al enorme celo y devoción que sentía hacia él, me hice cargo del timón y, tan pronto soltándolo como teniéndolo firme, conseguí llevar a éste diligentemente al puerto imperial*²⁰². Huelgan las palabras y cualquier comentario adicional. La pregunta que sin embargo cabría hacerse a estas alturas es ¿por qué Isaac Comneno se allanó tan dócilmente a ser desplazado por su hermano en beneficio de un tercero? Responderla implicaría entrar en un juego de especulaciones de nunca terminar, por lo que nunca sabremos la respuesta. Lo más sensato a estas instancias sería estudiar de cerca la vida de Constantino Ducas y de su familia a los fines de comprender los motivos que guiaron a Isaac a escogerle para el trono. Aunque también nos podríamos plantear qué tan estrecha era la relación existente entre Constantino y su linaje y Miguel Psellos. Y es aquí donde el panorama empieza a aclararse desde que todos ellos se profesaban un auténtico y mutuo aprecio que había empezado a desarrollarse cuando el doble filósofo fuera alojado en el palacio de los Ducas, en tiempos de Constantino IX Monómaco. Psellos además era un fiel exponente de la aristocracia capitalina y, pese a que momentáneamente se había “convertido” a la ideología enemiga para mantener su ascendiente en la corte, es probable que haya exagerado los síntomas de la enfermedad de Isaac para convencerle a dejar el poder antes de tiempo²⁰³. Luego, con la ayuda de Constantino Leicudes, Psellos finalmente se saldría con la suya al favorecer la designación de un Ducas como sucesor, pese a los berrinches de Catalina y ante el inexplicable silencio de Juan Comneno.

La conciencia del constantinopolitano medio tras la muerte de Isaac Comneno.

Miguel Ataliates, a diferencia de Psellos, dedica un pasaje de su obra enteramente a la muerte de Isaac I Comneno. Lo interesante de sus líneas es que rescatan cómo el pueblo bizantino vio y vivió tal acontecimiento: *“Tras su muerte, su cadáver apareció rezumando humedad, lo que hizo circular las habladurías entre el pueblo. Unos decían que era una venganza y la prueba fehaciente del castigo que recibía por aquella matanza que había tenido lugar en los alrededores de Nicea cuando estalló la guerra civil*²⁰⁴*; otros lo atribuían al mal que había causado a muchos y a la supresión parcial o total de dádivas del tesoro imperial que la mayoría recibía anualmente; otros, al hecho de que arrebatara sus propiedades a la Iglesia y a particulares; pero mientras unos criticaban todos sus actos de gobierno, otros se valían de la moderación de las iniciativas posteriores para alegar que se trataba simplemente de un castigo y reconocían su arrepentimiento porque reclamaba piedad a la providencia divina. Los que disentían de ello alegaban que, después de su abdicación, no había sentido remordimiento y que, por ello, no se había beneficiado del tránsito a la otra vida. Otros consideraban que el fluido era obra de santidad, a causa de su posterior arrepentimiento, y que todos tenían prueba de que no hay pecado que impida el favor divino si se renuncia al mal y se elige el bien. Y yo admito la opinión de unos y otros de que el arrepentimiento previene de males futuros y, a la vez, exhorta a abandonar lo peor por lo mejor, y no considero esta opinión inferior a otras*²⁰⁵. Sin mencionarlas

²⁰² Miguel Psellos, *“Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio”*, Pág. 415. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

²⁰³ Isaac moriría entre año y año y medio después de abdicar.

²⁰⁴ Ataliates se refiere aquí a la batalla de Polemón y Hades.

²⁰⁵ Miguel Ataliates, *“Historia”*, Pág. 53, Cap. VIII, Isaac I Comneno. Inmaculada Pérez Martín, ISBN 84-00-08014-9.

expresamente, el cronista griego deja expuestas en estos breves renglones a cada una de las facciones opositoras de Isaac I: el pueblo y, en menor medida, la aristocracia civil (aquellos que le critican por la matanza que la guerra civil había desencadenado entre hermanos, en Polemón y Hades, cerca de Nicea), los senadores y cortesanos (son los que despotrican contra el basileo por haber sido privados de las dádivas tradicionales), la Iglesia (la única que es nombrada de manera tangencial aunque expresa) y los latifundistas (civiles o militares, en ambos casos afectados por las expropiaciones de tierras improductivas, realizadas para sanear las cuentas fiscales a partir de su redistribución).

Entretanto, la íntima relación establecida entre la mentalidad religiosa del constantinopolitano promedio y su vida cotidiana queda expuesta cuando los individuos tratan de precisar, acorde con su propia escala de valores morales y espirituales, el destino final del Comneno: si el Cielo o el Infierno, siendo la justa vara para establecer el paradero de su alma, la sinceridad de su arrepentimiento. En otras palabras, lo que los bizantinos hacían era dar rienda suelta a unos de sus atributos innatos: su apasionamiento por las cuestiones teológicas, cuestión que se evidenciaba sobremano a través de una inveterada tendencia a interpretar en todo acontecimiento sucinto o complejo un signo de la voluntad divina.

Conclusión: el reinado de Isaac I Comneno a la vista de los sucesos posteriores a su abdicación.

El reinado de Isaac I, aunque breve (dos años y tres meses), resultó determinante para la historia de Bizancio en muchos aspectos. La decisión de escoger a un miembro de la aristocracia civil como sucesor fue en sí misma un factor clave a la luz de los hechos posteriores que llevarían al Imperio a transitar los escabrosos senderos de su ruina interna y externa hasta el trágico desenlace de Mantzikert, en 1071²⁰⁶. Lo mismo puede señalarse con respecto a la manera en que el basileo se preocupó por preservar la integridad de sus parientes, cuestión que, a la postre, permitiría a otro Comneno, Alejo, hijo de Juan, regresar al poder. La misma es referida por Psellos en su obra: “*en cuanto a mi mujer, hija, hermano y sobrino (le dice Isaac I a Constantino Ducas), a ellas te las confío en depósito inviolable, mientras que de éstos te encargo que cuides y te preocupes*”²⁰⁷. No obstante, hasta qué punto Alejo I Comneno (1081-1118) le debió la corona a esta maniobra de su tío es una cuestión que merece un análisis mucho más profundo.

Si bien es cierto que ya desde el reinado de Basilio II los Comnenos se habían abierto su propio camino por medio de las armas y de un sincero amor hacia su país, lo que está claro es que tanto Isaac como Juan habían consolidado su posición en lo alto de la sociedad bizantina gracias a sus matrimonios con mujeres de la poderosa aristocracia. Isaac se había casado con Catalina, una princesa de la antigua casa real de Bulgaria,

²⁰⁶ La gran derrota de Mantzikert moldearía un nuevo Imperio, social, comercial y geográficamente hablando: lo primero porque supondría el triunfo final de las fuerzas feudalizantes con preeminencia de la aristocracia militar; lo segundo porque, para paliar la decadencia, el comercio sería cedido a los venecianos a cambio del apoyo de su flota, y lo tercero por que el bizantino dejaría de ser un estado eminentemente asiático para convertirse en uno europeo, más débil y pobre.

²⁰⁷ Miguel Psellos, “*Cronografía o Vida de los emperadores de Bizancio*”, Págs. 414 y 415. Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

mientras que Juan había hecho lo propio con Ana, miembro de la influyente familia de los Dalaseno. Y precisamente sería obra de Ana Dalaseno la alianza o, mejor dicho, la consolidación de la alianza entre las familias Ducas y Comneno, cuestión que se lograría gracias al matrimonio arreglado de Alejo, su tercer hijo, e Irene Ducas o Ducaina, nieta del César Juan Ducas e hija de Andrónico, el traidor de Mantzikert. De esta curiosa relación devenida más que nada de las necesidades de supervivencia y conservación, entre miembros del partido civil (los Ducas) e integrantes de la aristocracia militar (los Comneno), saldrían todos aquellos aspectos que harían del siglo XII uno de los períodos más peculiares en la profusa y dilatada vida del Imperio.

Ya sea que el triunfo definitivo de la aristocracia militar, evidenciado con el ascenso al poder del segundo Comneno, Alejo I, se deba a una alianza dinástica o a la decisión de Isaac de proteger a su familia, lo cierto es que, tal como lo señala Ahrweiler²⁰⁸, gracias a esta dinastía comenzó a materializarse en el ámbito del Imperio un sentimiento nacionalista inédito. Un sentimiento plagado de las influencias de la ortodoxia y colmado de elementos culturales helenísticos que eclosionaría en el siglo XII dando lugar al último periodo de esplendor de Bizancio como potencia de primera línea, rectora de las necesidades e intereses de Europa y el Cercano Oriente en su conjunto.

Como un último apartado, negativo en este caso, cabría preguntarse qué tan benéfica fue para el Imperio la elección de Constantino Ducas como sucesor, en lugar del propio hermano de Isaac, Juan Comneno. Tanto más por cuanto si consideramos que la resolución y la capacidad de Juan podrían haber llevado al Imperio por otros senderos distintos de aquéllos que finalmente le pusieron de cara con Alp Arslan y sus turcos, en el campo sangriento de Mantzikert, en 1071.

Autor: Guilhem W. Martín ©

²⁰⁸ Helene Ahrweiler, “*L’Idéologie politique de l’empire byzantin*”, Pág. 72, 1975.

Fuentes documentales:

a) Primarias.

- **Miguel Psellos**, *Vida de los Emperadores de Bizancio o Cronografía*, Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.
- **Ana Comneno**, *La Alexiada*, Editorial Universidad de Sevilla, traducción a cargo de Emilio Díaz Rolando, ISBN 84-7405-433-8.
- **Juan Skylitzes**, *Sinopsis de la Historia Bizantina, 811-1057*”, traducido por John Wortley, Cambridge University Press 2010, ISBN 978-0-521-76705-7.
- **Miguel Ataliates**, *Historia*, Inmaculada Pérez Martín, España, ISBN 84-00-08014-9. 2002.
- **Juan Zonaras**, *Libro de los Emperadores*, versión aragonesa del compendio de Historia Universal patrocinada por Juan Fernández de Heredia, Prensas Universitarias de Zaragoza, España, 2006. ISBN 84-7733-826-4.

b) Secundarias.

- **Steven Runciman**, *Historia de las Cruzadas*, Vol. I, Alianza Universidad, versión española de Germán Bleiberg, 1980, ISBN 84-206-2059-9.
- **Franz Georg Maier**, *Bizancio*, Siglo Veintiuno Editores, 6ta. Edición, 1983, ISBN (volumen trece) 988-23-0496-2.
- **E. Patlagean, A. Ducellier, C. Asdracha y R. Mantran**, *Historia de Bizancio*, Crítica Barcelona, 2001, ISBN 84-8432-167-3.
- **Warren Treadgold**, *Breve Historia de Bizancio*, Paidós, 2001, ISBN 84-493-1110-1.
- **Warren Treadgold**, *A History of the Byzantine State and Society*, Stanford University press, Stanford, California, 1997, Estados Unidos de América.
- **Carlos Diehl**, *Grandeza y Servidumbre de Bizancio*, Espasa-Calpe SA, Colección Austral, 1963.
- **John Julius Norwich**, *Breve Historia de Bizancio*, Cátedra Historia Serie Mayor, 1997, ISBN 84-376-1819-3.
- **Claude Cahen**, *El Islam, desde los orígenes hasta los comienzos del Imperio Otomano*, Editorial Siglo Veintiuno, 1975, ISBN 83-323-0020-9
- **Joseph M. Walker**, *Historia de Bizancio*, Edimat Libros S.A., ISBN 84-9764-502-2.
- **Emilio Cabrera**, *Historia de Bizancio*, Ariel Historia, 1998, ISBN 84-344-6599-X.
- **Georg Ostrogorsky**, *Historia del Estado Bizantino*, Akal Editor, 1984.
- **Alexander A. Vasiliev**, *Historia del Imperio Bizantino*, Volumen I, Libro dot.com, versión digital.
- **Norman H. Baynes**, *El Imperio Bizantino*, Breviarios, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- **Roberto Zapata Rodríguez**, *Italia Bizantina, Historia de la Segunda Dominación Bizantina en Italia, 867-1071*, Asociación Cultura Hispano-Helénica, versión revisada por Eva Latorre Broto, 2007, ISBN 9788487724022.
- **Salvador Claramunt**, *Las Claves del Imperio Bizantino 395-1453*, Universidad de Barcelona, 1992, ISBN 84-320-9227-4.
- **Henri Pirenne**, *Las ciudades de la Edad Media*, Alianza Editorial Buenos Aires-Madrid, 1972. ISBN 950-40-0078-9.

- **Henri Pirenne**, *Historia económica y social de la Edad Media*, Fondo de Cultura Económica, México, 1939 (primera edición en español). Traducción de Juan Echavarría.
- **Georg Ostrogorsky**, *Para una historia del feudalismo bizantino*, Bruselas, 1954, Traducción de Juan Calatrava. Publicado en francés en “*Recherches...*”, número 79.
- **Z. V. Udaltzova**, *A propósito de la génesis del feudalismo en Bizancio (cómo se plantea el problema*, Págs. 3 a 25, Moscú, 1971, Traducción de Juan Calatrava. Publicado en “*Vizantiskie otcherki*” y en francés en “*Recherches...*”, número 79.
- **Z. V. Udaltzova y E. V. Gudnova**, *La génesis del feudalismo en los países de Europa*, ponencia presentada al XIII Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en Moscú del 16 al 25 de agosto de 1970. Publicada en Ediciones Nauka, Dirección de la Literatura Oriental, Moscú, 1970 (traducido del francés por Antonio Malpica Cuello y Rafael Peinado Santaella).
- **Perry Anderson**, *Transiciones de la Antigüedad al Feudalismo*, Siglo Veintiuno Editores, 1974, traducción de Santos Juliá, Madrid, España. ISBN 968-23-1720-7.
- **Michael F. Hendy**, *Studies in the Byzantine Monetary Economy, C. 350-1450*, Cambridge University Press, 1985, ISBN 0-521-24715-2.
- **Michael Angold**, *The Byzantine Empire, 1025-1204. A political history*, Longman, segunda edición, 1997. ISBN 0-582-29468-1. United State of America.
- **Catherine Holmes**, *Basil II and the governance of the empire*, Oxford University Press, 2005. ISBN 0-19-927968-3.
- **Jean Pierre Alem**, *Armenia*, Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba), 1963.
- **Thimoty E. Gregory**, *A History of Byzantium*, Blackwell Publishing, 2005. ISBN 0-631-23512-4
- **Jonathan Shepard**, *The Cambridge History of the Byzantine Empire, c.500 – 1492*, Cambridge University Press, 2008, ISBN 978-0-521-83231-1.
- **Angeliki E, Laiou y Cécile Morrison**, *The Byzantine Economy*, Cambridge University Press, 2007, ISBN 978-0-511-35446-5.

Todas las imágenes son de propiedad de <http://imperio bizantino.wordpress.com/>

Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos



29-05-1453-00

